

NÚMERO
ESPECIAL

CANQUÉ

Revista de la Estación Experimental
"Dr. Mario A. Cassinoni"
Facultad de Agronomía | Paysandú
Universidad de la República

Marzo 2024 | Número 46
ISSN 0797 - 8480



**Mujeres a la intemperie:
historias de mujeres rurales**



CANGÜE

DIGITAL

MARZO AÑO 2024 - NÚMERO 46



Serie Divulgación
y Extensión Sub -
serie de Divulgación
Técnica

Revista de la Estación Experimental
«Dr. Mario A. Cassinoni»



Ruta 3 - Km. 363
Casilla de Correos 57072
Paysandú – Uruguay
(598) 47227950

REDACTOR RESPONSABLE:
Luis Giménez

EQUIPO EDITORIAL:
Virginia Courdin
Virginia Rossi

CONSEJO EDITOR:
Pedro Arbeletche
Lucía Sabia

COORDINACIÓN:
Cecilia López González

FOTOS PORTADA:
Paola Mascheroni

DISEÑO:
Pablo Bernasconi

DIAGRAMACIÓN:
Alejandro Luaces

Las notas publicadas en la revista son de
responsabilidad exclusiva de los autores.

La revista Cangüé se publica desde el año 1993.
Su numeración es correlativa.
Desde el N° 31 (2011) se transforma
en una publicación digital.
ISSN 2301 - 0886

Desde el Cangüé

La perspectiva de género es una temática que cada vez se torna más presente, no sólo en los trabajos de investigación, extensión y docencia, sino que también está presente en las políticas institucionales de la Universidad de la República.

En este sentido, la Facultad de Agronomía (Fagro) implementa desde 2012 el Modelo de Calidad con Equidad de Género con el fin de promover una cultura organizacional más igualitaria y equitativa entre varones y mujeres. A partir de la implementación de acciones para el logro estos cometidos, en 2018 el servicio logró la certificación Nivel 1 de Compromiso del Modelo. Este primer nivel “implica la definición y el registro de una política de igualdad de género en la misión institucional, la definición de un Comité de Calidad con Equidad de Género y la generación de un diagnóstico organizacional con enfoque de género que analiza la institución en ejes concretos”.

Particularmente, en la EEMAC el diagnóstico realizado en 2019 confirmó que operan diversas formas de desigualdad de género que, aunque parezcan disminuir con el paso del tiempo, todavía se manifiestan fuertemente. Si bien muchas de estas desigualdades aparecen históricamente naturalizadas por el funcionariado, actualmente algunas personas, sobre todo mujeres, parecen estar tomando conciencia de las mismas. Vale destacar el trabajo que viene desarrollando la Comisión de Equidad y Género de la Fagro —integrada por docentes y funcionariado TAS de la sede central de Facultad (Sayago) y de la EEMAC— y la incidencia del Modelo y certificación de Fagro, para que estas desigualdades se desnaturalicen.

Un claro ejemplo de las acciones llevadas a cabo en este sentido, y fruto de un destacado esfuerzo de docentes mujeres que se desempeñan en la EEMAC, es que hoy funcione el Jardín Maternal “Lanita”, único Centro de Cuidados Curriculares de Primera Infancia que tiene la Universidad. El mismo fue creado en 2016 y es gestionado por una Asociación Civil (PALSAC), conformada por madres y padres que trabajan en la Estación.

Por otro lado, en el ámbito académico, varias acciones desarrolladas desde la EEMAC en los últimos años, dan cuenta de la incorporación de la perspectiva de género en el abordaje de los problemas de la sociedad rural.

En este número especial, “Mujeres a la intemperie. Historias de mujeres rurales”, publicado en el marco del Mes de la Mujer, damos cuenta del trabajo interdisciplinario que realizaron docentes de la Facultad de Agronomía, Facultad de Ciencias Sociales y el Cenur Litoral Norte, procurando rescatar testimonios de lucha por los derechos de las mujeres que viven y trabajan en el campo, en diferentes zonas del país.

Esperamos que las historias de vida de Susan Troche, Quica Casas, María Picardo, María Luisa Villalba, María Flores, Evangelina Benítez y Chabela Blanc que constituyen número especial, formen parte de una larga serie de trabajos académicos que contribuyan al reconocimiento social de las mujeres rurales de nuestro país.

Nota de Opinión

Una nueva mirada desde la revista Cangüé 4
Virginia Courdin - Virginia Rossi

Historias de mujeres rurales uruguayas en su diversidad 7
Verónica Trpin

Historia de Vida

María Flores: Abriendo camino en la lucha sindical 10
Paola Mascheroni - María Flores

Susan Troche: Mujer, rural, asalariada y militante 19
Virginia Rossi - Susan Troche

“Chabela” Blanc: De cocinera de estancia a productora ganadera 28
Virginia Courdin - Karina Blanc

Evangelina Benítez: Vivir y producir en el interior profundo 37
Virginia Rossi - Evangelina Benítez

“Quica” Casas: Pionera del trabajo colectivo en el medio rural 46
Marta Chiappe - “Quica” Casas

María Picardo: Un sube y baja en el agro 54
Paula Florit - María Picardo

María Luisa Villalba: Ser mujer y productora rural 61
Jessica Ramírez - María Luisa Villalba

Nota de Opinión

Mujeres rurales en el agro de Uruguay 69
Paula Florit

Miscelánea

Encuentro-taller: “Mujeres rurales en la hortifruticultura” 73
Paola Mascheroni - Paula Florit - Virginia Courdin



Una nueva mirada desde la revista Cangüé

Autora: Paola Mascheroni

Virginia Courdin

Ing. Agr., Departamento de Ciencias Sociales, CENUR Litoral Norte, Universidad de la República.

vcourdin@fagro.edu.uy

Virginia Rossi

Ing. Agr. Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Agronomía (EEMAC), Universidad de la República.

virossi@fagro.edu.uy

Los números especiales de la Revista Cangüé de la EEMAC han abordado diversos tópicos académicos, investigados y desarrollados en la Estación Experimental y su entorno. Este número especial representa una innovación en el enfoque tradicional de la revista, en la medida que pone el foco en una perspectiva que no ha sido incluida en los procesos de investigación, enseñanza e intervención de la EEMAC: la perspectiva de género¹.

Sin embargo, en los últimos años varias acciones desarrolladas desde la EEMAC dan cuenta de la incorporación de la perspectiva de género en el abordaje de los problemas de la sociedad rural. Entre los antecedentes, destacamos nuestra preocupación por incluir el tema género en actividades de investigación (*“Caracterizar el compromiso y el*

rol de las mujeres en la ganadería: comparación de situaciones francesas y uruguayas en explotaciones lecheras” -Courdin, 2008-; *“Prácticas de resistencia de los productores familiares en el agro uruguayo”* -Rossi, 2019-), y en actividades de formación para dirigentes de organizaciones rurales desarrolladas junto a mujeres productoras del litoral (*“La buena esposa, limpia, sana y hacendosa. Formación con perspectiva de género para mujeres rurales”* -Courdin et al., 2016-; *“Hoy soy mejor que ayer, me capacitó”* (1) *El taller crítico, una metodología que funciona* -Rossi et al., 2016-; *“Hoy soy mejor que ayer, me capacitó”* (2) *Trabajo focalizado en escenarios de desigualdad* -Courdin et al., 2016-). Más recientemente, el *“Encuentro - Taller: Mujeres de la hortifruticultura”*, realizado en noviembre de 2023, coorganizado por docentes universitarias del área social y agraria y con la Red de Grupos de Mujeres Rurales del Uruguay. A través de metodologías participativas, con visitas a establecimientos a cargo de mujeres (una productora convencional y una en transición agroecológica), la instancia de convivencia durante dos días en las instalaciones de la EEMAC permitió el intercambio de saberes sobre la temática de comercialización, revisando conocimientos y compartiendo experiencias. Por otra parte, la tesis de grado *“Rol de las mujeres en la producción familiar. Trayectorias*

1) Esta perspectiva procura comprender las relaciones sociales históricas entre varones y mujeres con el fin de transformar la forma de pensar y actuar de las sociedades (Scott, 1996).

biográficas en el litoral uruguayo" (Figarola, 2023), tuvo como objetivo analizar comparativamente tres trayectorias biográficas de productoras familiares vinculadas a colonias del Instituto Nacional de Colonización (INC) en los departamentos de Salto, Paysandú y Río Negro, con el fin de identificar y describir sus estrategias de resistencia.

Estas acciones han permitido mostrar el importante rol que desempeñan las mujeres rurales (productoras y asalariadas) en el desarrollo productivo y comunitario de las familias rurales. La puesta en valor de su contribución al trabajo rural, en la sucesión familiar, en la gestión sostenible de los recursos, en las prácticas productivas, contribuye a que sean socialmente más visibles.

A nivel país se ha establecido una Estrategia Nacional para la Igualdad de Género al 2030 que pretende orientar el accionar del Estado, promoviendo directrices político-institucionales y lineamientos estratégicos capaces de influir en las decisiones de política pública. La Universidad de la República también ha asumido un compromiso con la igualdad de género y viene trabajando desde diferentes perspectivas para reducir las desigualdades y discriminaciones, eliminar las violencias basadas en género, impulsar la enseñanza, la investigación y la extensión con perspectiva de género y promover la corresponsabilidad en los cuidados².

Uno de los elementos centrales de estas nuevas polí-

ticas es la incorporación de una mirada interseccional en el análisis de las desigualdades que viven las mujeres, identificando la multiplicidad de factores que la producen.

1- EL ORIGEN DE LA INICIATIVA

"Mujeres a la intemperie. Historias de mujeres rurales" surge como una inquietud colectiva de un grupo de docentes mujeres de la Universidad de la República que, por experiencias personales, trayectorias académicas y militancia, deseaban dar visibilidad a las trayectorias vitales de mujeres rurales uruguayas y a su rol activo en la sostenibilidad de la vida. Todas las docentes han abordado de forma directa o indirecta los temas de género en sus trayectorias. Algunos ejemplos son: desigualdades de género en el trabajo rural asalariado; las mujeres en la sustentabilidad ambiental; estrategias femeninas de resistencia en la producción familiar; empoderamiento de mujeres rurales; las mujeres en la organización del trabajo rural; desigualdades de género en el acceso a recursos productivos (tierra, crédito, asistencia); patriarcado y apropiación del trabajo en unidades productivas; sindicalismo, mujeres y agroecología; organizaciones de mujeres rurales e incidencia política; mujeres rurales en la producción familiar; mujeres rurales y liberalización económica y comercial; mujeres y ganadería; cuidados en los contextos rurales.

Esta iniciativa surge en el período de la pandemia. Si bien la aspiración inicial era congregar diez historias de mujeres rurales, las dificultades de las responsabilidades

2) Particularmente en la EEMAC se desarrolló en junio de 2023 una charla y muestra fotográfica sobre "Micromachismos". <https://www.eemac.edu.uy/index.php/comunicacion-y-extension/comunicacion/mas-noticias/1232-charla-y-muestra-sobre-micromachismos-en-la-eemac>



Capacitación de mujeres rurales de Comisión Nacional de Fomento Rural (EEFAS, Salto).

laborales, sumadas a las tareas de cuidados de las respectivas familias imposibilitaron el cumplimiento de la meta. No obstante, a lo largo del proceso se logró concretar siete historias de vida. Cabe destacar que no se contó con presupuesto específico para la realización del trabajo de campo (entrevistas) y procesamiento de la información, lo que entorpeció el proceso de construcción de las trayectorias biográficas.

La motivación central que animó este trabajo es la necesidad de rescatar la lucha por los derechos de mujeres que viven y trabajan en el campo, en diferentes zonas del país, a través de sus historias de vida. Las mujeres protagonistas fueron seleccionadas considerando diferencias de edad (jóvenes, edad media y adultas), sus roles en el medio rural (asalariadas y productoras), los rubros en los que participan (ganadería, lechería, horticultura), su vinculación institucional u organizacional (sindicatos, organizaciones de productores), y sobre todo, el vínculo que cada una de las docentes tenía con ellas, de modo que fuera más ameno entablar un diálogo en confianza. Las historias de vida se recogieron con una guía común y se fueron tejiendo a lo largo de entrevistas realizadas en dos o tres visitas a los lugares de residencia o de trabajo de las protagonistas. A la sistematización de las mismas siguió un proceso de revisión conjunta del colectivo y de cada una de las entrevistadas. En cada una de las historias se reflejan distintos aspectos de su vida, de su familia, del trabajo, de las actividades sindicales y gremiales, los proyectos personales, colectivos, la vida cotidiana. A través de su relato dibujan la campaña uruguaya y ponen en evidencia la “deuda” que aún tenemos como sociedad con estas protagonistas de nuestro sector agropecuario.

Las historias de vida forman parte del campo de la investigación cualitativa, y se considera uno de los métodos que mejor permite a los investigadores conocer cómo los individuos crean y reflejan el mundo social que les rodea. A través de este método es posible captar las formas en las cuáles las mujeres rurales perciben el significado de su vida social y el sentido que tiene la vida para ellas (Valles, 1999). La construcción de un diálogo de “ida y vuelta” con



Productora rural alambrando (Río Negro).

las mujeres rurales investigadas no sólo rescató su historia de vida, sino que significó una retrospectiva de su camino como trabajadora/productora en el medio rural.

Estas mujeres rurales dan cuenta de la heterogeneidad de situaciones que enfrentan en lo cotidiano, de las particularidades de cada territorio que habitan, de su relación con la naturaleza, de los espacios sociales en el que participan, pero sobre todo de su identidad y el rol que desempeñan en el medio rural uruguayo. Realizar un reconocimiento social de la invisibilidad que han tenido estos aspectos en las trayectorias de las mujeres rurales, es parte de la contribución que las autoras desean realizar a través de este trabajo colectivo. Esta publicación nos ha permitido generar procesos de intercambio y reflexión con una perspectiva interdisciplinaria, lo que también se ha visto reflejado en proyectos de investigación y extensión que están en marcha, así como discusiones de futuras líneas de trabajo colectivo.

BIBLIOGRAFÍA

Courdin, V. 2008. Caracterizar el compromiso y el rol de las mujeres en ganadería: comparación de situaciones francesas y uruguayas en explotaciones lecheras. Tesis Maestría. Universidad Montpellier II, Francia.

Courdin, V.; Rossi, V.; Ferreira, I.; Rosa, A.L.; Gandolfo, B. 2016. La buena esposa, limpia, sana y hacendosa. Formación con perspectiva de género para mujeres rurales. Revista Ciencias Agronómicas. Vol. XXVIII, n° 16, 27-34.

Courdin, V.; Rossi, V.; Ferreira, I.; Rosa, A.L.; Gandolfo, B. 2016. Hoy soy mejor que ayer, me capacité. (2) Trabajo focalizado en escenarios de desigualdad. Revista Cangüé. N° 37, 27-33.

Figarola, A. 2023. Rol de las mujeres en la producción familiar. Trayectorias biográficas en el litoral uruguayo. Tesis de grado. Facultad de Agronomía, Universidad de la República, Uruguay.

Mascheroni, P.; Florit, P.; Courdin, V. 2023. Informe final Encuentro-Taller. Mujeres en la hortifruticultura. s/f.

Rossi, V. 2019. Prácticas de resistencia de los productores familiares en el agro uruguayo. Tesis de Doctorado. Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, Argentina.

Rossi, V.; Ferreira, I.; Courdin, V.; Morales, S.; Gandolfo, B. 2016. Hoy soy mejor que ayer, me capacité. (1) El taller crítico, una metodología que funciona. Revista Cangüé. N° 37, 19-26.

Scott, J. 1996. El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En: M. Lamas (Comp.), El género: La construcción cultural de la diferencia sexual. México: UNAM. pp. 265-302.

Historias de mujeres rurales uruguayas en su diversidad



Autora: Paola Mascheroni

Verónica Trpin

Magíster y Doctora en Antropología Social. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET). Directora del Instituto Patagónico en Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS-CONICET-UNCo). Docente de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo), Argentina.

vtrpin@conicet.gov.ar

El número especial de la revista Cangüé nos sumerge en siete historias de vida de mujeres rurales que transitaron diversas territorialidades, trabajos y trayectorias en Uruguay. Los recuerdos que compartieron Susan Troche, Quica Casas, María Picardo, María Luisa Villalba, María Flores, Evangelina Benítez y Chabela Blanc resultan una oportunidad para encontrarnos con las ruralidades uruguayas, posicionando las experiencias de las mujeres en el centro.

Los padecimientos y alegrías vivenciadas como mujeres productoras y trabajadoras de la tierra se articulan en relatos que reflejan estrategias y decisiones colectivas e individuales que atravesaron sus vidas, vislumbrándose las tensiones entre los mandatos heteronormativos¹ hechos

cuerpo y las estrategias de persistencia y resistencia, así como de ruptura intergeneracional.

Este volumen es celebrado porque nos sitúa en el desafío de desandar miradas desde los territorios que nutren nuestro trabajo. Gracias a la convocatoria de las organizadoras de este volumen, las historias compartidas denotan su trabajo comprometido y cuidado, que se expresa en el acompañamiento desde una escritura dedicada, sostenida desde la oralidad: academia, militancia y experiencias desde la ruralidad se encuentran en una publicación colectiva.

La lectura atenta de las vidas de las compañeras que fueron hijas, madres, trabajadoras y productoras rurales y que participaron —desde iniciales aprendizajes políticos— en organizaciones sindicales y sociales, habilita a pensar sobre los retos de cómo contar estas historias, ya no en forma exclusiva para nuestros circuitos de producción de conocimiento, sino para acompañar procesos reivindicativos y de lucha.

Este propósito involucra revisar la escritura, su circulación y también los conceptos: permitirnos tensarlos para

de los deseos sexuales y afectivos, así como de la propia identidad, es la heterosexualidad, la cual presupone que lo masculino y lo femenino son substancialmente complementarios, teniendo que coincidir siempre el 'sexo biológico' con la identidad de género (Tarducci y Zelarallan, 2011).

1) Los mandatos heteronormativos se recuestan en el régimen social, político y económico impuesto por el patriarcado, y consisten en que la única forma aceptable y normal de expresión

desandar las marcas del androcentrismo² y del sociocentrismo³. Mientras, desde las vidas de las siete entrevistadas, advertimos que se resquebrajan las miradas situadas en el trabajo productivo de los varones para transitar las vivencias, las luchas y la organización colectiva de mujeres rurales, sacándolas de un lugar pasivo y poniéndolas en el centro ya no como “ayuda” sino como trabajadoras en un sentido amplio, sin fronteras fijas entre trabajo productivo y reproductivo. Las entrevistas posibilitan reflexiones sobre concepciones productivistas de la ruralidad y abren una resignificación sobre cómo analizar lo productivo y lo territorial -ya no en clave exclusivamente masculina- sino advirtiendo otras apuestas que refieren a pensar la naturaleza, los alimentos y el cuidado desde las vivencias de las mujeres.

Los textos hacen alusión a la indagación sobre las relaciones de género y los trabajos de cuidados tanto al interior de los predios productivos como de las unidades domésticas, que desarma la división rígida entre trabajo productivo y trabajo reproductivo. Cabe resaltar que la

2) Un desafío en la producción de conocimiento es reconocer la existencia misma de las mujeres, visibilizándolas, denunciando el carácter profundamente androcéntrico que equipara las experiencias masculinas con las de la humanidad en su conjunto (Castañeda Salgado, 2006).

3) El sociocentrismo consiste, según el antropólogo Eduardo Restrepo, en asumir, “que los valores, ideas o prácticas de una clase o sector social son los modelos ideales de comportamiento, despreciando los de otras clases o sectores sociales” (2016: 25).

descripción y el análisis de las marcas del trabajo inscriptas en el cuerpo, expresan la visualización de la explotación que vivencian las mujeres de distintas generaciones, así como las extremas violencias que a veces transitan en sus proyectos laborales y productivos.

Las experiencias recorridas permiten también advertir los dolorosos y devastadores efectos del sistema agroalimentario —con sus tendencias de concentración, expansión y depredación— que silenciosamente afecta las vidas de productoras y trabajadoras a nivel nacional y regional. Los relatos compartidos reflejan el dolor social del despojo, las grietas, que se visibilizan en clave de resistencias, marcan nuevas agendas reivindicativas desde los territorios.

Es destacable la coincidencia en los relatos sobre el valor de la vida propia, de les hijes, de les compañeres. Esto nos permite advertir la complejización del conflicto fundamental de las desigualdades sociales, el conflicto entre capital y trabajo, para situar otro conflicto, el del capital-violencia-despojo contra la vida. Y en este punto, las entrevistas resultan enfáticas: sus experiencias refieren a múltiples estrategias y modos de sostener la vida, sobre cómo esa sostenibilidad de la vida se vincula con la familia, con el trabajo, con el cuerpo y con la alimentación.

Se advierte desde el trabajo territorial que los costos



Capacitación de mujeres rurales de Comisión Nacional de Fomento Rural (EEFAS, Salto).

corporales, sociales y ambientales atraviesan las vidas de las mujeres rurales: el riesgo de la salud, el desigual acceso a la tierra y al agua son ejes que se visibilizan. Las entrevistas bien nos muestran, desde sus historias, paisajes a lo largo del país, que son paisajes de disputa, en los cuales las mujeres tienen un lugar central en la resignificación del vínculo con la naturaleza y con la alimentación: no es casual que sostengan luchas para garantizar sus cultivos, su ganado, el sustento propio y el de sus familias.

Si bien el recorrido de las experiencias compartidas refiere a una mirada nacional, se destaca un eje fundamental que nos involucra: cómo sensibilizarnos y realizar aportes desde una perspectiva de género en diálogo con las diversas experiencias de las mujeres en la ruralidad. En este sentido, resulta un desafío para las mujeres académicas, correr el riesgo del urbano y socio-centrismo y analizar el ser mujeres rurales no como una conceptualización estática y homogénea, sino como parte de una dinámica contextualizada que da cuenta de los diversos sistemas de opresión.

Desde la teoría feminista tiene un lugar central en la agenda de nuestros estudios desplazar una universalización del abordaje sobre las mujeres rurales y advertir los matices de sus experiencias territorializadas. Por ello, desandar el eje “ser mujeres rurales” se vincula con desafíos contextualizados, en los que las relaciones de género refieren a procesos en los cuales se dirimen relaciones de poder particulares y prácticas desafiantes que tensan

y tuercen destinos de despojo.

Las disputas por el agua y por la tierra son observadas a pequeña escala en los espacios cercanos a través de las entrevistas, reflejando quiénes y en qué condiciones se trabaja en la ruralidad. Desde las experiencias compartidas, se advierten las luchas de mujeres, preocupadas por garantizar alimentos, por trabajar la tierra, por cuidar a su familia. Las apuestas colectivas y políticas se anudan en modos de pensar la naturaleza, el cuerpo y el territorio, en claves que nutren a los feminismos desde acciones situadas y comprometidas. Los saberes y las experiencias que son valorados y transmitidos de generación en generación por estas mujeres representan una potencialidad política transformadora que nos sitúa en nuevos retos para pensar las ruralidades latinoamericanas protagonizadas por mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

Castañeda, M. 2006. La antropología feminista hoy: algunos énfasis claves. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 48 (197), 35-47.

Restrepo, E. 2016. *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Tarducci, M.; Zelarrallan, M. 2011. *Nuevas historias: género, convenciones e instituciones*. En Demarco et al. (Comps.). *Equis. La igualdad y la diversidad de género desde los primeros años*. Buenos Aires: Las juanitas editoras. pp. 101-119.



Capacitación de mujeres rurales de la Red de Mujeres Rurales del Uruguay (EEMAC, Paysandú).



María Flores

Abriendo camino en la lucha sindical

Autora: Cecilia López González.

Paola Mascheroni

Soc., Dpto. Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República.

paola.mascheroni@cienciasociales.edu.uy

María Flores

Asalariada rural del departamento de Florida.

Soy trabajadora rural en primera instancia y orgullosa de vivir en el campo. Después me ha llevado la vida y mis compañeros a ser dirigente sindical. Vengo de una familia que siempre estuvo ligada al campo. Nací en Paysandú, pero automáticamente me vine para el departamento de Florida porque siempre fue en la cuenca lechera, donde entonces había muchas más oportunidades laborales para mi padre. Así que me crié en el campo, con mi papá, mi mamá y mi hermano.

Mi padre era capataz de estancia en un tambo y mi madre se encargaba de la limpieza y cocina del casco de estancia. Toda la vida de mis padres era hacerle las cosas al patrón, y también la de mi hermano y la mía. Cuando los patrones no estaban en la estancia, que iban solamente los fines de semana, sabíamos que el viernes teníamos que prepararles la casa, las camas, lavar las sábanas en el arroyo, para no gastar el agua del aljibe que se precisaba para el verano, y dejarlas bien blancas; si era tiempo de invierno prender la estufa para la hora que llegaran, la comida, el pan casero.

Mi padre cuando podía compraba algún ganado. Decía que la reserva económica era el “bicho”, que era siempre algún ternero macho que había o alguno que nacía mal. Algo siempre iba quedando, el “refugio” que decíamos nosotros, para poder hacernos de algo. Y si no, papá ahorra y algunas veces compraba alguna vaca para nosotros

Para las mujeres todo es más difícil. Mi lucha es por los derechos de los asalariados pero también por los derechos de las mujeres.

mismos, y así también las gallinas, los chanchos, lo que se criaba normalmente en el campo.

Fui a una escuela rural. La escuela estaba bastante lejos, pero nosotros teníamos una ruta cerca, entonces siempre tuvimos algún mecanismo para poder salir. Yo aprendí de muy chiquita a andar a caballo porque me tocaba de repente darle una mano a papá en el campo, entonces podía ir a la escuela a caballo. Pero como a veces era muy riesgoso porque tenía algún arroyo o algo cerca, esperaba a que me llevara mi padre en el tractor. Después que terminé la escuela, para hacer el liceo tuve que ir al pueblo, a Sarandí Grande que era lo más cerca. En esa etapa, éramos cuatro o cinco niños que íbamos al liceo porque los demás ya se iban al campo a trabajar. Nuestros padres coordinaron para que fuéramos todos en el mismo horario (de una a siete), y los que tenían auto se turnaban para llevarnos. Una semana iba un padre, otra semana iba otro, y se repartían el gasto del gasoil. Fui un año al liceo y después me tuve que quedar en el campo a ayudar a mamá y papá en lo que “cuadrara”.

Yo siempre digo que tuve un gran profesor, que fue mi padre, un profesor de la naturaleza. Se ponía a tomar mate y yo iba corriendo a sentarme a mirarlo, porque él siempre tenía una enseñanza. De cada cosa sacaba algo bueno “Mire, son hormigas. Si los humanos fuéramos como esa hormiga...”. Y yo miraba la hormiga “Pero ¿por qué papá?”. “Y porque lleva durante todo el verano, lleva para el invierno, porque sabe que va a escasear y se

pone a trabajar y a trabajar y a trabajar, y sabe trabajar en equipo, porque viene otra hormiga y la ayuda a llevar esa hoja". Entonces todo así, de repente miraba el cielo y te decía "Mire aprenda, cuando el ganado se amontona allá es porque va a venir tormenta. El ganado mismo ya tiene el instinto de que va a venir una gran tormenta y ellos ya se empiezan a amontonar para protegerse en grupo de la tormenta que viene".

Hasta el día de hoy, disfruto estar afuera, en el campo, disfruto ver la naturaleza. Me encantan los animales. A veces los seres humanos somos tan egoístas en algunas cosas de la vida y el animal no se preocupa, vos ves que vos le pegás a un perro y el perro se olvidó y a los cinco minutos te está lamiendo de vuelta. Entonces ese rencor que creamos los seres humanos, esas cosas que tenemos que dejar de lado cuando pensamos en cosas a futuro o en los demás, no lo tienen los animales. Tenemos grandes cosas para aprender de los animales.

1- DESDE CHICA TRABAJO EN EL CAMPO

En el tambo a nosotros nos tocaba ayudar desde chiquitos, porque papá siempre me estaba llamando para una cosa o para la otra, y si dejaba de hacer algo en el tambo automáticamente pasaba a ayudar a mamá en la cocina. Entonces cuando no estaba haciendo una cosa estaba haciendo la otra, pero siempre vinculada al tambo. Salía de la escuela, largaba la mochila y era como una anécdota ir a ver qué estaban haciendo mis padres. Entonces normalmente mis padres o estaban en el tambo o papá venía con las vacas y yo ya empezaba a abrir la portera y que pase la vaca y ya empezaba a dar una mano en todo lo que podía. Pero no lo hacía porque era obligación, lo hacía porque me gustaba y era un momento que compartía con mis padres.

El trabajo de sala del tambo siempre me gustó. Pero lo que yo siempre odié y sigo odiando hasta ahora es la tarea de la vuelta del tambo. El tambo en sí, encerrar las vacas,



María Flores.

traerlas para adentro, ordeñarlas, no es tan pesado como el “vuelterío”, que es dar la ración, tener que alambrar, cambiar los eléctricos, hacer la recorrida. En ese momento era “ayudar”, te mentalizabas que era ayudar y no trabajar. Papá se iba para el alambrado, te decía cargame la llave, y así me enseñó a atillar, a dar vuelta, a hacer prolijo un alambrado. Hoy por hoy con la edad que tengo, me doy cuenta de que era otro peón de alambrado, otro peón de tambo que muchas veces trabajaba todo el horario de papá, porque hasta que papá no volvía, yo no volvía.

Lo que me aliviaba más esa tarea de la vuelta que no me gustaba, era quedarme con mamá a hacer las cosas de la casa. Cuando veía que papá se levantaba de la cabecera de la mesa, yo ya estaba pensando si sacaba agua del aljibe, si había que lavar platos, si había quedado algo sin hacer en la casa del patrón, si había que acarrear leña, cualquier cosa para no ir a dar la vuelta del tambo. Yo siempre trataba de no ir. Pero mi papá suponía que tenía que sacarnos buenos para todo, porque decía que el día de mañana no se sabía lo que íbamos a precisar y por eso teníamos que saber hacer de todo un poquito. Él siempre decía “Yo los voy a sacar buenos”, y con mi hermano teníamos que hacer todo, no importaba si eras hombre o mujer. En esa etapa las bolsas pesaban 55 kilos y yo, que era una niña que no pesaba ni eso, tenía que acarrearla igual. Hoy que lo veo desde otra perspectiva, digo “No copiemos modelos”.

Mamá, cuando tocaba dar una mano en el tambo, la daba, pero siempre poniendo límites. Porque ella le decía a mi padre que ayudaba pero que él tenía que hablar con el patrón y pedir un trabajador más, un salario más, porque al final éramos cuatro trabajando por un sólo salario. Las grandes discusiones matrimoniales entre ellos eran por eso, porque mamá no quería que nos llevara a trabajar sin que nos pagaran, no quería que nos “judiara”. Pero mi padre nunca se animó, papá tenía respeto al patrón ante todo y para él la palabra era lo más importante. En cambio, mamá era de mirar más lejos. Ella le decía que no tenía que ponerse en el bolsillo del otro, que el patrón podía pagar. Para ella, era mejor que los gurises estudiaran a que estuvieran trabajando adentro en el campo. Ella quería un futuro mejor para nosotros y no le podía hacer entender a papá que el futuro estaba en el estudio. Él decía que no valía la pena estudiar, porque creía que lo que no está en los libros está en la práctica, que aunque no era ingeniero sabía más que el ingeniero, que él podía enseñarle al ingeniero. Mamá lo que trataba de hacerle entender es que el título tiene otro valor. Ella quería que nos quedáramos en el campo, pero a ganar más que ellos, que si a uno le gusta manejar tractor que sea mecánico, que sea tractorista, que si a mí me gustaba la sala, que sea veterinaria, pero que estudiemos algo. Para que yo pudiera ir al liceo mamá se tuvo que enfrentar con papá, porque papá nos

precisaba para trabajar en el campo del patrón. Y mamá asumió un montón de responsabilidades que no eran de ella, ella ponía su físico a costa de que nosotros fuéramos al liceo. Pero después fue tal la pelea, que terminé dejando el liceo y quedándome a ayudar a papá.

2– LA OVEJA NEGRA DE LA FAMILIA

Yo siempre fui como la oveja negra de la familia, de querer saber, de querer preguntar, de por qué, y explicame por qué, y por qué. Como decía papá, “El bicho que siempre pregunta los por qué”.

La estancia en la que viví de niña y adolescente fue uno de los lugares que más me marcó porque estuvimos como dieciséis años. Me marcó porque justamente yo me rebelé contra montones de cosas que hacía el patrón que yo no podía entender y no podía creer lo que hacían con nosotros. Yo siempre cuento, en todos lados, que el día del cobro era como una fiesta. Entonces mamá me bañaba, me hacía dos colitas y me las cinchaba. Y yo me preguntaba “¿Para qué paso por esto si ni siquiera se baja de la camioneta? Porque alcanza un sobre por arriba y no sabe ni quién soy”. Pero para mamá, como venía el patrón teníamos que estar de punta en blanco, porque para mamá ese día era espectacular.

En la estancia estábamos todos a disposición todo el tiempo. Pero le pagaban un salario a papá y todos los demás éramos “ayuda”. El patrón le decía: “Pero si tenés tus hijos. A ver, si tenés tus hijos, no me pidas peón si tenés tus hijos”. Entonces nos fuimos criando en ese sistema podrido. Hasta que de repente mamá pasaba un día y le decía a papá: “O me sacás cuatro días o me voy sola”. Entonces ahí el viejo decía: “Bueno, ta, vamos hasta el pueblo a hacer surtido”. La salida era pasar la tarde haciendo mandados. Y esa tarde disfrutala porque es la única tarde que ibas a salir el resto del mes. Yo me acuerdo que la fiesta más grande que yo tuve cuando era chica fue cuando me compraron unos champions Gamo. Los champions Gamo eran de punta ancha de goma, y cuando aparecieron y me los compraron, yo pensaba que ya era rica. Me los tenía que sacar en la puerta de entrada a la casa, porque eran solamente para ir a la escuela.

3– YO ME ENAMORÉ MUY TEMPRANO DE MI MARIDO

Nos conocimos en el pueblo. El siempre llevaba las vacas a atar y a mí me gustaba mucho. Yo quería estar con él, pero él no quería saber nada conmigo porque yo era muy chica para él. Como éramos todos conocidos en el pueblo, sus padres con mis padres, era un lío extremadamente grave para nosotros. Pero le di tanta vuelta hasta que un día me dijo que sí. Cuando tenía diecisiete años

nos juntamos del todo y empezamos a andar juntos. Al poco tiempo quedé embarazada y nació nuestra primera hija. Y ahí nos hemos jugado todos estos años, nos ha ido “pa’arriba, pa’bajo”, chueco, al derecho, pero juntos. Tenemos tres hijos y dos nietos.

Con mi marido me adapté a hacer todos los trabajos del campo igual que él, y a él le servía porque yo ya venía de una familia que también era de campaña y más o menos sabía hacer todo lo de él. En ese tiempo que nos fuimos a vivir juntos, tenía unas vacas y hacía changas de alambrador. Él ganaba bastante bien porque estaba alambrando para Costa¹, entonces siempre estábamos alambrando, y yo iba y lo ayudaba. Lo que papá no me había enseñado, me lo enseñó mi marido, entonces siempre al lado de él.

Cuando nos juntamos nos fuimos a vivir a Goñi, nos alquilamos una casita unos poquitos días, y enseguida nos fuimos a vivir a lo de Costa en el mismo campo donde mi marido alambraba. Para que él no viajara todos los días, Costa nos dio una piecita para que estuviéramos. Esta persona tenía la estancia en Goñi y campos para alambrar por todos lados. Tenía una camioneta Ford y llevaba a mi marido a todos lados a alambrar. Cuando él se iba, yo me quedaba en el campo, siempre ayudando, haciendo algo que me mandaran a hacer desde cuidar las vacas que se echan, prender las bombas, controlar que el tanque australiano esté lleno porque hay calor, hasta arrimar las vacas caminando a la sombra de tarde. En esa estancia cobraba mi marido y yo siempre a la espera de que me tiraran un peso por lo que yo hacía. Y cuando me pagaban algo, se lo daban a él. Si yo le reclamaba al patrón me decía que ya se lo había dado a mi marido, que se lo reclamara a él. Yo no era una figura visible como trabajadora. Ahí veía reflejada la historia de papá y mamá.

Mi hija siempre iba conmigo a todos lados. Nos habían regalado un canasto de mimbre, un moisés, y yo le ponía por arriba un tul para las moscas y una sabanita blanca cuando hacía calor. Siempre la llevaba conmigo a trabajar. Pero yo no quería esa vida para mí. Tanto que critiqué a mis padres, tanto la critiqué a mamá que era sumisa, que ganaban un sueldo solo y no le pagaban nada, yo estaba siguiendo el mismo patrón que mamá. Yo miraba a mi hija adentro del moisés, y mientras yo alambraba pensaba, “¿Qué voy a hacer con ella?, ¿Qué va a ser cuando tenga que estudiar?, ¿Voy a hacer las mismas discusiones que escuché con mis padres?”. Yo pensaba que tenía que tener un clic, que eso lo tenía que cambiar de alguna manera.

En ese campo nos quedamos como cinco años. Después mi marido entró en AFE (Administración de Ferrocarriles del Estado), hizo carrera dentro de AFE y se recibió de telegrafista. Trabajaba en AFE y seguía haciendo alambrado para Costa los sábados y domingos. Hicimos

un acuerdo con el patrón, de que podíamos seguir en la casa hasta que nos consiguiéramos algo y mientras tanto cuidar el campo. Estuvimos unos siete meses viviendo ahí y después nos mudamos para el pueblo, a Goñi.

Yo en casa hacía pasteles, porque nunca dejé de trabajar, nunca me gustó ser una mujer dependiente del sueldo de él. Yo pienso que la libertad económica de una mujer es fundamental porque podés decidir. Tenés la libertad de decir yo me compro, yo me voy cuando quiero, no tenés que pedir permiso para hacer cosas. Entonces siempre estaba haciendo algo que pudiera hacer, tenía en el fondo gallinas, juntábamos huevos, vendíamos huevos caseros, nunca fui de quedarme quieta. Siempre estaba haciendo una cosa y si no estaba inventando, dijera mi marido “¿Qué se te ocurrió hoy?”. Siempre, siempre. Salían los gurises de la escuela y estaba vendiendo tortas, hacía una cosa y hacía otra. Nunca fui de quedarme quieta. Por ejemplo, veía que el patrón tenía el parque mal y preguntaba si quería que le cortara el pasto y después él me tiraba algo. Iba y acomodaba el pasto, y siempre quedaba con trabajo, porque cuando estás en una estancia o en un tambo, el patrón se va, hay cosas para hacer, iba a regar las plantas porque no me gusta que se sequen, iba a darle agua a los perros, porque por más que ellos se hayan ido un mes, el “bicho” no tiene por qué pasar mal, entonces siempre me involucraba.

En Goñi siempre trabajé en los tambos de la vuelta, agarraba las suplencias en los tambos. Como yo estaba en el pueblo, todos los patrones sabían que yo estaba disponible para las suplencias. Como salen cinco a seis trabajadores estables a descanso, cuando querés actualizar trabajaste trece días al mes. Hacía suplencia en tambo o suplencia afuera, como dar ración, cambiar los eléctricos, dar el vuelterío, todo lo que odiaba hacer pero que en ese tiempo tenía que hacer. A mí me servía porque agarraba en negro la suplencia y me pagaban más, eso pensaba en ese momento, y porque yo me adaptaba al horario. Cuando yo trabajaba afuera en el tambo no me exigía horario como en la sala, así que podía manejar los tiempos y acomodarme



Cría de ternero en guachera.

1) Se utilizan seudónimos para mantener el anonimato de los dueños de los establecimientos.

con la gurisa que todavía era chica. Mi hija iba conmigo porque ya caminaba o se quedaba a la vuelta con la abuela, la madre de mi marido.

Mi marido estuvo como tres años en AFE, hasta que la empresa hizo una reestructura y les ofrecieron a los trabajadores un estímulo de varios meses de salario de pago para retirarse del ente estatal. Ahí nos fuimos para una estancia y tambo en la que estuvimos ocho años. Estuvimos ocho años trabajando los dos, pero a mí me pusieron en caja sólo tres meses, los últimos tres meses para que yo no hiciera lío. Ahí nació mi segundo hijo. Teníamos un tractor y lo llevábamos a todos lados con nosotros. Mi hija más grande iba a la escuela hasta Goñi, en bicicleta. Cuando tenía vacaciones de la escuela, ella se quedaba con el hermano, lo cuidaba como una madre.

En todos estos años, con mi marido siempre estuvimos en el área rural, siempre de tambo en tambo. Mi hija mayor siempre estuvo con nosotros en los tambos, de un lado para el otro. Lo que ella siempre criticó de la familia es esa movilidad que hay, que a vos de repente te sale una estancia mejor o un tambo mejor y te vas. Entonces nos criticaba mucho que cuando ella había logrado sus compañeritos, su inclusión en una escuelita rural, tenía que romper todo para irse para otro lado. Eso le afectó muchísimo en su niñez. A mí me afectaba que cada vez que nos mudábamos rompíamos todo lo que era mueble en la mudanza. Por eso yo digo lo poco valorado que es el trabajador rural, que cuando te mudas de un establecimiento a otro, se te desarma la mesa, se te desarman todos los muebles, sin contar lo que pagas de fletes.

4- CUANDO ABRÍS LOS OJOS DE CIERTAS COSAS...

De Goñi, cuando mi marido se retira de AFE, nos fuimos al campo de Lima. A mí me pasó que cuando entramos a trabajar en el tambo de lo de Lima a mí me pagaban ya un sueldo. Fue el tambo más prolijo que pude trabajar porque la señora del patrón venía y decía "Esto es tuyo y esto es de él". Nunca hizo una diferencia. Si bien no estaba en caja, nunca hizo una excepción de pagarle sólo a él. Entonces me acostumbré a eso.

Pero cuando vamos a trabajar al tambo de lo de Cruz todo es diferente. Primero fue mi marido a hablar con Cruz y él mismo le pregunta si tenía a alguien que lo fuera a "ayudar" y mi marido le contesta que yo trabajaba también. Pero empezó a cobrar sólo el sueldo él, a mí no me pagaba. Era un trabajo psicológico que nos hacía para pagar sólo un sueldo. Yo le decía "Pero Cruz, mi esposo nunca está conmigo", y Cruz venía, me sentaba y se tomaba el tiempo de explicarme "Pero si vos vas al tambo un rato antes, por ejemplo a las tres, él no lo va a terminar a las siete, lo va a terminar a las seis. Vienen juntos, toman mate juntos,

están juntos". Y claro, yo pensaba que todo eso era para nuestro bien. Pero ¿qué pasa cuando ese trabajo es un año, son seis meses y sin sueldo? Ahí te empieza a caer la ficha. Y yo siempre digo que él nos había convencido a nosotros, por eso la indignación con ese tambo hasta el día de hoy, que la gente me pregunta por qué tanto enojo con ese tambo si trabajamos en veinte tambos.

Pero es que Cruz fue muy jodido con nosotros, nos marcó a fuego. Teníamos que estar al servicio de él. Por ejemplo, un día, me acuerdo, que pasa, baja el vidrio de la camioneta y me dice "María, me voy, me voy para Punta del Este. Me voy todo enero, y te aviso, tu marido va para el tambo, y vos después que termines el tambo, te aprontás un matecito amargo, te quedás acá en la cocina, quedate despierta, porque si a mí me llegan a robar el chalet, todo lo que me roben te lo descuento". Y le digo "Pero Cruz, yo no puedo". Y me responde "Es tu área, vos estás acá pegado, ¿qué te cuesta estar mirándome la casa?"

Cruz nos golpeaba la ventana de madrugada, porque sabía que en esa parte era nuestro cuarto y nos decía "Me parece que vi una vaca atracada". Porque él salía en la moto y recorría. O prendía el tractor a las tres de la mañana. Me acuerdo que mi hija menor era bebé, le cambiaba los pañales, la prendía a la teta, la hacía dormir, y se despertaba con el ruido del tractor. Entonces ya veía que sistemáticamente algo no iba a andar, más allá de la plata, no iba a andar lo demás. La plata fue el detonante.

5- LO QUE NO TE MATA, TE FORTALECE

Un día Cruz nos dice "Bueno, ustedes van a ganar quince entre los dos. En vez de darte todo el salario, soy como tu administrador, les doy una parte y les voy guardando otra. Yo te entrego, por ejemplo, diez y te ahorro cinco, porque a parte te estoy ahorrando, vos el día que lo precisés me lo pedís. Eso sí, vos me firmas por los quince. Así ustedes no pagan una cuenta en el banco, no la abren, que en el banco te terminan sacando plata, vas a tener que pagar un interés". Cuando él nos dice esa movida de cómo sería una administración y que no tenés que pagar banco, y que no tenés que hacer todos esos trámites, le digo a mi marido que acepte. Yo tenía un almanaque donde iba llevando la cuenta, ponía enero cinco mil, febrero cinco mil, y así todos los meses. Aunque mi marido firmaba por el monto total. Hacía un año que veníamos ahorrando y un día se enferma mi hijo y no teníamos el remedio. Salía mil y pico de pesos en esos tiempos, que Salud Pública no te lo daba porque era un remedio muy costoso, que es un inhalador. Entonces hice la cuenta de todo lo que tenía en el almanaque y pensé que era una nada en relación a lo que teníamos ahorrado. Justo se cae una vaca en el campo. Llovía. Me acuerdo que me pongo el equipo de lluvia para ir a levantarla y él también va. Él me dice que va a tener que pagar

un veterinario, como doscientos dólares para que venga a ver la vaca. Yo estaba empapada. Le pregunto si puede darme de las cuentas, del ahorro mío, para comprar el medicamento para mi hijo. Entonces me dice “¿Pero vos te la creíste?”. Hasta el día de hoy me acuerdo acá en la cabeza sus palabras textuales. Cuando me dijo así, pensé que yo había escuchado mal, por la lluvia, por el equipo. Me saco la capucha, me acuerdo, y le pregunto “¿Usted me entendió que para el medicamento que necesita mi hijo le pido de lo que usted me tiene ahorrado? Le pido mil pesos nomás, o bueno, capaz que entre llevarlo le pido dos”. Me dice “No, no, yo te dije claramente, ¿vos te la creíste?”. Te juro que las lágrimas mías no se comparaban con la lluvia que caía a cántaros. Me estaba diciendo que por el animal, que se lo merece, va a sacar doscientos dólares para que venga el veterinario y no me quiere dar mi plata para el medicamento de mi hijo enfermo. Me fui para casa y me largué a llorar en esa cocina. No sé lo qué lloré. Hasta que vino mi marido y le conté lo que pasaba. Mi marido me responde que no puede ser así, que seguramente yo entendí mal y sale a hablar con él hasta el chalet. Yo me apronté el mate y me quedé esperando en la cocina con toda la ilusión, pensando que me tenía que calmar porque seguramente me había equivocado. Cuando viene mi marido y le veo la cara, me di cuenta de todo, el patrón nos había engañado. Le pedimos al patrón que por favor nos diera algo por lo menos. Y él nos dijo “Ustedes firman por el todo, ¿a quién le van a reclamar?”.

Esa madrugada mi marido no quería salir a hacer el tambo. Igual lo convencí para que fuera a trabajar. Cuando volvió, sentimos que golpearon las manos, era la policía. Mi marido que venía a sacarse las botas, sale a preguntar qué pasó, y nos dicen que vienen a comunicarnos el despido. El patrón ni siquiera tuvo el tupé de venir y encarar el tema y decirnos en la cara que nos iba a despedir. Entonces nos quedamos en la casa, explicamos un montón de cosas, fuimos al Ministerio de Trabajo, tuvimos un juicio que duró mucho tiempo. Mi hija más chica tenía como cuatro años. Ese tiempo los compañeros nos ayudaban con comida. Porque obviamente, nosotros mientras duró el juicio, no cobrábamos sueldo. Después cobramos todo los jornales caídos desde el despido, pero mientras tanto, no teníamos sueldo. Estuvimos dos meses, casi tres con el juicio.

Ese juicio fue de alquilar balcones, fue de carpeta. Mi cuñado declaró a favor del patrón. El juez estaba sorprendido, le preguntó por qué declaraba en contra del hermano y mi cuñado le respondió que “Porque a mí el sueldo me lo paga el patrón, no él”. Fue de alquilar balcones. Vos pensás que en la familia no pueden pesar los intereses. Pero en el campo es diferente, porque él sentía que lo estábamos traicionando al patrón porque le estábamos reclamando lo que nos había guardado. Nunca recuperamos el dinero que nos guardó el patrón. Hicimos un juicio que al final

salió a favor del reintegro de mi marido² por cómo lo había echado, porque era arbitrario el despido, y también el pago de salarios pendientes desde el día de su despido. Pero el reintegro del dinero nunca salió porque no había pruebas.

Nosotros no queríamos volver al tambo. Pero en ese momento el PIT-CNT (Plenario Intersindical de Trabajadores - Convención Nacional de Trabajadores) ya había tomado partido³ y el abogado nos dijo que como ejemplo para el resto de los compañeros estaba bueno aceptar el reintegro. Por eso hoy yo cambio mi tesitura, porque fue tanto lo que pasamos y lo mal que pasamos, que cuando el trabajador viene a mí, yo le pregunto qué es lo que quiere, cómo se siente. Porque capaz yo, como dirigente sindical, la estoy pifiando. Y en ese reintegro yo no te voy a acompañar, entonces en vez de ayudarte te estoy perjudicando.

El juez decretó que el reintegro era solo para mi marido. Como yo no tenía justificativo frente al BPS (Banco de Previsión Social) y era como una colaboradora, yo no tenía trabajo. Nos fuimos los cinco a vivir al tambo, de nuevo al mismo campo, pero yo me quedé en la casa, no salí a trabajar más al tambo. El reintegro fue una tortura, fue espantoso. Duramos tres meses. El patrón nos hizo la vida imposible. Además, estaba el hermano de mi marido en el mismo trabajo. Eran ocho o nueve horas por día enfrentados con mi marido en el mismo lugar. Me acuerdo que un día tendí unas sábanas blancas. El patrón, con tal de que nos fuéramos, pasó con el tractor, enganchó la cuerda de la ropa y me tiró las sábanas. Y me gritó “¿Y...? Lavala de vuelta negra, para eso estás”. Entonces todas esas cuestiones eran para que nosotros reaccionáramos, era insalubre lo que pasamos. La situación era espantosa, porque tenía un perro malo y lo largaba para molestarnos. ¿Cuánto más podés aguantar viviendo así?

6- VOLVER A EMPEZAR

De ese tambo nos fuimos a vivir a Puntas de Maciel. Ahí siempre teníamos changas, cuando no era en un lado, era en el otro. Yo por ejemplo siempre cuento la anécdota de que yo agarré suplencia de tambo, no era tambera efectiva. Cuando salen los cuatro libres ponele y tenés ocho personas para salir los libres, cubro casi el mes entero, porque cubrís cuatro por cada uno, entonces siempre vas cubriendo. Muchas veces te sirve mucho más hacer suplencias que ser efectiva, porque sos jornalero y ganás más que estando efectivo. Pero no tenés la estabilidad del sueldo. Y a veces tenés problemas con tus mismos compañeros porque te dicen que ellos ganan 800 y vos ganás 1.300. Pero yo no tengo la estabilidad que ellos tienen, y si ellos quieren salir libre, como van a salir libre y esto es

2) Reincorporación del trabajador a su tarea.

3) El PIT-CNT apoyó públicamente el reclamo judicial por persecución sindical. Entre las movilizaciones que se realizaron, se desarrolló una asamblea en la puerta del establecimiento de CR que impidió el acceso del transporte lechero al tambo.

una changa, es obvio que me van a pagar más. Pero a mí me servía por la flexibilidad de poder ir a Montevideo, porque como soy jornalera puedo decir que voy a cubrir dos libres, no voy a cubrir los cuatro porque tengo reunión en Montevideo, y no hay problema. Ahora, cuando vos sos efectivo y pasas a ser mensual, esas “cositas” como le llaman ellos, eso de salir, de joder, de no venir al otro día, ya es sanción.

Ahora estoy en el tambo de Romero, en Puntas de Maciel. Cambié todo el sistema del tambo porque yo tengo la opción de que, por ejemplo, cuando quiero hago tres meses como es el seguro de desempleo, el seguro de contrato provisorio. Para tener cierta estabilidad yo trabajo tres meses, le digo al patrón que cubro ese tiempo y que después necesito salir. Y a mí, como me queda cerca de casa, yo corro con un montón de ventajas, los gurises vienen en moto, yo voy caminando. Entonces cuando nadie quiere ir, como el 24 o el 25 de diciembre, o el 1 o 6 de enero, el patrón me pregunta si puedo ir y yo voy. “Si, pero a usted también le sirve porque lo cobra doble”, me dice el patrón. “Y obvio, es la ley que dice que lo tengo que cobrar doble, pero usted sabe que cuando no consigue a nadie u otro viene y le dice que por menos de dos mil quinientos pesos no se lo va a hacer, ¿qué hace, a quién termina llamando usted?”. Y ahí me da la razón.

7- MARÍA, LA DIRIGENTE SINDICAL

El sindicato de tambos⁴ estaba formado hace muchos años, pero se revive de vuelta con el tema de nuestra situación con Cruz. A Montevideo primero empecé a ir sola, después fue la UNATRA (Unión Nacional de Asalariados, Trabajadores Rurales y Afines) la que me ayudó en el acompañamiento del Ministerio de Trabajo y el juicio a esta persona. La central nos puso un abogado. A raíz de eso reclamábamos la ley de ocho horas, que lo que nos pasó de que un patrón te administre tu plata no volviera a pasar, que vos tuvieras tu sueldo, con tu recibo. Entonces esas reivindicaciones el PIT-CNT las tomó como tal y fue muy visible el caso. Gente de otros tambos empezó a perder el miedo. Iban de noche, vecinos que fueron a una asamblea por primera vez a tratar de ver cómo eran las cosas, qué se podía hacer, qué se podría regularizar. La gente se nos arrimó, logramos armar algo y después el PIT-CNT nos guió cómo seguirlo.

En ese momento había otro presidente y había otra delegación en el sindicato. Pero yo siempre estaba “pa’ escribir”. Y vieron otro perfil en mí. Y ahí empezó mi vida como dirigente sindical. El sindicato estaba congelado en el tiempo. Yo empecé a contactarme con los hermanos Marrero⁵, a contactarme con los dirigentes sindicales de

antes para que me enseñaran cómo se hace. Empecé a ir a Montevideo, a ver qué era la central (PIT-CNT), dónde quedaba, quiénes iban. Me empecé a preguntar cosas y a involucrarme.

El sindicato se armó en Puntas de Maciel en una asamblea general, con la UNATRA y también fue la Comisión del Interior del PIT-CNT para la formación del sindicato. Yo venía al PIT-CNT y me juntaba con la UNATRA y empezamos a fortalecer el sindicato. Siempre invitábamos a algún dirigente sindical que supiera del tema de los rurales para que fuera a las bases. Ahí empezamos a hacer las conexiones con la gente de la naranja y de otros sectores. Vi que en la UNATRA no había casi mujeres y empezamos a juntarnos con Graciela, Teresita y otras mujeres para ver en qué estábamos y qué podíamos hacer juntas.

A mí la injusticia me mata, no la puedo tolerar. Aunque no quiera, me salta la térmica frente a una injusticia que sé que no puede ser así. A veces voy caminando con mi hija y si veo una persona en la calle me paro a preguntarle “¿Por qué estás en la calle?, ¿qué te pasó?, ¿qué te llevó a estar acá?, ¿me podés contar?, ¿puedo hacer algo por vos?”. Es más fuerte que yo, no puedo ver una injusticia y seguir de largo.

Yo creo que mis compañeros me quieren y me respetan porque hablo sus mismos códigos, porque yo estoy en lo mismo que ellos. El otro día un compañero me contaba que fue a Paso de los Toros a una asamblea y cuando llegó la desilusión de los muchachos fue tal que me dijo que la asamblea estuvo preciosa, que había como treinta personas, pero que le preguntaban todo el tiempo dónde estaba yo, y como yo no estaba se le empezaron a despararramar. Entonces no quería ir más de delegado. Pero a mí me parece importante hacer otras caras visibles, que se empiecen a involucrar en el sindicato. Para mí la cuestión es hablarles de igual a igual. Con el paso del tiempo ya tienen identificado cómo les hablo, porque saben que soy del área rural y no los vengo a “cuentear”.

Y muchas veces el sindicato no es solamente la vida sindical, va mucho más allá de eso. Hay que escuchar, entender por qué a las personas les pasa lo que les pasa. Cuando vos le decís al otro “Yo te entiendo, porque yo pasé por lo mismo”, es como que se sacó la mochila. Es como cuando hablamos de violencia doméstica, cuando hablamos de tanta cosa, cuando nosotras la vivimos día a día allá afuera. Entonces si vos decís “Yo te entiendo y te acompaño primero a llorar y después si querés contarme me contás y sino no me contés nada, pero voy a estar ahí para que llores conmigo”, eso te genera la confianza. Hay que estar, no decirle que hable con mi secretario. Si te llamaron a tu celular es porque te precisan esa tarde. Los gurises tienen un dicho “¿Qué te contestó María, que viene?”

4) El Sindicato Único de Trabajadores del Tambo y Afines (SUTTA) se fundó en 1958.

5) Walter y Hernando Marrero, ex dirigentes sindicales que tuvieron un papel clave en la

organización de los peones del tambo del país.

Bueno, si te dijo que viene, viene, vendrá a la una de la mañana, pero que venir, viene". Hay que tener palabra. Mi papá decía: "No lo dejo por escrito, pero tengo palabra. Si incumplió, incumplió él, usted no".

Ahora voy a Montevideo para tratar de hacernos visibles, de que se nos escuche, de que se nos abran puertas, de que la gente sepa lo que se vive y lo que se pasa en el campo, que ha cambiado muchísimo y que hay muchas cosas para cambiar también. Aunque me sigue costando horrores ir a Montevideo. Creo que tengo como catorce Consejos de Salarios encima y me sigue costando igual cuando escucho que el guarda del ómnibus anuncia "Plaza Cuba".

8- LA LUCHA ES PRIMERO CON NOSOTRAS MISMAS

Para las mujeres, todo es más difícil. Mi lucha es por los derechos de los asalariados, pero también por los derechos de las mujeres. Lucho porque las mujeres rurales sean visibles, que hablen por sí mismas. Que no nos utilicen para cambiar su discurso, como hacen muchas veces que vamos a la UNATRA, presentamos una idea y ellos la dan vuelta, la dibujan en otros términos y la hacen pasar como de ellos.

Soy de las pocas mujeres que participan en la negociación colectiva. El sindicato es un sector de hombres, no de mujeres, y más en el campo y en el tambo. Me acuerdo que un día, entro al consejo de salarios rural y me dice la contraparte de las gremiales: "Estamos esperando al dirigente sindical del área rural, me parece que se equivocó de puerta". Y le digo yo "No, yo entré acá porque vengo en representación de los tambos". "¡Ja, así está el Uruguay que una mujer viene a negociar!". Y me la fumé. "Sí, por supuesto, no hay ningún problema, pero tenemos que entrar a negociar de igual a igual, ni usted la tiene más grande, ni yo la tengo más chica".

Las mujeres somos muy negociadoras, más conciliadoras en algunas cosas, muy de buscarle la vuelta para



María Flores durante una actividad sindical. Créditos: PIT-CNT.

que salga. No somos de confrontar. La mujer quiere la unidad, pero la unidad sana, no la unidad competitiva de buscar quién es más representativo que quién. Tenemos en cuenta otras variables. A veces yo veo las discusiones de los hombres y las miro, y las estoy mirando de afuera, y de repente salto con una "¿Pero no será mejor...?". Y me quedan mirando, como diciendo "¿Cómo no se nos ocurrió eso?". La discusión pasa por ser creativo, por ser inteligente, por saber que hay que plantear el problema y la solución, por ver de qué manera logramos más.

A las mujeres todo nos cuesta más. Para los consejos de salarios tenemos horas de viaje para llegar a Montevideo a defender al sindicato, y luego tenemos horas de viaje para llegar a casa, y cuando llegamos tenemos que ocuparnos de las cosas de la casa, lavar, cocinar, cuidar, alimentar animales, y todo lo que hacemos las mujeres. Y cuando el hombre llega, se saca las botas y se sienta a descansar, y la mujer lo tiene que atender.

Yo siempre digo que hay una lucha, primero interna y con nosotras mismas, para romper con eso de que no podemos porque somos mujeres. Y después está la lucha externa, con los compañeros que piensan que deberíamos estar en nuestra casa atendiendo a sus hijos, lavando la ropa, y no militando en el sindicato. Para mí, esa lucha es más dolorosa. Muchas veces llegamos al sindicato y ellos desearían que no fuéramos. Les molestamos porque preguntamos. Como ahora con las cláusulas de género, nosotras las propusimos y nuestros compañeros las sacaron todas, porque creen que no son importantes. Estamos peleando para dejar que el día de la mamografía, sean dos días porque no es lo mismo hacer la mamografía en Montevideo que tenés una en la esquina, que allá, donde tengo que hacer 50 kilómetros para ir a hacerme ese mismo estudio, tendrían que ser dos días si uno me lleva el traslado. Como que al hombre sólo le importa la plata. Yo no digo que no sea importante el sueldo, digo que también importan otras cosas para hacernos visibles, como respetar a la compañera que tiene 50 kilómetros para ir y 50 para volver para hacerse un estudio médico.

Cuando empecé a militar las penitencias en casa eran enormes. Como llegar y tener toda la cocina sucia, porque si me iba para Montevideo tenía que hacer todas las cosas de la casa cuando llegaba. Hasta que al final un día discutimos fuerte a las tres de la mañana y me dijo "El sindicato o yo. Si no, yo me voy". Y yo le respondí "Andate, vos sos uno, el sindicato son mucha gente que necesita de otra gente para que hablen por ellos". Se fue una semana, volvió. El tema es que ellos piensan que la militancia de una mujer es igual que la militancia de un hombre, pero es muy diferente, nosotras no vamos al sindicato para salir de fiesta. Y no generalizo porque hay semejantes militantes varones que militan y militan y militan, pero hay otros que no. Entonces no hay que buscar un sindicato como una

puerta de escape a tu libertad. No. El sindicato es para lograr juntos cosas para la gente y si no lo lográs, andate de ahí, porque el fin es lograr cosas para la gente. Por eso yo me he ido proponiendo cosas.

Mi marido decía “Se fue a Montevideo y me cambiaron de mujer”. Claro que cambié, porque empecé a pensar que no era normal lo que estaba pasando, que no era normal todo lo que yo asumía por mamá, por papá, por los abuelos, pensando que era lo que iba a vivir por el resto de mi vida. Pero llegó un momento en que yo me pregunté “¿Esto es lo que quiero?”. Y más cuando nacieron mis hijos,

porque cuando yo la veía a mi hija me preguntaba: “¿Esto va a ser lo mismo?, ¿Cuándo se rompe el círculo de todo lo mismo?”. Porque veía que se repetía todo exactamente igual, las mismas palabras, las mismas cosas... Las cosas cambian en la medida en que nosotras cambiamos. Nosotras somos las grandes impulsoras de que la situación en la casa cambie porque nosotras cambiamos la cabeza. Si nosotras hubiéramos seguido con la misma mentalidad, seguiríamos igual. Y tenemos que ser muy cuidadosas con lo que transmitimos a nuestros hijos.



Ternero en etapa de recría.



Susan Troche

Mujer, rural, asalariada y militante

Autor: Sandro Pereyra.

Virginia Rossi

Ing. Agr., Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Agronomía (EEMAC), Universidad de la República.

virossi@fagro.edu.uy

Susan Troche

Asalariada rural de Bella Unión, departamento de Artigas.

1- ME CRIE EN EL CAMPO, EN VILLA QUEBRACHO

Soy quebrachense, nacida y criada en Villa Quebracho, Paysandú, la séptima en una familia de diecisiete hermanos.

Mi padre era argentino, nacido en la localidad de 25 de Mayo, Provincia de Buenos Aires, y de jovencito se vino a trabajar a la ciudad de Paysandú a la tienda de un tío suyo. Porque a los 18 años allá había que hacer la "colimba"¹, él no quería hacerla y un día antes de cumplir la mayoría de edad, se vino al Uruguay. Allí en esa ciudad se conocieron y casaron con mi madre. Eran otros tiempos, mis abuelos paternos siguieron viviendo en Argentina. A mi abuelo lo conocí cuando tenía cinco o seis años, él vino a vernos. La abuela se apareció por Quebracho buscando a mi padre cuando yo tenía 13; hacía 40 años que no lo veía.

Mi madre era quebrachense como yo, aunque debido a su situación como huérfana de padre, se terminó de

Las cosas materiales no te hacen feliz, es una gran mentira que el ser humano tiene en la cabeza

criar en otra familia en la ciudad de Paysandú. Por eso de adolescente mi madre vivió en Paysandú y allí es donde conoció a mi padre. La de mi madre es una historia que nosotros fuimos descubriendo de a poco, ya grandecitos, no era un asunto del que se hablara en la casa. Resulta que ese abuelo materno, su padre biológico, había matado a otra persona en un reto a duelo. Por eso fue preso y pierde conexión con la familia. Pero ella llevaba su apellido porque vino con custodia de la cárcel y la reconoció en el registro, donde fue anotada como hija de "madre desconocida", así se usaba antes. Luego mi abuela se casa con un señor oriundo de Salto. Y como mi madre tenía ese estigma de ser hija de un asesino, la envían (aún niña) a una familia conocida de Paysandú vinculada al teatro, "como compañía" de una señora mayor. A los pocos años, al salir de la cárcel por buena conducta, ese abuelo volvió por la Villa y al descubrir que la abuela tenía otra familia, nunca más volvió. Así es que, aunque llevó su apellido, mi madre nunca lo llegó a conocer. Lo cierto es que, sin conocerla, muchos años después la citaron a mi madre en un juzgado a decirle que la habían nombrado su única heredera. Yo la acompañé. Él había muerto y lo que hubiera querido mi madre era conocerlo, por lo que se negó a recibir bienes de

1) Instrucción militar obligatoria para los varones mayores entre los 18 y 21 años en Argentina desde 1901 hasta 1994.

él. Lo que sí mantuvimos fue nuestro vínculo con la familia de la abuela materna en Quebracho y los otros hermanos que mi madre tuvo.

Mis padres cuando se casan se van de la ciudad de Paysandú, para instalarse en las afueras de Villa Quebracho, bajando para el Barrio El Parque, donde terminaba el pueblo y ya era campo. Mi padre prefería no ser empleado, nos decía que eso no daba ningún dividendo. Quería tener siempre su propio negocio, para poder hacer algún ahorro y manejarse independiente. Ellos hacen una casa de material, en dos terrenos. Mi madre tenía un hijo por año. Todos nacidos con partera y en la casa. Papá era quien nos cortaba el ombligo, ataba el cordón y nos bañaba. Así nacimos diecisiete hermanos, aunque ella tuvo veintiún embarazos. Algunos los perdió, el último a los 46 años. Algunas veces mandaban buscar al Dr. Cajarville² (el médico del pueblo), cuando mamá entraba en trabajo de parto, para ver si todo venía bien, pero después se iba. Sino también venía después, a controlar. Pero, así y todo, aunque estuviera embarazada, igual mi mamá agarró trabajo afuera durante años, como cocinera de la Escuela No. 23 de Villa Quebracho. Ella decía que conmigo trabajó hasta el día anterior al de yo nacer. Ese trabajo en la escuela, por mucho tiempo, luego “lo heredó” Zulma, una

2) El Doctor Diovel Cajarville (1938-1997), oriundo de Lavalleja, se inició como médico rural en la zona de las colonias de Quebracho y luego tuvo una reconocida trayectoria en el pueblo por su comprometida labor como filántropo comprometido con múltiples causas del pueblo (1967-1997), motivo por el cual hoy una de las calles lleva su nombre.



Susan Troche.

de mis hermanas.

A pesar de que éramos un montón y todos en la casa trabajaban, siempre fuimos como de “clase media”, porque papá tenía siempre algún negocio. Además de trabajar en la tienda con el tío, en Paysandú había aprendido varios oficios, era talabartero, soldador y mecánico. En algún período, tuvo un taller mecánico en la Villa. Recuerdo de esa época que papá no cobraba por arreglarle los vehículos ni al médico del pueblo, ni a la ambulancia, ni a los bomberos. También con mis hermanos tuvimos un horno para hacer ladrillos. Además, teníamos una quinta muy grande en la que se plantaban todas las verduras. Allí todos mis hermanos trabajaban y nunca faltaban papas, zapallos y todo lo que se comía en la familia. Mi padre armaba los calendarios con la luna, todo se hacía con abono orgánico sin ningún químico y se regaba bombeando agua a mano. Por eso también salían a vender las verduras con unos canastos enormes. En casa de mis padres, incluso había animales y mi papá carneaba con mis hermanos, porque tenía licencia de abastecedor y podía ir a los remates de ganado. Por eso en algún período también tuvimos carnicería, vinculada a un almacén que sobre todo atendía mi madre y ahí entregaba los pedidos de carne que mi padre le dejaba preparados.

La dinámica familiar con los hermanos, aunque salieran a hacer alguna changa, era la siguiente: los varones siempre trabajaban en algo con papá, porque había un montón de cosas para hacer; y las mujeres cuidábamos a los más chicos y hacíamos todas las cosas dentro de la casa. Porque a los hermanos más chicos había que bañarlos y cuidarlos. Y aunque todo estaba cerca, había que llevarlos a la escuela, o al médico, ya sea a vacunar o cuando uno se enfermaba, había que llevarlos hasta la policlínica. Y así todos, al menos los más grandes, fuimos dejando de ir a la escuela para empezar a trabajar en alguna cosa y tener nuestro propio dinero.

Quizás por eso no teníamos completa la enseñanza primaria. En mi caso la terminé mucho después, ya siendo adulta. Porque después de dejar la escuela, de los once a los catorce años trabajé como doméstica haciendo limpieza en un establecimiento cercano, donde me quedaba a dormir entre semana, a 4 km de la Villa. Luego trabajé en el pueblo en casa de una maestra. Así es que desde entonces ya tuve mi propio dinero. Desde los trece años, mi madre me envió a un taller de labores que había en la parroquia, donde pude aprender muchas cosas. Allí estaba la obra del Padre Juan Zordán³, quien no solo me bautizó y me dio la primera comunión, también luego me casó y llegó a bautizar a mi primera hija. Fui la única de las hermanas

3) El P. Juan Zordán (1926-2016) llegó a la Parroquia de Villa Quebracho en 1963 y en 1965 creó la Escuela Taller San José, que funcionó como escuela artesanal. Entre otros oficios, en ella se enseñó tejido, corte y confección, cocina, bordado a mano y a máquina, crochet, trabajos en madera, cuero, cobre torneado en la madera, dibujo, fabricación de escobas y bloques de hormigón. También fue impulsor del Festival “Cantando al Calor del Fogón” (1973) y del Centro de Promoción Humana de Villa Quebracho (1987).

que quise ir a la escuela taller y tomé todos los cursos que pude: aprendí costura, a bordar a mano y a tejer, todas las labores que se enseñaban allí. En ese tiempo, ni bien terminaba de limpiar la cocina en el establecimiento, salía disparando a caballo al taller de la parroquia, para llegar a las dos de la tarde. Dejaba el caballo atado atrás de la parroquia hasta las cinco, y antes de volverme pasaba por el bajo a saludar a mi madre y mis hermanos, antes de pegar la vuelta al lugar donde trabajaba. Después, ya con quince años, tomé un curso de peluquería. Y le cortaba el pelo “a tijera” a mis nueve hermanos varones. Había que hacerlo muy bien y tenía que quedar bien cortito, como si fuera corte a máquina, porque en casa no había luz. Mi padre veía que ese oficio podía serme útil porque en Quebracho no había peluquerías, y lo hacía muy bien.

Pero también eran tiempos de la dictadura, y mi padre era muy severo. No nos dejaba estar a ninguno fuera de la casa sin un propósito, “Nada de andar vagando por ahí”, nos decía. Ni a los varones ni a las mujeres. Porque temía que fuéramos por mal camino, o presos directamente. Mis hermanos mayores también hacían changas en estancias de la zona, pero nosotras en general, trabajábamos dentro de la casa, en trabajos que llegaran “hasta el portón de casa”. No salíamos sino era a una limpieza, o a un trabajo concreto. Pero cuando ellos salían a trabajar afuera nos hacían propaganda, porque nosotras lavábamos y planchábamos ropa para otros peones que trabajaban allí con ellos. Entonces con quince años, yo lavaba y planchaba esos atados de ropa que me traían a casa, también cortaba el pelo, cosía, bordaba a mano, hacía manteles caladitos con vainillas y tejía para afuera. De una forma u otra, siempre trabajé y desde muy jovencita tuve mi propia plata.

Y fue así como conocí a mi marido, ¡lavándole y planchándole la ropa! Él es originario de Tierras Coloradas, anotado en Chapiçuy y criado en Soto, pero estaba asalariado donde hacían changas mis hermanos, en el establecimiento de Martín Algorta, pegado al pueblo. Nos comprometimos enseguida, a los seis meses. Y desde allí fuimos comprando y acumulando cosas para casarnos; por eso estuvimos dos años y medio de novios. Y aunque yo era la séptima y tenía una hermana cinco años mayor aún soltera, fui la primera en casarme e irme de la casa, yo con 17 (casi 18) y él 27 (casi con 28 años).

2- LA INDEPENDENCIA Y LA BÚSQUEDA DE TRABAJO

Desde mi niñez siempre estuve conectada al campo y a todo lo que es el trabajo rural, además de que siempre me gustaron los animales y la tierra. El trabajo rural es “un ir y venir”, creo que lo llevo en la sangre. Mamá me decía, “Vos saliste igual que tu abuela”, porque a ella siempre le gustó andar con las gallinas y escarbando la tierra en la huerta.

Como yo que supe temprano de la quinta, las gallinas y los huevos, también lo que era ordeñar y una yerra.

Después de casarnos, en un primer momento nos fuimos a trabajar juntos a una estancia en Las Delicias, donde ya estaba trabajando mi esposo. De allí nos mudamos durante un año a otro campo del mismo patrón, en la zona del Saladero de Guaviyú, donde se ordeñaban a mano hasta 45 vacas y allí se hacía queso. Allí “nos moríamos de hambre”. Mi esposo estaba en el tambo y yo como cocinera de los peones, aunque igual me tocaba hacer de todo, lo mismo ordeñar que descornar terneros. Mis dedos pulgares, gigantes ahora, dan cuenta de ese tiempo de ordeñar a mano. Y todo ese tiempo sin estar ninguno de los dos en el Banco de Previsión Social (BPS), cosa que recién descubrimos hace poco, cuando mi esposo se fue a jubilar.

A finales de 1980 eran tiempos de dictadura y estábamos pasando mal en ese lugar. Aún no teníamos hijos, aunque seguramente ya estaba embarazada de la mayor de mis hijas cuando surge la idea de migrar para buscar un mejor futuro en Argentina. Mi esposo nunca había salido de Uruguay, pero yo lo entusiasmé. Estaba dispuesta a “romper cadenas”, salir de esa esclavitud y a buscar un futuro mejor. Se me ocurrió aprovechar que tenía parientes allá por parte de padre y madre, sobre todo mantenía contacto con un hermano de mi madre y su esposa, que se habían ido años atrás y estaban cerca, en San José, Entre Ríos. Yo tenía 19 años y aunque era menor de 21 años podía salir sola del país, con la libreta de matrimonio. Conseguí plata con papá, mamá y alguno de los hermanos para pagarme el boleto y sin decirles que iba sola llegué como pude a buscar a esos tíos, porque no había teléfono en aquel entonces. Un hermano me acompañó a la estación de AFE⁴ a tomar el motocar de las seis de la mañana, para hacer el trayecto desde Quebracho a la ciudad de Paysandú. Ahí mismo tomé el ómnibus de COPAY hasta Colón. Luego tomé otro a San José, donde pregunté por mi tío. Di fácil con él en la cooperativa donde trabajaba y le consulté si nos apoyaban en caso de irnos a vivir y trabajar allá: “Traigan ropa y acá le damos todo”, me ofreció.

Así fue como resolvimos irnos a San José y vivimos tres años en Argentina. Mi esposo era entendido de mecánica y sabía manejar un compresor, por lo que al otro día consiguió trabajo en saneamiento. Yo conseguí trabajo con una señora que trabajaba en el Frigorífico Liebig, para cuidar a su niño de año y medio y ayudar a la abuela en la limpieza de la casa. Al poco tiempo, pudimos alquilar una casa en Colón y seguimos con los trabajos. Dejé de trabajar al llegar a los ocho meses de embarazo de mi primera hija, luego mi esposo consiguió trabajo también en Colón con una empresa de saneamiento. Me ayudó con los papeles que yo era descendiente de argentinos y también que

4) Administración de Ferrocarriles del Estado

nuestra primera hija nació en Colón. También tuve todos los beneficios porque a él lo pusieron enseguida “en caja”. Así fuimos armando la casa, porque de acá no pudimos llevarnos nada más que sábanas y algún acolchado. Me dediqué más que nada a lavar a mano; lavaba manteles a mano para un club, que blanqueaba al sol. Pero en ese entonces el clima era cada vez más horrible en Argentina a causa de la Guerra de las Malvinas⁵. Hasta que la empresa donde trabajaba mi esposo quedó con la obra parada por la misma guerra, nos resolvimos volvernos. Ya lo estábamos pensando porque veíamos que era “como un círculo que se iba cerrando”, teníamos vecinas que lloraban por sus hijos y cada vez conocíamos más gente que citaban, hasta temíamos que fueran a reclutar a mi esposo en cualquier momento. Entonces, nos volvimos un mes y medio después de que nació nuestra segunda hija (que se lleva dos años y medio con la primera), a “recomenzar” en Uruguay.

A finales de 1983 llegamos a la casa de mis padres, en Quebracho, con las dos nenas. Como me fui, volví, así “de una”. Lo que no pudimos empacar, lo regalamos a la gente que nos había ayudado. Apenas me traje las cunas desarmadas en el ómnibus y mis dos máquinas de tejer, pero dejamos muchas cosas. Mis padres muy contentos de que nos viniéramos, habíamos dejado todos los muebles al irnos y en seguida mi esposo entró a trabajar en una estancia, por la zona de Guaviyú, de tractorero. Pero nos quedamos allí apenas un año.

3- INSTALACIÓN DE LA FAMILIA EN BELLA UNIÓN

Mis padres vinieron antes que nosotros a trabajar y vivir en Bella Unión, en 1984. Al poco tiempo de volvernos a Quebracho desde Argentina, uno de mis hermanos vino con la noticia de que había mucho trabajo en Bella Unión. Le dijo a papá y uno de mis hermanos mayores, que había mucho trabajo por las plantaciones⁶, pero también trabajo de soldadores, para los caños de riego, y que se precisaban mecánicos (porque había muchas máquinas). Y como el de mecánico era uno de los oficios que tenía papá, se fue con otro hermano a probar suerte. Y luego de tres meses volvió a Quebracho y se llevó a mi mamá con los hijos más chicos...

Yo quedé en la casa familiar con algunas de mis hermanas y un hermano, que cuando no estaba trabajando afuera paraba en Quebracho. Nosotros teníamos dos niñas chiquitas, ¡la casa nos quedaba grande! Mi esposo seguía de tractorero y yo había puesto un kiosco-almacén en la

casa: así sobrevivíamos entre todos. Teníamos incluso un terreno pegado al de mis padres para hacernos una casita, que si bien empezamos nunca la terminamos, y alguna vez pensamos incluso destinarla a panteón para la familia. También nos habíamos anotado como aspirantes en el primer plan MEVIR⁷ de viviendas (primero de cinco que actualmente hay en la villa). Pero al poco tiempo papá nos escribe (porque todo era por carta) y le dice a mi esposo que vaya a trabajar allá, que había “buen trabajo” en Bella Unión. Entonces, mi esposo pidió apartarse del trabajo donde estaba para ir a probar suerte a Bella Unión (lo que hizo en buenos términos) y desestimamos aquella aspiración al plan de MEVIR donde había que estar participando en la construcción de las viviendas.

Le fue bien al llegar, enseguida consiguió trabajo como tractorero y además le pagaban muy bien. Era “un platal” para nosotros, para lo que estábamos acostumbrados, lo que ganó en ese primer mes. Por eso al mes siguiente ya nos fuimos con las nenas a vivir a Bella Unión. Alquilamos un vagón de AFE para traer nuestras cosas en agosto de 1984, que, gracias a mi gestión, nos lo costó el patrón de mi esposo. Por otra parte, en Quebracho, la situación de mis hermanos quedó resuelta, una de mis hermanas quedó encargada a la familia de su futuro marido y otros también se mudaron con mis padres a Bella Unión.

Al llegar a Bella Unión, nos quedamos en el mismo lugar donde vivían mis padres, un caserón super grande que le prestaba el patrón de papá. Ni bien pudimos, nos fuimos por nuestra cuenta. Compramos un ranchito recién hecho en el barrio Las Piedras, por \$2800 pesos de aquella época. Hicimos los documentos en la Junta y todo, armamos una casilla prefabricada y alambramos el predio. El terreno no era nuestro, porque no era propiedad privada, pero si las mejoras que hicimos. En ese entonces el barrio estaba sin luz ni agua. Al principio para la casa teníamos farol a gas y para los cuartos lámparas de queroseno con tubo. Traíamos agua en tanques de 200 litros y también juntábamos de la lluvia. Ese primer año no teníamos agua corriente, por lo que no podía ofrecerme a lavar para afuera. Pero con nylon negro separado de la casilla, en seguida puse mi peluquería, y también al costado tenía mi máquina de tejer y de coser, porque cosía para afuera. Los pisos de hormigón habían sido una condición que le puse a mi marido, porque yo no quería vivir en la miseria con mis chiquilinas chicas, ni en ranchos de paja con piso de tierra. Por eso nosotros teníamos baño higiénico dentro de la casa. En ese momento el varón, que había nacido cuando vivíamos con mis padres, tenía cinco meses.

Viniendo de una familia tan numerosa, había pensado no tener más de tres hijos, lo teníamos hablado con mi esposo y estaba de acuerdo. Por eso, en esta primera

5) Guerra de las Malvinas: 2 de abril de 1982-14 de junio de 1982.

6) Entre los años 1982 y 1983 las cooperativas CALAGUA y CALNU formulan el Proyecto Integrado de Desarrollo Agroindustrial de CALAGUA que contaba con 5 subproyectos: riego para 3500 hectáreas (mitad de las tierras para producción de caña de azúcar y mitad para cultivos hortícolas), maquinaria agrícola, planta industrial para congelado de vegetales, planes anuales de producción y apoyo a la producción.

7) MEVIR es una persona pública no estatal, creada por Ley N.º 13.640 en 1967 con el objetivo de erradicar la vivienda insalubre del asalariado rural.

etapa tuvimos tres hijos, dos hijas mujeres y un varón, que se llevaban dos años entre cada uno. Incluso ya teníamos un hijo varón, pero tuvimos la desgracia de que, a los seis años, murió en un accidente con un camión. Y es como dicen, “uno nunca sabe”, porque se cumple aquello de que “uno propone y Dios dispone”. Pasados diez años, quedé embarazada de otro varón y a continuación, en un descuido, de otra mujer. Y luego, separadas cada cuatro años, también tuve dos hijas más. Así que hoy son seis, el varón y cinco mujeres en total.

4- UN TRABAJO FORMAL: ASALARIADA RURAL EN GREEN FROZEN

Después que tuve todos mis hijos y ya viviendo en Bella Unión, comencé formalmente a trabajar como asalariada rural en la planta procesadora de Green Frozen en 1996⁸. Entré como zafra, porque comenzábamos con el brócoli en junio, pero el trabajo seguía luego hasta diciembre con

8) En 1991 se crea GREEN FROZEN S.A., un frigorífico de procesamiento de alimentos congelados, para la industrialización y comercialización de la producción de Bella Unión, que tiene a las cooperativas CALNU como accionista mayoritario (90 % de las acciones) y a CALAGUA como accionista minoritario (10 % de las acciones). En el periodo 1997-1998 GREEN FROZEN llega a tener 600 empleados, pero luego esa cifra desciende. Siempre con grandes picos en épocas de cosecha y un 70% de mano de obra femenina.

otras verduras. En diciembre nos “liquidaban” a todas, y luego quedábamos en el seguro⁹. Si bien estaba afiliada al sindicato, no militaba en ese entonces. Mi marido trabajaba como grapero en la caña y como camionero. Mi hija más chica era todavía bebé y aún así, tenía que amamantarla. Eso fue un problema, porque ella quería la teta y le costó acostumbrarse. Entonces, yo pedía para trabajar el turno de la noche, para poder dormir de mañana y de tarde poder atender mi peluquería, que nunca la dejé. Y así podíamos turnarnos con los horarios de mi marido, que se iba a las seis de la mañana, y no dejábamos solos a los gurises. Pero siempre, los más grandes aún estudiando, tenían que ayudar con los más chicos.

La dinámica desde que vine a Bella Unión y hasta que entré en Green Frozen (desde 1984 a 1996), había sido así: nos enterábamos de que “fulano de tal” iba a empezar a cosechar frutilla y precisaba 40 mujeres, y allí íbamos todas, las 40 mujeres. O de que otro iba a empezar a sacar chauchas y allí íbamos, todas de cosecha. En general teníamos 15 días de trabajo cada vez, y luego se terminaba. Changas que con mucha suerte alcanzaban a un mes

9) Régimen especial de subsidio por desempleo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.



Quema del cultivo de caña de azúcar. Gentileza Agustín Juncal.

seguido, muchas veces en ese mismo período se paraba una semana en el medio, porque bajaba por algún motivo la producción, pero a la semana nos llamaban de vuelta, nos avisaban “Mañana seguimos con la cosecha”. Me atrevo a decir que la mayoría, o casi que el 100% de las asalariadas rurales de aquellos tiempos en los que hacíamos changas, no tenemos aportes en el BPS. ¡Cuántas mujeres que trabajaron una vida entera no figuran en ningún lado! y hoy por hoy también por eso no se pueden jubilar. Muchas son madres jefas de hogar trabajando afuera para ganarse unos pesitos y otras para “ayudar” a lo que trae a la casa el marido.

Había trabajado siempre, desde jovencita en Quebracho hasta ese momento, pero siempre fueron changas o trabajos puntuales, sin estar nunca en planilla ni tener aportes al BPS. Quiere decir que todos esos años, mi trabajo siempre fue mayormente “en negro”. Esto era igual para las demás mujeres, que hacían changas como yo, y trabajaban puntualmente en épocas de zafra. Soy un buen ejemplo de alguien que trabajaba desde antes de casarse y luego de casada, pero que no tengo aportes de esa época.

En mi caso la peluquería es lo que siempre me salvó. Yo les digo a mis hijos que nos ha dado de comer toda la vida, siempre fue nuestro pan de cada día, porque por suerte mis clientes nunca me abandonaron. Sobre todo, el corte de pelo. Aunque hacía otras cosas en la peluquería, con un corte de pelo yo tenía asegurado el pan y la leche y con otro, un kilo de carne que dividía en dos para cocinar. Y con esa changa era también que podía comprarles zapatos a los hijos para ayudarlos a estudiar.

Imposible pagar a una empleada, si tenía que pagar una niñera no compensaba lo que ganábamos en la chacra. La

más chica aún está en secundaria, pero las cuatro hijas mayores, todas terminaron bachillerato con este apoyo de mi peluquería. Eso sí, sobre todo porque los últimos hijos se llevan cuatro años entre ellos, los más grandes siempre tuvieron que ayudar a criar al más chico. Y siempre tuvieron que ayudar con las cosas de la casa.

5- LA MILITANCIA EN EL SINDICATO DE TRABAJADORES DE LA HORTICULTURA (STH)

La primera cosecha de chauchas en la que participé en Frutos del Norte¹⁰ fue en 2010, nos fuimos a trabajar a esta empresa junto a mi marido. Era una empresa asociada a Green Frozen, pero en lugar de trabajar en la planta procesadora, el trabajo era en la chacra. El trabajo era a destajo, pero un trabajo prácticamente de todo el año, íbamos con las diferentes verduras desde abril hasta diciembre, y trabajé allí hasta que se fundió.

A mí nunca me gustó ver los defectos de la gente y como soy muy sociable, busco las cualidades de las personas. Quizás por eso, al segundo año que entré a trabajar, las compañeras de Frutos del Norte S.A., me invitaron a integrar el sindicato de la empresa, el Sindicato de Trabajadores de la Horticultura (STH). Yo no tenía formación, pero sí tenía la madurez y la experiencia, porque a lo largo de la vida, incluso trabajando de doméstica, fui aprendiendo a conocer y defender mis derechos. Lo primero que surgió en nuestro ámbito como trabajadoras, incluso antes de

10) En 2006 los problemas de endeudamiento de Green Frozen provocan la venta de esa industria a inversores argentinos, que se hacen cargo de la producción e industrialización de hortalizas congeladas en la planta pero que además manejan a la empresa Frutos del Norte, como empresa agrícola asociada.



Susan durante una cosecha de caña de azúcar.

entrar al sindicato, fue organizarnos para hacer un reclamo de botas de goma nuevas, para trabajar dentro del barro. Éramos 45 mujeres trabajando en la cuadrilla y nosotras pasábamos re-mal. Los representantes del sindicato eran varones y como iban en los tractores, no pasaban tan mal y no tenían reclamos. De abril a junio trasplantábamos y luego cosechábamos el brócoli, que empieza ret temprano; después pasábamos a la coliflor a principios de junio. Se ponía bravísimo el frío, pisábamos la escarcha temprano en la mañana y se nos empapaban los pies, había pocas botas y todas estaban rajadas porque eran las que se descartaban de la fábrica.

Entonces, me animé a hablar con el capataz desde mi vivencia como trabajadora, ni siquiera me presenté como miembro del sindicato. Pero le hablé firme y le pedí respuesta. Salió con que iba a consultar con el capataz general. Como pasaron los días y no nos dieron respuesta, les pedí apoyo y respaldo a las compañeras y me fui directamente yo a hablar con ese capataz general. Lo esperé parada de brazos cruzados hasta que me pudo atender. Le dije quién era y el problema que teníamos para trabajar dentro del agua, con botas viejas y rotas. Le dije: "Considero injusto que estemos trabajando con todas las compañeras en la cosecha de brócoli con los pies entre el agua" y le expliqué nuestro derecho a trabajar como gente y no como "bichos", con los pies en el barro, ni como esclavas. Le pedí botas para todas las compañeras mujeres, algunas porque tenían problemas de salud y para todas era bravo pasar ese frío cuando estaban menstruando. El no dijo nada, pero tomó nota del pedido y cuando el viernes fuimos a cobrar el destajo de lo trabajado en la semana, la sorpresa fue que cada una cobraba y al lado de la firma en la planilla cada una debía poner el número de bota de goma que precisaba. Estábamos todas felices y agradecidas. Les expliqué que ese logro no era mío, una persona sola no puede ir al frente si no tiene respaldo, el logro fue porque éramos unidas y todas dijeron que me iban a apoyar en la solicitud.

Así fue como un año después, cuando hicimos las elecciones en 2012, armamos una lista y me integré formalmente. Hacía cuatro años que teníamos este sindicato con presidente, secretario y tesorero, pero ellos no hacían nada en beneficio para los integrantes del sindicato a pesar de que a todos nos descontaban para la cuota gremial. Ellos siempre dispusieron de la plata que todos aportamos para su uso personal, nunca tuvieron un gesto pensando en los compañeros. Con otro compañero como presidente y yo como vicepresidenta, nos propusimos cambiar las autoridades, romper esa dinámica. Propusimos sacar esa gente del sindicato, nombrar otros compañeros, reservar una parte del fondo del sindicato para asuntos de negociación gremial (considerando los viajes que había que hacer a Montevideo cuando se negociaba algo con el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, por ejemplo) y dejar otra

parte del fondo para alguna actividad social colectiva, que se propuso como fiesta a final de año entre todos los compañeros.

Fue un logro que pudiéramos destituir a las autoridades anteriores y empezar a manejarnos de forma transparente. Hicimos entonces una fiesta de fin de año. Para eso hablé también entonces con el capataz general, que ya me tenía "entre ceja y ceja", porque hacía poco le había estado reclamando por el pago de la cosecha de las acelgas. Logré que autorizara al sindicato a hacer un asado en el establecimiento para festejar con todos los compañeros, que acordamos sería después de terminar la cosecha de la cebolla. Con esa autorización, nos hicimos responsables de que la fiesta saliera bien, pudimos usar el freezer del sindicato y tampoco hubo ningún problema con el alcohol. Nos hicimos responsables cada uno de lo que consumía y no hubo ningún problema. Era nuestra primera fiesta del sindicato y así lo seguimos todos los fines de año desde ese fin de año 2012. Nunca habíamos tenido éxito en un reclamo para ropa de trabajo, o una fiesta en el sindicato. Pero nosotros hicimos todo transparente, lo llevábamos todo anotado en un cuaderno.

Siento que en lo personal yo maduré como persona y como trabajadora. ¡Trabajé como loca! Ni yo pensé nunca que llegaría a trabajar tanto, de la forma que me exigí, hasta batir récord de marca de metros plantados en la chacra. Trabajaba "hasta no poder más", ya que nosotras trabajamos a destajo y cobramos por metro plantado, podía ser de brócoli, cebollín, zanahoria o la verdura que fuera. Con el cebollín en especial, era terrible el esfuerzo que había que hacer, quedaba seca de cansada, a veces solo me tiraba un rato al llegar y después abría la peluquería y trabajaba hasta las diez u once de la noche. Trabajaba mucho, y no solo en la chacra y en lo sindical, porque también en un tiempo tenía la cantina y llevaba las cosas para vender a los trabajadores, yo los anotaba y me pagaban con el adelanto de los viernes. Me quedaba a veces hasta las dos de la madrugada haciendo empanadas, después de terminar con la peluquería. También llevaba unas fundas de agua mineral o refrescos, que poníamos en el freezer del sindicato, y lo vendía también. Más lo hacía por compañerismo que por ganar nada, el asunto no era tanto lo que se ganaba, sino que había compañeras que no se podían llevar nada y sino la pasaban mal. Y con el frío se ponía bravo, algunas no sentían las manos, había compañeras con presión y otras que se descomponían o le bajaba la glucosa en la sangre. Es que teníamos que ser solidarios. El trabajo era tan bravo que hasta cruceras había en la chacra, y alguna vez mordieron a un compañero y tuve que intervenir. Yo tenía un curso de primeros auxilios y había aprendido mucha cosa con el Almanaque del Banco de Seguros¹¹ que había en

11) Publicación anual de distribución gratuita del Banco de Seguros del Estado. Es una de las publicaciones de mayor tiraje del país y de las fuentes más consultadas sobre temas de interés general.

mi casa. Sabía lo que había que hacer, lo tranquilizamos, ubicamos y enviamos la crucera en una bolsa, lo llevaron al hospital enseguida y todo se solucionó.

En síntesis, en esta época del sindicato hubo vivencias malas y vivencias buenas. También fue una época importante de formación sindical para mí, de capacitación para la negociación con la patronal, por mi participación en actividades de la Unión Nacional de Asalariados, Trabajadores Rurales y Afines (UNATRA)¹². Porque la conciencia de clase te hace comprender que hay una línea invisible que separa la patronal de la clase trabajadora, que hay que aprender a defender nuestros derechos y decir las cosas, tampoco quedarse callados con lo primero que te ofrecen en la negociación sindical.

Cuando se veía venir el cierre mantuvimos reuniones, intentamos negociar con la empresa, los representantes de los ministerios y los políticos. Los malos negocios de los extranjeros que compraron la empresa y que se llevaron plata de Uruguay, terminaron provocando el cierre. En un principio hicimos movilizaciones, contamos con el apoyo del sindicato de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) durante los tres años de lucha que tuvimos.

Dentro de las movilizaciones en 2014 hicimos una marcha a Montevideo en dos ómnibus y también hicimos campamento frente al Palacio Legislativo con otros sindicatos. Yo fui una de las cinco mujeres que hicimos huelga de hambre. En ese entonces me tocó hacer huelga en una carpa, donde estuvimos cinco días ante el Palacio¹³. Fue difícil, pero logré soportarlo, teníamos el apoyo del Sindicato Médico del Uruguay y un control médico frecuente. Pero más allá de los apoyos sindicales, no logramos el apoyo político que buscábamos.

No tuvimos apoyo del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, no cobramos indemnización, ni despido, ni logramos cobrar lo que nos adeudaban. Dimos hasta el último suspiro por Green Frozen. Luchamos unidos los sindicatos de las dos empresas (Sindicato de Trabajadores de la Horticultura y de la empresa Green Frozen). Ocupamos la planta para que no la vendieran ni vendieran la mercadería y nos dejaran sin poder cobrar. Tratamos de trabajar por autogestión. Pero llegó el momento en que se remató todo.

Y para nosotros, ¡fue una pena tan grande cuando en 2015 se fundió Green Frozen! vivir el proceso, ver cómo se dejó echar a perder la mercadería acumulada cuando la UTE¹⁴ cortó la luz a los dos años del conflicto y se dejó pudrir todo, ver cómo desarmó la fábrica. Triste ver cómo todo se “mal vendió”, en un remate¹⁵. Hicimos todo lo que

podimos, pero al final los empleados ni pudimos comprar nada, porque tampoco teníamos plata.

6- EL TRABAJO SINDICAL EN UTAA

A partir de la ocupación es que nos conocemos con los trabajadores de UTAA. Como quedé sin trabajo ni sindicato, ellos me invitan a participar como militante, quedando integrada a partir de entonces a UTAA. No sé si vieron el carisma que tengo, mi lucha por el trabajador o la insistencia por la igualdad de condiciones que tenía, pero en 2015 me invitan a participar como militante del sindicato. En ese momento me encontraba ya “integrada” al sindicalismo, educada como militante. Y aunque mi formación sindical hubiera sido en torno a la horticultura, lo cierto es que, a través de la UNATRA, como vicepresidenta del STH, había recorrido todo el país. Y así pude llegar a conocer a otras mujeres sindicalistas, como María Flores, con quienes luchamos juntas.

Fue así como, al renunciar como “fiscal de corte” de caña de azúcar otro compañero, se propuso mi nombre a ALUR para trabajar en el campo. La postulación tuvo el apoyo de ALUR no sólo por ser una compañera militante del sindicato, sino también porque era ex-trabajadora de Green Frozen de la cual en un momento ALUR formó parte. Desde ese momento quedé vinculada realmente a la caña.

Fui una de las primeras mujeres en hacerlo a nivel sindical. Lo primero fue interiorizarme bien del convenio colectivo. El poco conocimiento que tenía del cultivo era lo que me contaba mi esposo de su experiencia (aunque él andaba en las máquinas y no era cortador). Tampoco es que tuviera que aprender a hacer el trabajo, pero sí lo fui conociendo cada vez más con la militancia y con el ir recorriendo las chacras, hasta que llegó el momento que como quien dice, “le tomé el sabor” a la caña. Porque hay que supervisar y también atender reclamos con las liquidaciones mal hechas. Somos cuatro los que manejamos ese tema y a veces tenemos que citar a los patrones para resolver conflictos que pueda haber.

En las elecciones siguientes del UTAA me invitaron a participar en una de las listas. Y al ganar las elecciones seguí militando ya que fui votada como secretaria general del sindicato en 2018, primera vez en 57 años de UTAA que una mujer asume un cargo en la directiva. Más recientemente, también fui dos años Tesorera y participé de diversas gestiones del sindicato ante ALUR, por ejemplo, para conseguir canastas de fin de año.

7- UNA VIDA MILITANDO EN LAS ORGANIZACIONES

Mi vida ha sido una odisea, pero siempre he sido capaz de colaborar sin que me lo pidan. Mi padre, que era

12) Organizaciones sindicales Integrantes el PIT-CNT.

13) El 7 diciembre 2015 los trabajadores de Green Frozen y Frutos del Norte Bella instalaron campamento en Montevideo. Más de 40 personas acamparon junto a familiares y sus pequeños hijos e hijas.

14) Administración Nacional de Usinas y Trasmisiones Eléctricas (UTE)

15) La maquinaria y equipamiento de la planta Green Frozen fue rematada en diciembre de 2017.

antisindicalista, siempre dijo que yo desde chiquita era “revolucionaria”, pero en realidad yo saqué esa fuerza de luchar de él.

Pero además de la militancia sindical, siempre trabajé a nivel social, hubo algún momento que como tenía hijos en diferentes edades estaba simultáneamente en muchas comisiones: la comisión del jardín del CAIF, la comisión de fomento de la Escuela, ¡y en las comisiones de dos liceos diferentes! En todas nos ocupamos de hacer mejoras, arreglábamos las cortinas, hacíamos beneficios, tortas fritas, en fin, muchas cosas. A veces tenía tres o cuatro reuniones en el mismo día. Participé también de la comisión de barrio Las Piedras, hicimos pila por el barrio y logramos el salón comunal y la policlínica con consultorio con sala ginecológica. Hicimos campaña puerta a puerta, choripán y empanadas, todas esas cosas para conseguir terminar el local, trabajamos mucho por el barrio.

Y siempre me hacía tiempo para la militancia sindical, porque siento que pertenezco al sindicato, aun sabiendo que tenía otras cosas, en ese sentido recuerdo cuando venían las gurisas a decirme que tenía gente esperándome en la peluquería. Pienso en tantos viajes que hice con el sindicato, incluso para estar hasta 34 días en Montevideo. Aunque en general he podido quedarme con mi familia, también nos hemos tenido que quedar en la Federación o nos ha tocado a veces pasar mal o dormir arriba de los bancos, o estar acampados frente al Palacio Legislativo como pasó en 2015.

Mi esposo nunca se opuso a nada de mi militancia, todo lo contrario de mi padre. Él jamás me puso una traba. Yo logré estar donde llegué gracias a él, porque siempre me apoyó y nunca me reclamó que me quedara en casa, ni nada que se le parezca. Si él no me hubiera apoyado, si no fuera el tipo de persona que fue, yo no estaría ni cerca, ni en un sindicato, ni siquiera trabajando en la chacra, porque hay muchos maridos que celan de la mujer por machismo, y piensan: “Yo soy el que manda, yo soy el que trabaja; entonces vos tenés que estar en casa encerrada lavando platos”.

De todas formas, llegó un momento que empecé a ponerme límites por el gran desgaste de tanta militancia

social, ya que el tiempo extendido en las reuniones me hacía perder mucho de mi familia. Mis hijas me empezaron a hacer comentarios que me hicieron bajar un cambio, me acuerdo que me dijeron, “Ma, vos te vas y nunca sabemos cuándo volvés, ¿por qué no te llevás una mochila con ropa?”. Entonces propuse algunos cambios en el sindicato, empezamos a organizarnos mejor, a marcar reuniones con horarios de comienzo y finalización, a ser más respetuosos de cortar discusiones y definir lo que se pueda, en ciertos horarios, no hacer reuniones tan largas.

Les hice entender que tengo cosas que hacer en casa, tengo mi familia y no puedo quedarme cuando la reunión ya es una pérdida de tiempo: tiene que ser una reunión con una meta y sabiendo qué asunto hay que definir.

8- EPÍLOGO, DICIEMBRE DE 2023

Para finalizar y destacar lo que ha sido parte de mi vida

Ya escrita esta nota, en mayo de 2022 mi esposo se enfermó y luego de muchos estudios, se le diagnostica un tumor maligno en el cerebelo. Tratamientos y cirugía no fueron suficientes para salvar su vida; luego de poco más de seis meses, falleció. Perdí no sólo un esposo, también un gran padre y tremendo compañero. Mi gran homenaje a Ángel R. González, con quien estuve casada 43 años y fue el padre de mis siete hijos. Siempre me apoyaba en mis militancias; incluso cuando él se enfermó y yo renuncié a UTAA, me decía que siguiera. Pero para mí su salud era lo más importante.

Pasó más de un año y nuevamente mis compañeros de trabajo me convocan para la participación sindical. La directiva estaba presentando problemas, no siendo representativa para “los peludos”, por lo que el 6 de octubre de 2023 se le pide su renuncia. Así, se realizaron nuevas elecciones y pasé a formar parte de la nueva directiva; en esta ocasión, como encargada de la secretaría de Género y Equidad.

Hoy sigo y seguiré porque lo llevo conmigo, porque la lucha continúa ¡Siempre!

“Chabela” Blanc

De cocinera de estancia a productora ganadera

Autor: Instituto Nacional de Colonización

Virginia Courdin

Ing. Agr. Dpto. Ciencias Sociales, CENUR Litoral Norte,
Universidad de la República.
vcourdin@fagro.edu.uy

Karina Blanc

Productora ganadera del departamento de Paysandú.

1- INFANCIA Y ADOLESCENCIA: ¿CUÁNTO UNA SE QUIERE ACORDAR?

Nací en una familia que estaba compuesta por mi padre, mi madre y éramos tres hermanas. Yo soy la del medio. Nací en el hospital de la ciudad de Paysandú, al igual que mis hermanas. Mi madre nos tuvo a las tres por cesárea y sufrió bastante en esos momentos. Particularmente, en mi cesárea se le pegó la vejiga al útero y se dieron cuenta luego de 3 años cuando quedó embarazada de mi hermana menor. ¡Eran unas “judierías” las cesáreas de aquel entonces!

Viví gran parte de mi infancia en campaña, en el campo que mi padre al principio le arrendó a mi abuelo paterno y que luego lo heredó. Era una fracción de menos de 300 hectáreas. Como toda familia de productores, nosotras —ella y sus hermanas— estábamos siempre involucradas en las tareas ayudando. Recuerdo que en un petiso tordillo ayudábamos a juntar las ovejas, para la señalada,

*Sólo aprendí de la vida...
pero en la ruralidad hay saberes
que no se pueden enseñar en otros lados.*

para dar toma¹, para llevar a lo de un vecino a bañarlas... echar al agua y horquillar². ¡Me encantaba trabajar con las ovejas! A veces mi padre nos llevaba en la zorra del tractor al campo a juntar piedras, cortar espinas... También me acuerdo que ayudábamos a mamá en las tareas de la casa, limpiar, barrer el patio que era de tierra, tirar la basura, lavar la ropa a mano. Intercalado con las tareas que nos daban, jugábamos mucho al aire libre, trepando árboles, techos... nos paseábamos en carretilla, patinábamos en la escaracha de las heladas, asábamos choclos... y en verano nos escapábamos a la hora de la siesta para comer duraznos, damascos o la fruta que hubiera. A mi particularmente me encantaban los animales. ¡Era muy “bichera”! Criaba pichones “guachos” de lo que fuera, incluso algunos que me regalaban los vecinos. Las grandes diversiones eran ir a la casa de algún tío en invierno cuando se hacían “factureadas”³ o al arroyo en verano a pescar y a bañarnos ¡una fiesta para nosotras!

Tuve una preciosa infancia, rodeada de campo y “bi-

1) Término que refiere a la dosificación oral de los animales, particularmente de los ovinos.

2) Término que refiere al manejo de la horquilla. La horquilla es una herramienta utilizada durante el baño lanar para asegurar la inmersión completa del animal.

3) Término que refiere a la elaboración de chacinados.

chos”, donde para mí el mundo era chico, casi que terminaba en la ruta. Paysandú (ciudad) era un lugar a donde íbamos de vez en cuando y desde muy lejos.

Fui a una escuela rural que me quedaba a poco más de un km de distancia. Íbamos caminando con mi hermana más grande. Cuando cursaba cuarto año, mi hermana mayor se fue a la escuela en Paysandú (ciudad) a hacer sexto año. Porque en aquel entonces se pensaba que tenía que ir ambientándose para cuando le tocara pasar al liceo. Durante ese año ella vivió con mis abuelos paternos, que eran los que vivían en la ciudad. Al año siguiente, cuando pasó al liceo, mis padres decidieron alquilar una casa y que mi madre se fuera a la ciudad con nosotras, porque mi hermana extrañaba mucho. Hice quinto y sexto en una escuela de la ciudad. ¡El contraste de realidades me marcó! Salí de una escuela rural donde había 25 niños en total, a una escuela urbana que tenía 450 niños por turno. Me sentí desorientada, no conocía las cosas más comunes de la ciudad, tenía miedo de las cosas más insólitas... Mi mundo hasta ese entonces había sido muy pequeño.

Como mi padre siguió viviendo en el campo, nos veníamos todos los fines de semana para campaña. Salíamos los viernes de tarde y volvíamos los domingos de noche,

siempre en ómnibus.

Luego pasé al liceo. Hice el liceo completo hasta quinto año. De sexto me quedaron unas materias. A pesar del esfuerzo no logré terminar en aquel momento.

Mi padre era de origen rural. Venía de una familia un poquito mejor “acomodada” que la de mi madre. Completó la primaria, no así la secundaria. Desde jovencito trabajó con su padre en el campo. Y fue a lo que finalmente se dedicó toda su vida.

Mi madre también era de origen rural, hija de una familia de pequeños productores. Eran 15 hermanos, siendo ella una de las más grandes, pero no la mayor. Todos trabajaban en las tareas del campo, como cosechar, plantar, ordeñar las vacas, hacer leña, “embarrar” el rancho... Mi madre nos contaba que para ordeñar se levantaban a las tres de la mañana para ir a buscar las vacas. Cuando era invierno, después que las vacas se levantaban, ellos se paraban en el pasto tibio para calentar los pies descalzos. Cosechaban algodón a mano y se lastimaban con el filo de los capullos secos. Como mi abuelo paseaba con el arreador para que no hicieran “cebo”, no quedaba otra opción que aguantar y seguir trabajando. Arar y andar con los bueyes era el “pan de cada día” para mi madre. ¡Una



Karina Blanc.

vida muy sacrificada y llena de dificultades! A la escuela iban cuando podían, porque antes había que hacer las tareas. Mi madre es prácticamente analfabeta, sólo logró ir un año a la escuela, y salteado. Además, los educaban de forma severa, los castigaban bastante. Una vez le dieron una paliza tan grande que terminó varios días en cama.

Hubo algo que marcó a mi madre y que siempre contaba. Ella nunca tuvo una muñeca de niña, nunca le compraron o regalaron una. Con sus hermanas las hacían de marlos de choclo. Y varias cosas de su vida estuvieron relacionadas a ese hecho. Ese año que ella fue a la escuela, la maestra compró una muñeca y una pelota y les dijo a los niños “Estos premios son para la pareja que baile mejor el pericón”. Mi madre se desvivía por bailar bien, porque ella quería la muñeca. Pero la maestra el día anterior a la fiestita donde iban a bailar, cometió el error de decir “Los que bailan mejor son fulanito y menganita” que era mi madre y su compañero. Los demás niños dolidos dijeron “Si ellos son los que bailan mejor y se llevan los premios, entonces que bailen ellos solos, nosotros no bailamos”. Para remediar la situación la maestra dijo que no daría los premios a nadie y que bailaran todos los niños. Para mi madre aquello fue un “balde de agua fría”, porque tenía una ilusión muy grande. Bailó llorando ese día, con la esperanza de que la maestra le diera la muñeca, ¡aunque fuera a escondidas! Pero no fue así... Años después, cuando tenía 15-16 años, fue a trabajar como ayudante de una costurera. Con su primer sueldo se compró ¡dos muñecas! Pero se dio cuenta que ya no jugaba con muñecas, entonces las tuvo un tiempo de adorno hasta que se las regaló a unas sobrinas para que ¡ellas sí tuvieran muñecas! Eso fue algo que la persiguió toda su vida... entonces yo me pregunto “¿cuánto daño son capaces de hacer los adultos? a veces consciente y a veces inconscientemente”.

Mis padres se conocieron en una kermés. Mi madre quería irse de la casa, porque pasaba muy mal allí, y el casamiento era la única opción. En ese entonces se pasaba de la tutela del padre a la del marido. La opción de ser soltera, independiente y mantenerse sola era “mal vista”. Se casaron, sin conocerse mucho, y se fueron a vivir al campo. Luego de eso fuimos naciendo nosotras.

Creo que, a causa de esa vida tan dura, cuando yo era chica mi madre se enfermó “de los nervios”. En realidad, no sé si fue en ese momento o venía de antes. Ha estado enferma toda su vida. Las enfermedades psiquiátricas ¡son horribles! Se diagnostican mal, se tratan mal... Son difíciles de saber cuándo empiezan porque no tienen un diagnóstico físico que uno pueda ver. La cuestión es que a ella le daban unas “pataletas”, como unos ataques de epilepsia. Varias veces mi padre no estaba, andaba de pesquería y nosotras solas “apechugábamos” con aquella situación. ¡Terrible! También me acuerdo las “peregrinaciones” por médicos, curanderos y cuanta cosa se creía que la pudiera ayudar

con eso que le pasaba y que nadie sabía bien lo que era. Pero poco logramos...

Mientras vivimos en el campo, mi padre se ocupaba de las tareas del campo y mi madre de la casa y de nosotras. Aunque en los primeros años de casados, que la economía era justa, mi madre trabajaba en las tareas del campo. Nos contaban que mi padre plantaba girasol... En esa época se cosechaba a mano, había que cortar la cachofa, pincharla en el vástago para dejarla secar y después juntarlas para cosechar. Mi madre cosechaba a la par de los varones de las cuadrillas que mi padre contrataba, y era de las que más “rendía”, sin dudas por la práctica que tenía. ¡Era una mujer aguerrida y trabajadora!

Cuando yo tenía unos 16-17 años mis padres se divorciaron. Nosotras nos quedamos en la casa que se alquilaba en Paysandú. Mi padre seguía viviendo en campaña y mi madre se había ido a trabajar al sur (del país).

Esa época fue muy complicada para nosotras (ella y sus hermanas). Mi hermana más chica y yo éramos asmáticas, nos “atacábamos” y teníamos que arreglarnos como podíamos. Mi padre cada tanto iba a la ciudad, nos llevaba carne y pagaba las cuentas. Aunque no siempre a tiempo. Entonces a veces nos cortaban el agua, a veces la luz... ¡Por suerte la casa tenía un aljibe!

Fue una época de dificultades económicas para nosotras. Yo el único abrigo que tuve por mucho tiempo era una campera que había sido de mi madre. Pero como ya no tenía más puño, se había deshilachado, la usaba remangada, ¡aunque hiciera un frío terrible! Yo decía que tenía calor.

Eso me motivó para empezar a trabajar. Conseguí trabajo en la mañana en una mueblería y a la tarde de niñera. Me acuerdo que ganaba 50 pesos por semana. Que para mí ¡era un “platal”!, aunque en realidad fuera poco. Por esa razón me pasé al liceo nocturno, porque no me daban los horarios. La cuestión es que cuando llegaba al liceo me dormía en clase. ¡Llegaba tan cansada! Porque además iba a todos lados caminando, porque no tenía quien me llevara y la casa donde vivíamos nos quedaba distanciada del centro. Creo que eso hizo que tuviera menos tiempo para estudiar y por eso no logré terminar el liceo en aquel tiempo... a pesar de que me gustaba estudiar.

El haber estado prácticamente solas ese tiempo, en el período de la adolescencia, llevó a que “la gente” murmurara o comentara respecto a nuestra situación. Incluso varios nos etiquetaron que “acabaríamos perdidas”. Pero “contra viento y marea” las tres logramos salir adelante, cada una haciendo su trayecto de vida.

Así fue como, entre horas de liceo, trabajo, festivales de la alegría y sorteando dificultades familiares pasé mi adolescencia. Por eso creo que me acuerdo más de mi niñez que de mi etapa adolescente...

2- FAMILIA: MADRE Y COCINERA DE ESTANCIA

A mi esposo lo conocí mientras trabajé en la mueblería. Porque él trabajaba en un escritorio rural que estaba al lado de la mueblería. Él también venía de una familia de campo, de una zona medianamente cercana a la de mi familia.

Estuvimos un año y poco de novios y nos casamos. Teníamos 18 años. Yo no tenía perspectivas de poder estudiar una carrera. ¡Veterinaria que era lo que yo anhelaba! Así que casarme y empezar un proyecto juntos parecía una buena idea. Aunque no supiéramos muy bien qué haríamos... Siempre nos llevamos muy bien. ¡Hasta el día de hoy congeniamos! A pesar de vivir y trabajar juntos, ¡lo que no es poca cosa!

Cuando nos casamos nos fuimos a vivir y trabajar a un comercio que tenía mi suegro en una zona rural sobre la ruta. Ahí estuvimos 2 o 3 meses. El comercio no daba ganancias para nadie, por eso buscamos otro trabajo. Conseguimos en una estancia de la zona. Él (esposo) de peón y yo de cocinera. Estuvimos trabajando allí un año y medio más o menos.

Cuando llegamos a esa estancia yo ya estaba embarazada de mi primera hija. Pasé el embarazo allí y fui unos días previo al parto a Paysandú (ciudad). Luego de los primeros días del nacimiento nos vinimos de vuelta para la estancia. ¡Y allí nos arreglamos! Usábamos pañales de tela y planchábamos con plancha de hierro calentada al fuego. Se cocinaba a leña, hacíamos jabón con grasa de oveja, no teníamos heladera, por lo que conservábamos el “consumo”⁴ en la carnicería⁵.

Recuerdo que mi sueldo se lo pagaba el patrón a mi esposo. Estaba “incluido” en el de él. Como tenía a mi hija chiquita, que requería cuidados y esa situación no me gustaba, renuncié por un tiempo. Después el patrón fue a hablar conmigo para que cocinara nuevamente. Ahí nos “arreglamos” de cuánto iba a ganar y que el sueldo me lo pagara a mí.

Al año y medio de estar trabajando en esa estancia, renunciamos por desentendimiento con el patrón. Aunque mantenemos un trato cordial hasta el día de hoy con él y su familia. Nos fuimos para la ciudad, a la casa donde había vivido de adolescente, y estuvimos un mes buscando trabajo. Porque en campaña cuando te quedas sin trabajo el mismo día te quedas sin casa, sin lugar para tus animales si es que los tenés.

Conseguimos trabajo en otra estancia donde estuvimos como 13 años. Allí nació la segunda hija. Un año y tres meses se llevan de diferencia entre ellas. También la tuve en Paysandú (ciudad), pero con ella nos vinimos enseguida

para la estancia.

En ese entonces ya teníamos locomoción, una NSU rural, que la máxima velocidad que alcanzaba era 50 km/h. Me acuerdo que cuando cruzábamos la cañada había que levantar los pies porque le entraba agua. Pero al menos, cuando lográbamos arrancarla, ¡teníamos en qué movernos!

En esa estancia al principio yo no cobraba sueldo. Si bien yo cocinaba para el personal efectivo y las demás personas que venían, estuve tiempo sin que me pagaran por eso. Hasta que un día pedí que me pagaran sueldo de cocinera. ¡Nadie quiere pagar una cocinera!, pero es un mal necesario... alguien le tiene que cocinar al personal de la estancia. Además, yo estaba reclamando un derecho. Sobre todo, porque en ese momento ¡no teníamos más que el día y la noche!

En esa época yo trabajaba bastante, pero en la casa porque era cocinera. Si bien ganaba poco, eso me dio la oportunidad en todos esos años que mis hijas eran chicas, de estar con ellas, atenderlas. Tuvimos la suerte de poder criarlas solas, sin la influencia de la sociedad más cercana, que son los parientes y amigos. Eso para mí fue ¡muy bueno! También alejados de la competencia por lo que tenes o no tenes, de la comparación de qué te regalaron o dejaron de regalar, que es algo que se da bastante en la ciudad.

Se criaron con nosotros, al modo nuestro. A ellas me dediqué “en cuerpo y alma”, me dediqué a conciencia. Siempre averigüé y trataba de darles todos los juegos que desarrollaran la inteligencia. Por ejemplo, les compraba “ladrillitos” [juego de encastre], acuarelas, crayolas, distintas texturas... Hacíamos collage... Siempre tratando de estimularlas en el aprendizaje. Cuando eran chicas les hacía toda la psicomotricidad que yo podía. Me cuestionaba “¿Qué tienen que aprender a esta edad?” e iba, buscaba información y si podía económicamente les compraba los juguetes que las estimulara. Cada vez que pudimos les compramos libros de cuentos... Y hoy en día son buenas lectoras.

Otra de las bases de nuestra crianza fue que a las gurisas nunca íbamos a mentirles. Siempre les dije la verdad, adecuada a la edad que tenían. Por eso desde chicas supieron quién era Papá Noel y los Reyes Magos; que el ratón Pérez no existía y que usábamos métodos anticonceptivos para no tener más hermanos. Ellas sabían que los demás niños no sabían y se “aguantaban” de nunca contar. Igualmente tenían sus regalos en las fiestas y sus “dinerillos” por los dientes que dejaban debajo de la almohada. El día de Reyes ponían pasto y agua para los camellos. Para nosotros aquello era un juego, donde jugábamos todos y ellas conocían las reglas. Generalmente les hacíamos muchos regalos caseros. Yo cosía a máquina. Además de hacerles ropa, les hacía juguetes. Y mi esposo manualidades en madera o con “cosas” que tuviéramos a

4) Refiere al animal que se faena para el consumo humano.

5) Carnicería se le llama habitualmente en el lenguaje “campero” a la habitación ubicada debajo de un depósito de agua, que por tal condición cuenta con temperaturas más bajas que el exterior.

mano. Tenían pocos juguetes comprados.

Las guriasas fueron a la escuela rural. La mayor empezó con 4 años. Iba y venía en ómnibus. Nosotros la embarcábamos en el ómnibus de las 8 de la mañana, hacía 10 km y bajaba frente a la escuela con otros niños que venían también en ómnibus. Allí el guarda los cruzaba la ruta y del otro lado los esperaba la maestra. Después la maestra la embarcaba para atrás, en el ómnibus de la una y algo de la tarde con los demás niños; y nosotros la íbamos a esperar a la ruta. Al año siguiente, cuando le tocó empezar a la menor, las cambiamos para una escuela más cerca. Fueron las dos a esa escuela hasta sexto año. Era la misma escuela donde había ido mi esposo de niño. Los primeros años nosotros las llevábamos en auto, teníamos un Fiat 147. La vuelta era en ómnibus y nosotros las íbamos a buscar a la ruta. Me acuerdo que siempre llegaban dormidas y el guarda nos ayudaba a bajarlas en brazos. ¡Hasta ahora nos acordamos de ese guarda! Después empezaron a ir a caballo. Iban y volvían, 14 km en total. Pasaron las mil vicisitudes, como todos los gurises de campaña.

Cuando a la mayor le tocó empezar el liceo, ya había salido la modalidad 7mo, 8vo y 9no en algunas escuelas rurales. Entonces pudo empezar en otra escuela de la zona. Pero fue una mala experiencia.

La más chica quería ir a la escuela agraria. Cuando fuimos a anotarla, a la mayor le gustó y también se anotó. Al año siguiente marcharon las dos para allí, una a hacer primero y la otra segundo. Las dos terminaron el ciclo básico en esa escuela agraria, que quedaba a más de 100 km de casa.

En ese interín se vende la estancia donde trabajábamos y nos quedamos sin trabajo. Tuvimos que juntar todo lo que habíamos organizado en 13 años de vivir allí e irnos. Si bien no era por nuestra voluntad que nos fuimos o por mal comportamiento, igual tuvimos que reclamar que nos pagaran el despido. En ese momento lo necesitábamos, ya que quedamos los dos sin trabajo y las guriasas estudiando.

Años anteriores le habíamos comprado un campito de 9 hectáreas al patrón, que se lo pagamos en cuotas. Nosotros queríamos tener una casa propia, que nos diera seguridad, que, si un día nos quedábamos sin trabajo, tuviéramos un lugar donde ir a parar. Y allí nos fuimos. De a poco fuimos haciendo la casa, el pozo, el galpón... Como todos los trabajadores, creciendo de a poco, con "parches".

Enseguida conseguimos trabajo en otra estancia, lejos de la zona donde habíamos estado hasta ese momento y de nuestra casa, aunque más cerca de la ciudad de Paysandú.

Desde la nueva estancia la ruta nos quedaba lejos para llevar y traer las guriasas a tomar los ómnibus correspondientes. En ese momento la mayor comenzó segundo ciclo en otra escuela agraria, más lejos aún. A ella la teníamos que sacar todos los lunes a las 3 de la mañana para que tomara el ómnibus de las 4. Iba los lunes, quedaba en el

internado toda la semana y volvía los viernes de tardecita. A la menor la sacábamos a la ruta lunes por medio, porque la escuela era de alternancia, a tomar el ómnibus de las 8 de la mañana. Y volvía los sábados al mediodía. ¡Ese año nos pasamos acarreado guriasas! Al año siguiente la menor también pasó a la escuela agraria donde iba la hermana, entonces iban y volvían las dos juntas.

Mientras trabajamos en esa estancia yo era la que cuidaba nuestros animales, que habíamos dejado en la zona donde vivíamos, dispersos en diferentes campos. Si bien al principio trabajé de cocinera, después dejé. Porque la tarea de venir a recorrer los animales me llevaba tiempo por la distancia. La decisión la tomé un día que vine y se nos había muerto "atracada"⁶ una vaca, que además era de las guriasas. Esa vaca significaba 4 o 5 meses de mi sueldo de cocinera. Los patrones nos ofrecieron comprarnos los animales, pero nosotros pensábamos que por más que no nos dieran muchas ganancias era el capital que teníamos ante cualquier necesidad... y siempre podía aparecer la posibilidad de tener un campo...

Las guriasas siempre nos ayudaron... curábamos abichados, señalábamos, descolábamos... los trabajos grandes los hacíamos los fines de semana cuando ellas estaban en casa. Para la esquila contratábamos una máquina chica y nosotros acondicionábamos. Hacíamos todo el trabajo que podíamos juntos. Recuerdo que una de ellas tenía un novio, que la venía a visitar los fines de semana y se le quejaba "En tu casa los fines de semana sólo trabajan".

Cuando la mayor terminó el bachillerato se fue a Salto a la Universidad. Eligió una carrera que tuvo algunas dificultades en la coordinación de materias lo que la desestimuló y al año siguiente cambió de carrera. Se "enganchó" en Paysandú con otra carrera, que es de lo cual se recibió. Antes de recibirse ya había empezado a trabajar en la Universidad, donde sigue y ahora está haciendo un posgrado en su área.

La menor después de terminar el bachillerato agrario también se fue a la Universidad a Salto a estudiar. Estuvo tres años y después vino a Paysandú a terminar. Ahora está en el último "tirón" de la carrera. Además, ya hace algunos años que trabaja como docente en escuelas agrarias.

Yo quería que las guriasas estudiaran para tener otras oportunidades. Si estudiaban al menos iban a tener otras opciones. Capaz terminaban como yo, de cocinera de estancia, pero que fuera en todo caso por elección y con la capacidad de negociar condiciones justas. Además, para que les abriera la mente, que tuvieran conocimiento de otras cosas. Y siempre les dije "Lo que empiecen tienen que terminar, no importa lo que estudien", porque nadie es medio peluquero o medio veterinario. Si estudias algo es importante que lo termines. Para después poder elegir

6) Término que refiere a parto distócico.

el empleo que sea más valorado y mejor pago. Capaz al principio no es fácil, pero seguro vas a tener otro panorama.

A mí me hubiese encantado estudiar. Veterinaria me gustaba. Es más, terminé el bachillerato hace poquitos años, gracias al programa Uruguay Estudia. Viajaba todas las semanas a Paysandú. Ahora tengo el bachillerato terminado. Cuando yo estaba en 6to del liceo, los primeros años de Veterinaria ya se daban en Salto, yo no tenía mucha información de eso, pero algo siempre “pispeaba”. Entonces le dije a mi padre que yo quería estudiar veterinaria, y él me dijo “No negra, qué vas a estudiar, no podemos”.

Tanto me gustaba la veterinaria que después que empecé a trabajar en la mueblería me compré con la plata que cobraba el Manual Merck de Veterinaria. ¡En cuotas! En 12 cuotas pagué el libro. Después lo terminó usando mi hija más chica en varias ocasiones. Hace unos años me compré una edición más nueva. ¡Me encanta!

A lo largo de mi vida siempre que he podido he estudiado. Hice cursos o cursillos, de clasificación de lanas, de pasturas, de género, de trabajo en equipo, de asistente en medicina veterinaria. Cursé dos años de psicología positiva, viajando todos los sábados a Paysandú (ciudad).

Lo único que me cuestiono de haberles inculcado a las gurias que estudiaran, es que cuando hoy por hoy paro y miro para atrás, me doy cuenta de que las “desarraigamos”, que ya no son de ninguna parte, ¡han andado tanto!... No son de acá, no son de allá. Siempre tuvieron que dejar amigos y compañeros por el camino. En esas condiciones de vida y estudio, es difícil, y sobre todo a esa edad, lograr mantener vínculos a largo plazo. Si bien tienen una raíz acá, en la zona, no pueden venir a vivir acá, viven en una ciudad que no tiene los ritmos con los que ellas se criaron y vivenciaron de niñas. Pero a su vez pienso, el estudio es algo que no te lo quita nadie, mientras que el capital va y viene. Aunque a veces me cuestiono “¿Será el estudio, con el desarraigo que ello conlleva, la única forma que tienen las jóvenes rurales de ser independientes, autosuficientes y realizarse en la vida?”.

Otra cosa que siempre les inculqué es que tenían que tener su plata, su dinero. Por ejemplo, yo les decía “Ustedes tienen que trabajar para tener sus cosas”. Acá en campaña el tema de la locomoción es importante. De hecho, sos y haces muchas cosas en función de eso. Porque si tenés en qué moverte podés ir a la ruta, a un baile, al almacén. En la ciudad eso no pasa tanto. Entonces les decía “No tienen que esperar que nadie las venga a llevar, que nadie las venga a buscar o a traer. ¡No tienen que depender de nadie!”. Hoy día ellas son independientes, tienen su locomoción y se manejan solas. Compartirán la vida con alguien si lo desean, pero no por el “aprieto” de cubrir necesidades.

Al campo, no sé si volverán... Y si lo hacen, será con otras perspectivas. Quizás la comunicación y el relacionamiento con sus pares que se quedaron acá sea más difícil,

diferente, porque han cambiado los puntos de vista, las expectativas, los intereses...

3- LA COMUNIDAD: SER UNA REFERENTE

Es increíble cómo las políticas públicas tienen influencia y eso uno lo ve cuando se para y mira años para atrás. Nosotros formamos el grupo de productores en el año 2009. Lo creamos porque había un mensaje de la política pública que había que asociarse, un mensaje que diez años antes no estaba. Así como nosotros nacieron otro montón de grupos, “eran como hongos”. Algunos se desarmaron y otros siguieron. Como toda cuestión de la vida normal.

Como grupo tuvimos la oportunidad de participar en la Mesa de Desarrollo Rural (MDR) de Paysandú, que había empezado a funcionar el año anterior. A su vez, nos tocó repartir ración en la zona, medio enseguida de formarnos porque hubo una seca importante ese verano.

En 2011, el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca (MGAP) junto con la FAO trajo a la zona unos talleres de Portafolio de Activos, que los dictaba la REPEM-LAC, que es la Red de Educación Popular entre Mujeres de Latinoamérica y el Caribe. Que por esos años tenían sede en Uruguay. Las talleristas eran de Montevideo, ¡me acuerdo de casi todas! Se dio un taller acá en la escuela rural de la zona, otro taller en un centro poblado a unos 50 km de Paysandú y el último fue en la ciudad de Paysandú. ¡Eso para mí fue el detonante! Las inquietudes que yo había tenido toda mi vida las ví así, plasmadas en una. ¡Fue como una revelación!

Al año siguiente las de REPEM-LAC me llamaron y me invitaron a hacer un curso en Montevideo, que duraba una semana. Que también era de incidencia política. Fui, lo hice. ¡Estuvo espectacular! En ese curso participaron mujeres de Paraguay, de Argentina, de Brasil, Chile. Varias con las cuales hasta ahora seguimos en contacto. Ahí fue cuando conocí la terminal Tres Cruces en Montevideo. Donde me pasó algo muy gracioso y que refleja lo que nos pasa a “los del interior”, y más del interior profundo, cuando vamos a la capital o a lugares desconocidos. La cuestión es que la persona que nos iba a recibir nos dijo “Las espero al lado del ascensor”. Cuando llegué, me bajé del ómnibus y enseguida vi que había un ascensor y me paré allí. Lo que no percibí fue que esos ascensores que están en el sector de los andenes son los de carga, que utilizan las empresas de transporte. Al rato de haber llegado la persona me escribió un mensaje preguntando si había llegado, y yo le respondí que sí y que ya estaba parada al lado del ascensor. Después del intercambio de mensajes con los detalles de la confusión, nos pudimos encontrar. Al día de hoy he aprendido a reírme de esas situaciones, que son “Cosas chicas para el mundo, pero grandes para mí”.

Después de esas capacitaciones vine y le planteé al grupo, yo quiero trabajar con mujeres, en nombre del grupo de productores como organización. Y quiero trabajar con las mujeres de acá (de la zona). Y ahora pienso ¡qué coraje el mío!. La cuestión es que mandé un papelito al pueblo. Además, en esos años nosotros no vivíamos en la zona, estábamos trabajando en un establecimiento que quedaba lejos. Yo mandé un papel, le pedí a una compañera del grupo que tiene almacén, que lo pegara en la puerta y convoqué a las mujeres del pueblo para una reunión. En esa reunión de mujeres, yo les di un mini taller de lo que había recibido por el Portafolio. Una impronta con lo que yo recordaba y había preparado. Y bueno, esas mujeres “agarraron un viento en la camiseta” que ni te cuento. Y empezaron a decir “Nosotras queremos hacer un grupo”, “Queremos hacer un grupo”. Entonces hicimos un grupo y nos empezamos a reunir. Y ahí empezó todo... Se hizo el grupo de mujeres. Se hizo un reglamento. Nos reuníamos todos los meses. La idea del grupo era que las mujeres conocieran los derechos que tenían. ¡Porque nadie reclama lo que no conoce! Para reclamar algo primero tenían que conocer los derechos.

Enseguida empezamos a pensar cómo conseguir recursos para el grupo. Porque vimos que se necesitaban recursos, así fuera para comprar un cuaderno y una lapicera para llevar las actas. Al principio creo que fijamos una cuota de 10 pesos por mes, porque no se podía pedir más de eso. Entonces ahí, a mi esposo se le ocurrió la idea de hacer capas de ovejas. Porque lo que teníamos que hacer era algo que no tuviese casi costo, que fuese sencillo de elaborar, que no llevase grandes tecnologías, grandes inversiones... Y ahí arrancamos con el proyecto de las capas de ovejas.

Es difícil trabajar con la sociedad civil. Con gente carenciada, pero no la pobreza económica, sino cuando se tiene otro tipo de carencia, como la educativa, emocional... ¡Es muy difícil! Porque uno romantiza la pobreza. De lejos es precioso, pero de cerca es otra cosa.

Yo no fui a una realidad que yo no conociera. Yo a esas mujeres las conozco a todas desde que era gurisa chica. Por eso las elegí, porque las comprendo y me mimetizo mucho con ellas. Las sé llevar. Porque sé las crudas realidades que muchas de ellas han vivido, aunque reconozco que no las he vivido yo... Todas tenemos una historia diferente. Pero es difícil. “No es soplar y hacer botella”. No es que yo vengo acá y aporto mi tiempo, aporto mi trabajo, pongo mi vehículo para hacer un bien general y entonces todos se van a dar cuenta y va a funcionar bárbaro. ¡No, no es así! La gente incumple, no se compromete... Pero es lo que les han enseñado. Por política pública también. Les han enseñado que una vez cada tanto vienen y les dan lo que necesitan en el momento... cinco chapas, una ventana, tres bolsas de portland... y tienen que decir “gracias, señor”. Y

a los niños les tiran unos caramelos en el piso para que los agarren como si fueran gallinas comiendo maíz. Entonces, es lo que se les ha enseñado, es lo que hemos aprendido.

El grupo de mujeres tuvo grandes logros. Ganamos el sexto premio del llamado del Ministerio de Industria, Energía y Minería para el 8M [8 de marzo, Día Internacional de las Mujeres]. Que le generó un aporte económico importante para poder trabajar y realizar infraestructuras que aún hoy están para uso de la comunidad. Recuerdo que fuimos todas a recibir el premio. Conseguimos que una empresa del medio nos pagara el transporte y que el MGAP colaborara con viáticos. Para varias mujeres esa fue su primera salida fuera del departamento. Después varias participaron en un curso sobre género en el Centro Agustín Ferreiro en Canelones a través de la Reunión Especializada de Agricultura Familiar (REAF). También, muchas de ellas nunca habían dormido fuera de sus casas.

A partir de las formaciones que recibí y las acciones que emprendimos con las mujeres me fui “fogueando”. Fui participando en otras actividades. Me llamaban para dar charlas a otras mujeres, a grupos de mujeres. Me acuerdo que fui hasta Cerro Largo a dar un taller de Portafolio de Activos, psicología positiva y elaboración de capas de ovejas a mujeres privadas de libertad. También a Rio Negro a mujeres de una colonia. Colaboramos con la formación de otros grupos, entre ellos el grupo de jóvenes del pueblo de la zona.

También, con el grupo de productores trabajamos varios años para lograr que en la zona funcionara una escuela agraria, que diera oportunidad a los jóvenes que por distintas razones no podían acceder a oportunidades educativas que estaban distantes. En 2016 logramos concretar ese sueño. También para que el campo que hoy estamos se transformara en una colonia. Incluso hasta el nombre lo solicitamos nosotros, haciendo honor a un poeta y cantante sanducero que su madre fue cocinera de estancia. Como varias de las mujeres que hoy somos colonas éramos cocineras, nos parecía un lindo homenaje.

Como integrante de la MDR de Paysandú, que venía



Karina durante una actividad de la REAF en Brasil.

participando desde el 2009, fui delegada a la REAF. Al grupo temático (GT) de Género.

Hasta el 2008 en la REAF sólo habían participado organizaciones de segundo grado como AMRU (Asociación de Mujeres Rurales del Uruguay), la Red (Red de Mujeres Rurales), Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR), CAF (Cooperativas Agrarias Federadas). En ese momento se decide de alguna forma cursar invitación a las MDR para que manden delegados. Y yo fui delegada por la MDR de Paysandú. Nos reuníamos cada 6 meses previo a la realización de la REAF, en secciones nacionales, se hacía una en cada país participante. Ahí los representantes del país preparábamos los temas para esa reunión. Es decir, qué posturas se iba a llevar para los cinco ejes que había en ese momento, que eran Género, Juventud, Acceso a la Tierra, Cambio Climático y Mercados.

Yo participaba de las dos sesiones nacionales y luego cada GT elegía el delegado que iba a la instancia internacional. Un delegado por GT viajaba y después representantes institucionales. Yo fui a la sesión de Buenos Aires. Después a Caxias. Fui a Brasilia, al primer Congreso Internacional de Mujeres Rurales y Campesinas de América Latina, que se hizo en el marco del Año Internacional de la Agricultura Familiar. Ese año participé además en la comisión de festejos del Uruguay. Porque dentro de la REAF se creó una subcomisión para trabajar por el Año Internacional de la Agricultura Familiar en 2014.

Son actividades interesantes. ¡Bastante burocráticas! Hay que tener paciencia para eso. Una vez en Brasil, creo que fue en Brasilia, había una guatemalteca que dio una charla, que hablaba del turismo gremial. Y ¡qué razón tenía! Cuánta gente trabaja en estas cuestiones y es porque van a pasear y nosotros les pagamos los pasajes. ¡Es increíble! Tanto del lado de la institucionalidad pública y política, como de nosotros mismos, la sociedad civil. Gente que va por el acomodo. Entonces ¡eso cansa!

Una de las cosas que se propuso en el marco de la REAF era que la sociedad civil necesitaba un espacio dentro de las sesiones de la REAF, en horas y en lugar físico, para discutir más a “calzón quitado” los temas y poder negociar y aunar posiciones. Porque la institucionalidad tenía otros espacios de diálogo, pero la sociedad civil no. No nos juntábamos después. Y se logró. Entonces teníamos reuniones y se labraban actas de esas reuniones con lo que se resolvía. Y eso era lo que tenía que presentar la delegación. Una vez nos pasó que quedó sentado en el acta una crítica a la institucionalidad, y un delegado de una organización de segundo grado nos vino a decir que eso no lo podíamos presentar. Y dijimos “Eso se discutió, se votó y fue la resolución por unanimidad de las organizaciones representadas de todos los países, lo vamos a presentar”. Entonces es como que no quieren quedar mal con la institucionalidad porque si no después no tienen beneficios,

se pierden algún “viajecito”... Eso te demuestra que es una negociación constante. Es re difícil lidiar con eso.

Algunas de las cosas importantes sobre las que trabajamos en el período que yo estuve yendo, fue la co-titularidad de la tierra. Que es algo que después se implementó a nivel del Instituto Nacional de Colonización y que creo que ha servido mucho. También trabajamos otros temas, la asistencia técnica con enfoque de género, el acceso a crédito por parte de las mujeres... Lo que me llamó la atención fue el desconocimiento que hay de la zona norte del país. Casi todo se basa en el conocimiento del sur, más bien de la zona metropolitana. A su vez, nos dimos cuenta lo mal que estamos, fallamos en todos los escalones, en todos los ámbitos, públicos y privados. A pesar de existir una ley de herencia igualitaria, es muy baja la proporción de mujeres que acceden a la tierra y por tanto a créditos y demás. Es como “remar en dulce de leche”. Por eso es tan importante la discusión de políticas diferenciadas en estos espacios... A pesar de la lentitud algunos “frutos” de ese trabajo se empezaron a ver.

Por ser mujer los que más me discriminaron fueron las personas que cobraban un sueldo por trabajar en instituciones públicas por la igualdad de género. Una de las que me acuerdo fue en 2012, una de las primeras veces que fui a Montevideo por la REAF. Habíamos trabajado en la mañana y mi grupo me eligió para presentar en el plenario de la tarde. Entonces se me acerca una persona, representante institucional y me dice “Vení, mira, yo te voy a explicar, te voy a enseñar cómo tenes que hablar”. Yo ¡ya me calenté! En realidad, como para mí era todo nuevo estaba bastante cohibida, entonces no le dije nada. Pero seguramente mi cara fue la traducción de mi sensación; porque se acerca una mujer, representante de una organización de segundo grado a decirme “No te lo tomes a mal, él lo que quiere es que seas una señora”. Y yo pensé “¿soy una vaca acaso?”. Yo estaba enojada porque yo representaba a las mujeres de mi zona, que muchas viven en condiciones precarias, y no iba a hablar “ven tú que te toca a tí”. Yo no iba ahí para quedar bien, ni para hablar como hablan ellos, yo iba a reclamar por nuestros derechos. Además, aunque tuviera que “pulirme”, no son maneras ni formas de tratar a una persona. Fueron totalmente violentos y groseros.

Otra anécdota fue cuando fuimos a una REAF en Buenos Aires. A la noche fuimos a cenar, con dos compañeros representantes de otras organizaciones, a un restaurante que quedaba a la vuelta del hotel donde nos alojábamos. Cuando ya habíamos casi terminado de cenar, llegó un representante institucional, y como estaba lleno el lugar y en nuestra mesa había espacio, lo invitamos a sentarse con nosotros. Pidió su comida y pidió una botella de vino. Cuando le trajeron su botella, le ofreció a los dos varones que estaban conmigo y a mí ni siquiera me preguntó. Y todos teníamos copas porque antes habíamos estado tomando

también. Se supone que es una persona capacitada, un técnico. Y es una persona que hasta el día de hoy cobra un sueldo por trabajar en la igualdad de género.

Participando en el GT de Género aprendí que hay muchas cosas que se hacen porque se tienen que hacer, porque es políticamente correcto hacerlo, incluso porque están legisladas. Pero no hay conciencia de porqué hacerlo, no hay convencimiento de que es de justicia humana hacerlo así. Entonces es como “manteca en hocico de perro”, no germina. Tienen que hacer talleres de sensibilización de género y todo eso, pero le “rompe los cocos”. Consideran que es una “boludez”. No visualizan que existe realmente desigualdad de derechos y oportunidades. Es como que jnos quejamos de llenas!

El andar en todas estas cuestiones de participación y representación me enseñó muchísimo. Aprendí que no siempre en los lugares importantes están los más capacitados, sino los que de algún modo logran estar. Conocí mucho, hice amigos, conocí buenas personas. A pesar de ser burocráticos, son espacios que ayudan, que es necesario que existan, tratando de buscar “la manera” de que quienes participen estén realmente comprometidos con la tarea... porque peor estaríamos sin ellos.

4- PRODUCCIÓN FAMILIAR: SER PRODUCTORA

Dejé de participar en esos espacios porque me cansé, el tiempo no me daba para todo y tuve que priorizar algunas



Karina recibiendo el reconocimiento como productora rural.

cosas. Teníamos este proyecto acá [campo colectivo del INC], y los dos [esposo y ella] empezamos a trabajar acá. Si yo seguía en eso, recargaba quien quedaba, tanto en los trabajos familiares como los del predio. Y además llevaba adelante la administración del emprendimiento, trabajo por el cual cobraba y necesitaba de ese ingreso. Y por otro lado, esto [campo colectivo] era todo un desafío. Justo cuando pensábamos que ya no se nos haría realidad el sueño de trabajar nuestra propia tierra, llegó el campo colectivo y el comienzo de varios proyectos que anhelábamos hacer. Entonces, al final estaba poniendo más de mi bolsillo, tiempo y esfuerzo. Si bien me pagaban los pasajes y algún viático, siempre tenía otros gastos.

A pesar de ser un “rompedero” de cabeza, me gusta. Está bueno discutir, más allá de que salga o no tu moción. Porque uno aprende, debate, genera vínculos. Llevé muchas veces la opinión que no era mía, era del colectivo que yo representaba. Pero es importante el tema de los escalones en la participación, sobre todo cuando existen espacios más altos. Por ejemplo, en las MDR participaban varias organizaciones de productores, pero en Paysandú ninguna tenía mayor conocimiento del ámbito de la REAF. Por eso es importante que la opinión sea representativa de los de más abajo.

Eso creo que también ayudó a que me dieran el reconocimiento ARU-El País como productora rural. Que es mucho y no es nada. Es mucho porque me sentí feliz de ser reconocida, fue una sensación de que había logrado algo, había logrado “hacerme ver”. Una de “Los nadies” de Galeano⁷ había sido vista. Aunque sé que en el fondo sólo tuve suerte de que me notaran. Tengo certeza de que en Uruguay hay cientos de personas más merecedoras que yo de ese premio. Que simplemente no han sido “vistas”. Por eso sé que también no es nada, porque no hay que creérsela y “las luces duran un ratito”.

La oportunidad de ser colonos nos ha permitido participar activamente en actividades y proyectos del Plan Agropecuario. Que me hayan reconocido para las Mentorías⁸ es algo que agradezco mucho porque yo no tengo ningún título universitario ni de ninguna índole. Sólo aprendí de la vida, pero en la ruralidad hay saberes que no se pueden enseñar en otros lados.

7) Eduardo Galeano, periodista y escritor uruguayo (1940-2015).

8) Mentorías es un programa del Instituto Plan Agropecuario llevado adelante en el marco de sus 25 años de creación, que tiene por objetivo motivar y ayudar en el emprendimiento de los productores rurales del país.



Evangelina Benítez

Vivir y producir en el interior profundo

Autora: Evangelina Benítez

Virginia Rossi

Ing. Agr., Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Agronomía (EEMAC), Universidad de la República.

virossi@fagro.edu.uy

Evangelina Benítez

Productora ganadera familiar del departamento de Salto.

*Yo valoro cada etapa de mi vida,
porque son etapas
que agradezco haberlas vivido.
Todo lo que nos tocó vivir,
se disfrutó a su manera.*

1- LAS MUJERES DE MATAOJO¹

Si hablamos de mujer rural, ¿qué mujer rural fue mi madre! Ella se crió en Mataojo, se casó muy joven y se dedicó por completo a formar un hogar y a criarnos, fue una madre presente que se desvivía por sus hijos. ¡Qué valor había que tener para formar un hogar en aquella época!, y atender sola a sus seis hijos sin tener cerca a su madre, que trabajaba de cocinera en una estancia. Después de ser madre, te das cuenta realmente de toda la dedicación que tuvo con nosotros, sin su marido al lado porque papá era peón de estancia... mientras que yo solo crié tres hijas y siempre con mi marido al lado, sin tener que separarnos porque como productores pudimos hacer el trabajo siempre juntos.

También te pones melancólica y pensás... ¡pobres mujeres, las abuelas! mi abuela materna siempre fue cocinera de estancia, la recuerdo como una mujer muy bonita, muy coqueta y hogareña, a la que le gustaba arreglarse, recuerdo que usaba esmalte y maquillaje. En mi recuerdo, era “la abuela de los bollos”, de los dulces... una gran cocinera, hacía un guiso que hacemos en la familia con

sangre de oveja y que llamamos “guiso de sangre” (una especie de morcilla no envasada). Era muy emprendedora, se daba maña para sacar aceite de las patitas de oveja y se arreglaba para conseguir todo a partir de lo poco que tenía. Todo lo que estaba en el entorno era aprovechado y ella hasta cosía y era de tejer, porque se hacía ella misma los vestidos; eso lo heredé de ella.

Mientras que mi abuela paterna, a quién le debo el apellido, era del tiempo de las sirvientas. Sí, “sirvienta de estancia” fue mi abuela, y esa sí que era una guerrera, una mujer grandota, una luchadora que no se quejaba de nada, y siempre tenía buen humor... ¡pobre mi abuela! cuando voy por Salto siempre paso por el cementerio “a echarle una sonrisa”. Ella era “sirvienta-sirvienta”, de las sirvientas que hacían el pan, que ordeñaban y que hasta hijos del patrón tenían. Sirvienta de estancias grandes, siempre por la zona de Mataojo, Pueblo Fernández, Paso Nuevo, Paso Valega...

Siempre decimos con los primos, qué honor, un orgullo que fuera esta abuela que nos dejó el apellido Benítez, porque ¡era una gran mujer! Ella vino con los padres de Brasil, y llevaba el apellido de su madre; porque en Brasil el apellido de la madre va primero siempre. Los padres la emplearon de sirvienta en una estancia desde muy joven, como se acostumbraba en ese tiempo. Y ella siempre nos

1) Región ubicada en la zona noreste del departamento de Salto, que limita al norte con el departamento de Artigas y al este con el de Tacuarembó.

decía que trabajaba de sirvienta, que no era casera de estancia, como mi otra abuela, sino sirvienta. Anduvo en varias estancias y fue madre de ocho hijos (siete varones y una mujer), dos tandas de cuatro, de dos patronos. Tuvo sus hijos y a todos los fue criando, y el apellido de los hijos, siempre todos con el de ella. Por eso mi papá, que siempre estuvo cerca de ella, “no conoció padre”, aunque sabía bien quién era el padre.

Cuando uno se pone a pensar que en ese tiempo la vida era así, sin derecho a nada, sin derecho a decir nada. Tener los hijos de los patronos y criarlos sola. Pero yo la conocí a esa abuela como “abuela partera” que ayudó a nacer a montones de hijos... Porque de grande se jubiló y la tuvimos viviendo con nosotros, en la casa pegada a la nuestra. Los seis hermanos nacimos ayudados por esa abuela Benítez ¡era la partera del pueblo!

Como que esas mujeres, mis abuelas, tenían que salir “a lucharla” con lo que tenían, ¡más que nada con los brazos! salvando la diferencia de que una era casera y la otra sirvienta, el trabajo que hacían las mujeres en esa época era más o menos el mismo tipo de trabajo, un trabajo muy sacrificado.

2- UNA INFANCIA MUY FELIZ

Me siento muy agradecida, porque la nuestra fue una infancia muy feliz. En aquel momento la vivimos de una forma muy natural y disfrutable, fue “lo que nos tocó”. Y hoy mirándolo a distancia, decimos ¡Todo lo que se pasó, en aquel entonces...!

Mi papá se casó con treinta y cinco años con mi mamá, de apenas dieciséis. Se conocieron en Mataejo y a pesar de que se llevaban veinte años, vivieron juntos cincuenta y seis años. Papá fue siempre peón de estancia, desde jovencito, y por eso al principio nosotros, como no podíamos vivir en las estancias, vivíamos en ese pueblo de donde era oriunda mi madre. Los de papá eran “los brazos de la casa”: era el sueldo de papá nomás el de la casa, él tenía que trabajar en las estancias y venía sólo los fines de semana, sábado y domingo. ¡Y era una visita tan esperada! pero estaba un ratito nomás, porque el domingo se iba de vuelta.

Mamá se dedicó a criarnos, con lo que podía y sabía de su entorno, ya que nunca salió del pueblo. Somos seis hermanos, tres mujeres y tres varones. Y como soy la segunda ayudé en la crianza de los más chicos. Ayudábamos en todo a mi madre, salíamos a comprar la leche para los chiquitos... porque nos criamos con café negro, café con fariña, o cocoa. El único litro de leche que se compraba y que traíamos en una botella, era sólo para los más chiquitos. Me acuerdo muy bien... también de esas noches de frío, en que siempre había algún chiquito con tos o resfrío: ¡pobre mi madre que dormía de a ratitos nomás!. Y yo colaboraba haciendo cosas en la casa y ayudando a

hacer dormir a los más chicos. Sobre todo, ayudé a criar a uno de mis hermanos, que era siete años menor. Porque él era chiquito (tenía solo quince meses) cuando nació la otra hermana, la más chica. La misma noche que ella nació, me acuerdo que la abuela la estaba ayudando a mi madre, y yo me traje a mi hermano a dormir en mi cama. Y a partir de eso lo adopté y lo cuidé más que a los demás: pasé a ser como su madre. Vas haciendo las cosas sin saber lo que hacés, pero vas colaborando en la formación de la familia también.

Cuando yo tenía diez u once años, papá consiguió trabajo en un puesto de estancia, por la zona de Zanja del Tigre. Era de la misma empresa donde era peón y allí le permitieron irse con toda la familia. Por lo que pudimos al fin estar todos juntos. En esta etapa logramos mantener la relación muy cercana que ya teníamos con la abuela, que venía en ómnibus a visitarnos. Ella siguió viviendo en el pueblo, porque siguió ejerciendo como partera del pueblo; desde allí la llevaban a todos lados.

En ese puesto se logró otro confort, otra forma de vivir: la casa era espaciosa, cada cual tenía su dormitorio, o sea que fue un tremendo cambio. Y la familia permaneció allí treinta y pico de años, hasta que cambió la firma. Pero también allí, el único que tenía sueldo, era papá. Él defendía como propio el ganado de la estancia, quizás por eso nunca pensó en ser productor. Nosotras, las hijas mujeres, salimos de ese lugar cuando nos casamos. Los hermanos menores, que eran chiquitos al mudarnos, allí en el puesto se terminaron de criar y se hicieron hombres.

Y así fue qué, cuando se jubiló papá, se quedó mi hermano menor de puestero, en el mismo sitio. Se quedaron allí mismo hasta que se liquidó la firma y pasó a manos de otra empresa. Fue recién ahí que mi familia dejó el puesto. Pero a papá le costaba mucho vivir en el pueblo, donde se había ido a vivir mi hermana menor. Por eso fue que le hicimos una casita en un campo de mi hermano menor, muy cerca del lugar donde él había nacido. Ahí, él nos mostraba los cerritos y nos decía: “Allá vivía la abuela”, y nos hacía toda esa historia familiar. ¡Pensar que vivió sus últimos años tan cerca de donde él había nacido y de donde su madre era la sirvienta del patrón!

Solo al final, cuando se enfermó, mi hermano se lo llevó a Salto. Y ahí me enteré de que tenía dos hijos más, mayores que nosotros. Porque ya estando enfermo y de noventa y pico de años, uno de esos hijos lo vino a ver. Quizás fuera algo sabido, pero de lo que nunca se hablaba en mi casa: nunca los reconocieron. Supe que se criaron cerca de la frontera, por Masoller. Y suponemos que papá nunca los trajo a casa para no molestar a mi mamá...

3- EL PRIMER PUEBLO

Había muchos rancheríos por la zona y el pueblo era

uno de los típicos rancheríos que se formaban entre las estancias. No es que fuera un pueblo precisamente. Los ranchos se fueron ampliando, las familias nucleando y así hasta el día de hoy...

Pero el pueblo en los años 60 era mucho más grande que ahora, tenía entre 600 y 700 habitantes. Casi toda la gente del pueblo trabajaba en las estancias de la zona, por lo que los habitantes eran familias de esos peones de las estancias.

El otro día, trajimos el baúl de la casa de la abuela para la casa de las hijas. Viendo que se trata de un baúl que como mucho mide un 1,2 m, pensaba en cómo fue posible que ahí entrase toda la ropa que teníamos y en cómo hacían nuestras abuelas, para vivir y habitar en esos espacios tan reducidos que tenían...

Porque cuando era niña, la casa que teníamos era una pieza que había hecho papá para dormitorio de la familia, de ladrillo y paja. Cabíamos todos ahí, el matrimonio y los seis hermanos. Aparte, había un comedorcito-cocina hecho de barro y paja. Hacia un lado de nuestra casa, vivía mi abuela paterna con la tía; hacia el otro vivía mi bisabuela materna, en un espacio más reducido aún: un ranchito de no más de un metro y que apenas tendría algún banquito. Ella cocinaba afuera, en el piso, donde se hacía el fuego con leña que ella misma iba a buscar todos los días. Nosotros íbamos a tomar mate de té con ella, que lo hacía de yuyos. Nunca se quejaba de nada. La sensación que tengo es que efectivamente no le faltaba nada. Pero será que nos conformábamos con tan poco que parecía que no le faltaba nada...

Aquellas mujeres carecían de todo, pero ¡cuánto amor y afecto debían tener para alojar a toda una familia en esos espacios reducidos! Para las mujeres del pueblo, como fue

el caso de mi madre, era impensable planificar la familia. El embarazo transcurría rodeado de otros hijos chicos, así que ni tiempo tendrían de pensar en eso. Tenían hijos uno detrás de otro, sin controles ni atención médica. Es que nosotros de chicos ¡no conocíamos al médico! Nada, no había ninguna atención de salud. Para nacer estaba mi abuela y además había una enfermera que durante más de 40 años curó a todo el pueblo. Hace poco la homenajearon, un sobrino recopiló su historia y vino la Junta departamental².

La enfermera tenía su botiquín y la habilidad de curar sin haber estudiado, más allá de los libros que se podía encontrar. Empezó ayudando a la gente y se rebuscaba con conocimiento propio. Estudió después, porque de grande tuvo que rendir exámenes cuando obligaron a tener estudios de enfermería para ejercer. Si te pasaba algo serio o por cuestiones más graves, había que ir a Salto. Pero en ese caso si se iba en ómnibus, se iba un día y se volvía al otro. Por eso no era común que se fuera y sólo alguna vez, alguien se trasladaba. Cuando éramos chicos, era sólo ella en el pueblo. Y una vez al mes venía una gira sanitaria en el avión-ambulancia, con Rattín³ el aviador y el Dr. Santos. En ese entonces también Celmira acompañaba pacientes en el avión cuando los tenían que trasladar.

Si tenías dolor de muelas, ¡ni pensar en el dentista! ¡Si habré sufrido dolor de muelas! mi mamá nos ponía clavos de olor, remojados en alcohol: te duele y duele. Dolía bastante, pero te mataban la carie con eso. También se curaba con yuyos. Nosotros los usábamos bastante porque la bisabuela sabía medicar con yuyos y con ella aprendimos.

2) El 18 de diciembre de 2011 el Intendente de Salto descubrió una placa en la policlínica en agradecimiento por la incondicional dedicación de María Celmira Blanco Pereira a la salud de los habitantes de Mataojo.

3) El 11 de agosto de 2022, Hebert Rattin fue homenajeadado por la Intendencia de Salto por su comprometida labor y por ser uno de los pilotos con mayor experiencia de nuestro país, con 67 años de pilotaje y casi veinte mil horas de vuelo.



Evangelina Benítez.

Y hasta hoy con 60 años, los sigo utilizando.

4- ME GUSTABA LA ESCUELA

Pienso que de haber podido estudiar, hubiera sido una buena psicóloga. Me gusta prestar atención a los problemas humanos y pienso que nada es tan gris, ni nada es tan rosa. Y me hubiera gustado ir por el lado de sostener a la gente.

Pero solo terminé la escuela. No iba por obligación, iba porque a mí me gustaba. Cursé hasta cuarto año en el pueblo en la Escuela N° 40⁴, hoy Carmelo de Arzadum⁵. En aquel momento la escuela tenía ciento veinte gurises y cuatro maestros. Caminábamos un kilómetro y pico para llegar.

Para nosotros ir a la escuela era una cosa desconocida, una novedad en el entendido de que mi casa no era una casa donde hubiera cuadernos ni lápices. Y como soy la segunda, un año antes que yo para mi hermana y luego también para mí, empezar la escuela fue aprender a agarrar un lápiz también. Mi mamá tampoco tenía tiempo para ayudarnos con las tareas.

En ese tiempo no íbamos todos los días a la escuela: íbamos “salteado” porque nos turnábamos con mi hermana mayor para ayudar a mi madre. Si uno de los hermanos estaba resfriado, o estaba con fiebre, ya faltaba una de las dos. Entonces, era muy difícil que fuéramos de lunes a viernes y siempre tuvimos muchas faltas. Pero se ve que era inteligente, porque igual a mí me iba muy bien en la escuela. Nunca tuvimos problema de aprendizaje, y en el rato que asistimos, rendimos igual. Otra de las cosas que hacíamos en forma natural y desde muy chiquitas, era ir a lavar al arroyo. Agarrábamos el latón y nos llevábamos la ropa de los chiquitos: en casa siempre había un montón de ropa para lavar.

Cuando nos mudamos al puesto de Zanja del Tigre, fuimos a otra escuela; yo terminé primaria en la Escuela N°53 de Paraje Levitán, que ya no existe. Y fue un cambio, porque era unidocente y éramos solo quince gurises. Allí tuve dos maestros varones diferentes, uno en quinto y otro en sexto. Me apliqué al estudio mucho más, íbamos de lunes a viernes y nos aprendíamos todo. Tanto que cuando estaba por egresar, el maestro venía a casa para decirle a mis padres que me mandaran a estudiar al liceo porque yo tenía muchas condiciones. Pero ni papá ni mamá en esa época quisieron... ¡quién sabe por dónde tendrían que haber ido, si hubieran querido enviarme a estudiar! Dejar el puesto era algo imposible para mis padres, tampoco podían pensar en mudarme a la capital del departamento

4) En 1947 se instala en esta escuela una misión socio-pedagógica llevada adelante por el maestro Julio Castro y un grupo de 60 personas, entre los que se encontraban estudiantes de magisterio, agronomía, odontología y medicina.

5) Por ley 17.463 del 2 de abril de 2002, la escuela N° 40 es designada con el nombre “Carmelo de Arzadum”, uno de los pintores más relevantes de la plástica nacional, que nació el 16 de julio de 1888 en la zona de Matajojo Grande.

para seguir estudiando. Y por eso yo misma tampoco nunca pensé en seguir estudiando. Una de mis compañeras de esa escuela sí pudo seguir estudiando: su padre era policía y logró el traslado. Se mudó toda la familia a la ciudad y hoy ella es Inspectora de Enseñanza Primaria.

5- EL SEGUNDO PUEBLO

De jóvenes, todos crecimos viéndonos por la zona de Matajojo. Y siempre era más o menos la misma parentela que nos encontrábamos: éramos los mismos compañeros de escuela de la zona. Así fueron transcurriendo los años hasta la edad en que llegaron las fiestas y empezamos a ir a los bailes, bailes que reunían gente de todos los pueblitos de la zona.

Con mi esposo nos veíamos “de baile en baile”. Después de tres años de novios nos casamos muy enamorados, cuando yo tenía diecisiete años y él veinticinco. Lo conocíamos desde siempre porque su familia nos traía la leña. Eran catorce hermanos y trabajaban juntos con la máquina de esquila y con un carro de ocho caballos.

Al casarnos dejé el puesto y nos mudamos a otro pueblo, donde vivimos por nueve años en una casita frente a la de mi suegro, construida antes por un cuñado que luego arrendó campo y se fue. Mi suegro era un hombre muy admirable que se hizo de capital sin tener nada. Siempre trabajando con sus hijos y con la máquina de esquila, fue comprando tierra y llegó a tener más de 1000 ha de campo. Eran otros tiempos en que la tierra valía menos. En los primeros tres años mi esposo siguió trabajando con la familia, con la máquina de esquila y con el carro. Al morir mi suegro, los hermanos se fueron abriendo camino y nos fuimos independizando, pero aun así, seguimos seis años más en esa casa.

Mi esposo siguió con la máquina de esquila y con el carro y yo me reflejé mucho en la mayor de mis cuñadas, con la que tenemos una muy buena amistad hasta el día de hoy. Me inspiré en ella y en todo lo que ella hacía en su casa, que es lo que hasta el día de hoy sigo haciendo yo también en la mía. ¡Hasta cortarle el pelo a mi marido! Atendía con él las ovejas que teníamos, me ocupaba de la huerta para alimentar la olla y también cosía y tejía toda la ropa que usábamos. ¡Se compraban muy pocas cosas! Así había sido en tiempos de mi madre, que cosía, tejía, destejía y reciclaba toda nuestra ropa. Y así fue como yo hice también y como ahora hacen mis hijas.

6- LAS HIJAS VINIERON CUANDO QUISIMOS

Ya tenía veinte años cuando nació la hija mayor, que malcriamos un montón de años hasta que nacieron las mellizas. En ese entonces, ya iba a Salto cuando me

dolían las muelas y el embarazo fue controlado en Salto. En los controles me detectaron una cardiopatía, un soplo asintomático, y por eso mismo, aunque no hubiera querido ya tener una cesárea siendo tan joven, igual me la hicieron para evitar el esfuerzo del parto.

Por ese motivo, por varios años nos cuidamos y nos demoramos en agrandar la familia, porque fue lo que nos aconsejaron. Lo del soplo nos preocupó de forma alarmante, quizás por la falta de estudios en aquella época para determinar cuál era el tipo de problema que tenía.

Recién cuando nuestra hija mayor comenzaba el primer año de escuela (seis años), dejamos la casa de mi suegro y arrendamos un campo con mi hermano: le pusimos El Refugio. Para el transporte a la escuela, al principio todos los días ensillábamos y la llevábamos 12 km a caballo hasta la Escuela. Luego, cuando era más grandecita se empezó a quedar a dormir algunos días en la escuela, cuando entre semana se quedaba la maestra.

Años después, cuando se empezaron a realizar controles con ecocardiogramas, se vio que desapareció mi soplo y que todo estaba normal, por lo que volvimos a pensar en tener familia. Esto fue cuando la hija mayor ya tenía nueve años pero nosotros éramos jóvenes. Y como había pasado bastante tiempo y teníamos antecedentes por parte de abuelos y tíos, deseábamos que fueran mellizos para completar la familia.

Y fue lo que efectivamente sucedió, me lo confirmaron a los cuatro meses cuando me hicieron una ecografía. En ese embarazo, el último mes ya nos quedamos en Salto,

en la casa de mi cuñada. Y ahí nacieron por cesárea las mellizas, que como ambas pesaron dos kilos o más, solo estuvieron el primer día en la incubadora. Nosotras cuatro nos quedamos en la ciudad para controles y cuando las mellizas tenían dos meses nos vinimos todas para el campo.

Siempre me sentí a gusto con mi esposo, valoro que tuve mucha suerte en eso: quisimos formar un hogar y lo llevamos a la práctica juntos. Él es un hombre de trabajo, un hombre rural, rudo y aguerrido para el trabajo, nunca se queja. Nunca fui de esas mujeres que no tienen voz en las decisiones, lo que quizás se vincule a que no crecimos económicamente tanto. Ese no era nuestro objetivo. Siempre nos acompañamos en todo ¡Incluso jamás se quejó de tener cuatro mujeres en la casa!

7- EL REFUGIO

A las hijas las criamos “bien de bien” en el campo, fue algo natural para mí. La mayor tenía diez años cuando vinieron las mellizas y ayudó mucho con las hermanas. Estaba haciendo quinto año de escuela en Cerro Chato, y estaba muy entusiasmada. Tanto que hasta tenía nombres para sus hermanas, aunque no se los pusimos.

Así es que me arreglé sin pagar, ni salir en busca de una compañía para criar a las niñas. Estar sola en el campo con las tres fue algo que tomé como una cosa natural. En nuestra pareja nunca fue cosa de decir “qué hacés vos, o qué hago yo”, asique como de día estaba más en el campo, a él le tocaba más hacerlas dormir.



Majada en pastizales del basalto (Salto).

Una curiosidad es que en la misma casa donde vivimos ahora, vivió de niña con su familia, la famosa artista plástica Lacy Duarte⁶. Pero cuando arrendamos y nos mudamos a ese campo, por un tiempo vivimos en otra casa y la vecina que habitaba en nuestra casa actual, era quien venía a veces a visitarme. También mi abuela materna, aunque ya tenía unos cuantos años, cada tanto me visitaba y se quedaba conmigo, a veces diez o quince días. No teníamos tantas posibilidades de comunicación, no había teléfono ni televisión, pero lo que sí teníamos era una cosa elemental: la radio. Cuando nacieron las mellizas ya teníamos conducción, una camioneta Chevrolet 51, por lo que en caso que precisáramos podíamos salir y también llegar al teléfono de la Comisaría.

Hasta entonces nunca tuvimos luz eléctrica. Ni en ese momento ni antes cuando nació la hija mayor, porque la luz llegó a todos los pueblos de la zona recién en 2022. En los primeros tiempos allí tampoco teníamos heladera y por eso éramos muy cuidadosos con el ordeño y a la hija mayor no le dábamos la leche hervida que había quedado de la mañana, como otras familias hacían. Nosotros ordeñábamos una vaca de mañana y otra de tarde. Luego con las mellizas en El Refugio fue más fácil, porque aunque todavía no teníamos luz eléctrica sí teníamos heladera, primero a querosene y después con garrafa a gas.

Tampoco cuando yo era niña teníamos luz, y nosotros acarreamos el agua desde que íbamos a la escuela. Aunque en realidad por este tipo de cosas no nos hacíamos problema: para nosotros vivir, siempre había sido así. Para lavar la ropa siempre tuvimos un arroyito o una zanja cercana donde ir a lavar la ropa. Incluso en Cerro Chato al principio donde lavaba ropa hacíamos playa; en verano nos refrescábamos con las niñas. Claro que cuando tuvimos una casa de material eso mejoró porque trajimos agua de manantial con un plastiducto hasta la casa. Y, al tener una pileta para lavar, el trabajo se sentía menos y tenía más tiempo para atender a las chiquitas.

En el campo teníamos algunas vacas y más que nada, ovejas. Con la oveja alimentamos a la familia. Sin contar que siempre teníamos una vaca lechera, plantamos la chacra y complementamos la olla con gallinas. Hasta el día de hoy, me gusta empezar el día con el ordeño y fue una tarea que siempre hice. También hacer quesos, que me salen ricos. Cocinar, siempre fue con leña. Y por mucho tiempo, el mismo proveedor al que le vendíamos cueros, mes a mes nos dejaba el surtido de comestibles que necesitábamos, porque tenía comercio.

Eso nos evitaba manejar efectivo. Excepto con el cobro de la zafrá de la lana, que era cuando se hacían las compras en la ciudad. En general para eso nos manejamos

con dólares. Mi esposo era el que cobraba pero nunca me limitó en nada y siempre nos pusimos de acuerdo, también en lo económico. Los dos sabemos bien cuánto hay y cuánto sobra cada día. Pero él era quien cobraba y cuando llegábamos a la ciudad me daba la plata que yo dijera que necesitaba. ¡Cómo me rendía cuando iba de compras! Compraba la tela para las bombachas, los cortes de camisa, y si era invierno elegía telas de abrigo. Para hacer la ropa tenía una máquina de coser a pedal. Y hasta ahora a mi esposo le hago hasta el poncho y me hago toda la ropa para mí. Lo que cambió es que ahora me manejo distinto, porque me jubilé y ya no le pido plata, me muevo con lo que cobro en pesos y compro todo en cuotas. ¡Gané una gran tranquilidad... pero me alcanza menos!

Lo cierto es que nunca tuvimos esa presión de irnos a la ciudad. Esta vida nuestra en el campo era lo que había, lo que nos tocó. Como las familias estábamos todas más o menos igual en aquellos tiempos, no nos dábamos cuenta del sacrificio que hacíamos. Hasta el día de hoy, si vamos a la ciudad, hacemos los mandados, disfrutamos de las visitas y lo que vayamos a hacer, pero luego ¡nos volvemos! Puede ser un cambio brutal si se compara nuestra forma de vida con la forma de vida en la ciudad, pero esa, nunca la buscamos.

8- PARA NOSOTROS LA TIERRA ES TODO

En nuestra familia se vive y se disfruta del campo. Tener plata o trabajar para lo que vamos a tener o comprar, no es tema de nuestra conversación. Ni siquiera fue nuestro objetivo tener cosas ahora que quizás no teníamos en tiempos de escasez. Lo que siempre nos pesó fue esforzarnos para tener algo propio. No importó el sacrificio porque no hay más satisfacción que subir el cerro y ver tu pedacito de tierra, eso fue interiormente lo que soñábamos tener.

El no tener patrón es algo que se vive y lo nuestro siempre fue tener un pedazo de tierra. Mi esposo nunca fue empleado, empezó trabajando con su padre y también trabajó con sus hermanos. Casi todos trabajaban por cuenta propia. Si bien después recibió 70 hectáreas de la sucesión del padre, eso fue algo que no sabíamos cuándo iba a pasar. Mientras estuvimos arrendando en El Refugio, habíamos visto fracciones del INC en Paysandú, en la Colonia Baltasar Brum, pero no tuvimos suerte y eso nunca se concretó. Al vivir en campo arrendado, siempre tuvimos más que nada ovejas, que te dan plata más rápido que el ganado, donde es más largo el proceso. Así, además de tener con qué pagar la renta una vez por año, la lana también es una primera entrada de dinero que luego se complementa con la venta de los corderos.

Tuvimos un momento clave para hacernos de nuestra propia tierra, cuando se puso a la venta el campo que

6) Elvira Lacy Duarte Cardozo fue una artista plástica de destacada trayectoria que nació el 15 de setiembre de 1937 en Mataojo y murió el 27 de diciembre de 2015 en Montevideo.

arrendamos con mi hermano. Resolvimos comprar a medias (50 ha cada uno). Pero para llegar nosotros tuvimos que vender todo el ganado que teníamos (40 vacas y todas las ovejas) y como no alcanzó debimos negociar una deuda por el equivalente a 2500 kg de lana al final a cinco años (entregando 500 kg/año). Entonces, para salir adelante tuvimos que tomar ovejas en sociedad y ganado a pastoreo. No había un peso que no fuera para pagar las deudas por la compra del campo. Por seis o siete años no salimos del campo, pero siempre seguimos trabajando por cuenta propia. Nunca se nos pasó por la cabeza ser empleados, ni dependientes. Nos fuimos haciendo de ovejas y de vacas de a poquito, pensando en la tierra como sostén de la familia y motivados porque quedara para las hijas.

Aún en las épocas difíciles y más dramáticas del país, cuando se iba mucha gente al exterior a cuidar campos, en Australia o España, nosotros no lo hicimos. Hasta una vez lo charlamos en familia con las gurias, que eran chicas. Comentamos la posibilidad de salir nosotros para hacer unos pesos, aunque fuera solo por un tiempo. Pero ahí mismo lo descartamos: nos retuvieron sus comentarios sobre el riesgo de tomar aviones, una de ellas nos dijo: “Cae un avión y una queda acá, sin padres”...

9- LA FORMACIÓN EN LAS ORGANIZACIONES

Igual que en mi propio caso, hubiera querido que nuestras hijas tuvieran estudios después de terminar la escuela, una formación. Pero en ese momento era complicado llevarlas, instalarlas... Cuando estuvo en edad la mayor, eran muy chicas las mellizas; en cualquier caso debería haber pensado en instalarlas en un hogar, en la ciudad. Y aunque siempre las acompañamos en todo, para eso las cosas no se dieron. Sí pudimos acompañarlas en todo lo que vino después, en la oportunidad de crecimiento que se abrió a través de su participación y desempeño en las organizaciones. Y si bien en eso las tres participaron, las más chicas tuvieron la vivencia del trabajo en las organizaciones con sólo 16 años, y ahí pudimos apoyarlas para que se fueran empoderando desde más temprano.

Cuando la sequía del 2006 nos movilizamos entre vecinos para que llegara algo de ración al territorio, la primera reunión fue en agosto en Zanja del Tigre. Nosotros nunca fuimos una familia ajena al problema del otro, siempre tratamos de estar presentes. Y cuando se propuso crear una organización en el territorio (porque hubo una política de instalar organizaciones), que nos facilitara la financiación y el reparto de ración, vimos que era una oportunidad no solo para salvar a los animales de la sequía, sino que era necesario acompañar la iniciativa para lograr otras cosas con los vecinos. Entonces la participación de la familia en las organizaciones se nos fue dando como una cosa na-

tural, el hecho de que en la misma familia siempre fuimos muy unidos en todo, hizo que también cuando se inician las organizaciones rurales en el territorio, fuéramos juntos, los cinco, a las reuniones.

Y también hay que reconocer que a la hora de organizarnos, fue muy importante el papel de un referente para la zona que fue el primero que nos invitó a participar en una reunión, que se organizó en su casa en abril de 2006. Era hijo de un productor de la zona, pero había tenido estudios universitarios y siempre estuvo metido en la política. Alguien muy sabio, una persona de mucho conocimiento y con estudios, que nos enseñó mucho. Ha sido un gran maestro para todos nosotros y nos guió en ese comienzo. Aprendimos mucho, un montón de cosas que nosotros ni siquiera habíamos escuchado de lo que se logra en una asociación, del valor de ser trabajadores organizados, de qué tipo de organización nos representa mejor. Pesó mucho más su consejo que el de los técnicos del Programa Uruguay Rural que venían, las autoridades del MGAP (Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca) o de la Junta Departamental que nos visitaban.

Se puede decir que hasta entonces la gente en el territorio estaba totalmente aislada, ni siquiera sabíamos que existía la Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR) o la Asociación Rural del Uruguay. Pero veíamos que en la zona los productores chicos no se habían fundido como los grandes, y que había que buscar estar representados. También vimos la ventaja de una organización que ya existía en la zona, la Sociedad Rural Guaviyú de Arapey, a la que les llegaba la ración financiada. Entendimos que era una ventaja estar organizados para no tener que recibir a través de la Junta y pagar al contado la ración, como nos pasó a nosotros en mayo de ese año.

También coincidió que cambiaron las autoridades departamentales y empezó a movilizarse mucho más la Junta de Mataojo, con los arreglos de la caminería. Se dio en ese momento que se empezó a trabajar en la zona para crear varias organizaciones. Nos dimos cuenta que era un interior muy amplio y que una sola organización no podía abarcar todo ese territorio, porque la distancia limitaba el movimiento de la gente.

Desde entonces, hemos estado un poco en todas las organizaciones. Para el lado de Mataojo se crea la Asociación de Fomento Rural de Mataojo Grande que fue en esta organización donde empezamos a trabajar primero nosotros, ya que éramos oriundos de esa zona y también participamos en la Junta. Convocamos a la primera reunión en el local de una escuela, que estaba abandonado. A esa reunión también fuimos todos y también participaron mis padres y quedó instalada la organización, siendo nosotros sus socios fundadores. Por el lado de El Refugio las reuniones derivaron en lo que después sería la Sociedad de Fomento Rural (SFR) Basalto Ruta 31 y allí nos vinculamos

después. Sobre todo las mellizas se vincularon más con la SFR Basalto Ruta 31 a partir de una capacitación que se brindó en la Estación Experimental de Facultad de Agronomía (EEFAS) en San Antonio⁷, y a partir de allí empezamos a participar más activamente en esa organización.

Así, fuimos conociendo autoridades e instituciones que nunca habían llegado a la zona, que nunca habíamos conocido... Papá incluso nos dijo una vez que quería conocer un ministro, y tuvo su oportunidad porque lo llevamos a conocer a Pepe Mujica. Hasta él se daba cuenta, con los años que tenía, que era un logro que vinieran autoridades a la organización que nunca antes habían llegado al territorio.

Así fue que nosotros estábamos en todas las reuniones, y que también empezaron los proyectos de vivienda de MEVIR y muchísimos cursos, incluso uno de computación que hicieron las mellizas. La hija mayor hizo su primer viaje sola fuera del departamento por la CNFR, cuando fue a un encuentro en el Centro Agustín Ferreiro. En 2010 a través de CNFR, las hijas menores tomaron los cursos de Gestión Territorial Rural (GTR) que organizó FAO/Udelar. Y aunque yo hice sólo un taller sobre Formulación de Proyectos, fue un gran aprendizaje porque ahí me di cuenta de que "estábamos pintados" en este tema de los proyectos.

10- TIEMPOS DE GRAN APRENDIZAJE EN MESA DEL ESTE⁸

Si bien soy oriunda de Mataojo, me crié sin saber lo que se hacía en la Junta, porque mis padres nunca participaron. Era un edificio y nada más para mí, con tres o cuatro funcionarios y un presidente. El único espacio de participación social que conocíamos bien era el de la escuela, cuando se organizaban kermeses y cosas así. Y ocasionalmente se organizaban algunos acontecimientos religiosos, cuando se hacían misas en el pueblo. Pero en 2005 animados por un productor vecino, nos presentamos para participar en esa Junta y mi marido fue edil. Ahí en ese período aprendimos muchísimo los dos, porque aunque el edil era él, íbamos juntos los dos ya que siempre fuimos juntos a todos los lugares.

Por eso también estuvimos participando en la Mesa del Este, que también sesionaba en Mataojo y que prácticamente nació con nosotros⁹. En 2008 nos invitaron a participar de la primera reunión en el marco de la descentralización agropecuaria¹⁰ junto con unas 20 personas más. Yo siempre participaba como vecina de la zona, no tanto como representante de las organizaciones, aunque

en algún tiempo estuve también representándolas.

Fueron tiempos de muchos aprendizajes, aprendimos a discutir con argumentación. Y cuando llegó el momento, discutimos la educación rural que se necesitaba en el medio rural y desde la organización nos animamos a dar el debate en la Mesa. A partir de allí, y después de un año de trabajo con la Dirección General de Educación Técnico Profesional – UTU, se logró instalar el Programa Rumbo¹¹ en varias localidades en años sucesivos.

Comenzó el Programa en Mataojo y Guaviyú de Arapey, y como el lugar salió por votación, en principio a mí me decepcionó que no saliera en donde ya habíamos hecho una consulta a los jóvenes, y hasta pensé en dejar de participar. Pero me recompuse y seguimos trabajando hasta que finalmente no sólo logramos que el Programa Rumbo se re-editara para Pueblo Quintana, Cerro de Vera, Itapebí, Valentín y San Antonio, sino que además conseguimos algo mejor aún, que fue llevar primero, segundo y tercero para Carumbé: el Ciclo Básico de secundaria completo. No fue fácil y hubo que pelearla en varios frentes, ya que no nos creían que la zona iba a responder. También las gurisas lo pelearon en reuniones que tuvieron en Montevideo, con diferentes autoridades. Porque no nos creían que íbamos a conseguir convocar a los jóvenes para empezar los cursos. Pero salió, primero se consiguió un contenedor y luego otro. Una vecina ofreció y acondicionó el lugar para que se quedara la gurisada y se consiguió sacar adelante el proyecto en alternancia.

También en el área de la salud se logró algo bien concreto y necesario, la coordinación de las rondas médicas, y fue desde la Mesa que se logró la negociación con la Intendencia, los directivos de los centros médicos privados y las policlínicas de ASSE. Otros logros importantes de la Mesa llevaron muchos años de gestiones, pero fueron igualmente importantes, por ejemplo la iniciativa de electrificación de la zona de Pueblo Ramos involucró una cooperación de muchas instituciones de Salto Grande, MEVIR, INC, MGAP, todos intervienen con algo para lograr la electrificación que se acaba de lograr.

A las MDR y a las organizaciones de productores del Basalto, que las conozco bastante, se les brindó herramientas como para que la experiencia de participación se pueda sostener sin el apoyo de afuera, así mañana se corte el apoyo presupuestal del MGAP. Son organizaciones que ya tienen su edificio, computadoras, tractor y maquinaria, con un fondo rotatorio que puede involucrar una cantidad de proyectos. Porque si el fondo rotatorio se maneja bien es una forma de fortalecimiento. Hay que tratar de que la gente siga viendo la organización no sólo para conseguir la ración si mañana falta el agua, lo más importante es mantener la confianza en base a lo que aprendimos de

7) Curso Internacional de Formación "Participación y Liderazgo para la Gestión Territorial Rural", Proyecto Regional FAO GCP/RLA/169/SPA Componente 3, desarrollado en agosto de 2010.

8) Hoy en la zona funcionan tres Mesas de Desarrollo Rural (MDR): la MDR del Este, MDR Basalto Superficial y Basalto Profundo.

9) La Mesa del Este se originó en 2005 en el marco del Programa Uruguay Rural.

10) Las MDR se encuentran reguladas por la Ley N° 18.126 de Descentralización y Coordinación de Políticas Agropecuarias de Base Departamental.

11) Programa de finalización de la Educación Media Básica dirigido a personas jóvenes y adultas mayores de 18 años que hayan finalizado la Educación Primaria.

cómo nos podemos movilizar en procura de hacer algo. Y no hay dudas que conocimos lo que era un municipio por dentro y tuvimos la posibilidad de crecimiento que nos llevó a ámbitos que nunca hubiéramos pensado.

Entonces, soy una persona que me siento bien con lo que tengo, disfruto lo que tengo y trato de asimilar que así es la vida. No le veo sentido a tanta gente preocupada por tener más, que no se detiene a pensar en lo que tiene. La felicidad es eso, valorar lo que es propio, la satisfacción por lo que uno logra y todo lo que puede potenciar en su entorno para disfrutar de ser parte de la sociedad. Sin dudas fueron oportunidades de fortalecimiento para todos y en especial para nosotras las mujeres. Pienso que en el medio rural hay gente capaz, que como fue en mi caso desconocía la participación pero que al tener los espacios, se volcó y aprendió, y que hay mucha gente que se capacitó un montón.

11 – LA INDEPENDENCIA DE LAS HIJAS: “UNA MUJER SE VALE POR SÍ SOLA”

Tuvimos la posibilidad de alejarnos físicamente del ámbito más doméstico y al estar en esos otros espacios de participación, nos pareció interesante impulsar a las hijas, a las que nunca pusimos límites ni “eso es peligroso”

o “eso no lo hagan”, no les dijimos ni pensamos nunca en los riesgos, siempre las impulsamos con la oportunidad de viajar a otros países, es una oportunidad brillante que de otra forma no lo hubieran logrado. Nosotros las impulsamos, pero también valoramos que la responsabilidad, el esfuerzo, la voluntad y el desempeño lo ponen ellas. Porque la vida es un equilibrio de todos los días y disfrutamos pila de todas las cosas que han hecho las hijas. De esta manera también las apoyamos y ellas lo reconocen, se lo hemos escuchado en las conversaciones.

También las he escuchado decir que “una mujer se vale por sí sola”. Y ahora es una satisfacción ver que pueden tener su campo a través del Instituto [INC], instalarse ellas como antes nos instalamos nosotros, y estar trabajando también por su propia cuenta. Si bien son las tres oriundas de las organizaciones de la zona de Basalto en Salto, la mayor fue la primera en salir y viajar con CNFR a Brasil, que era algo nuevo para nosotros, hasta que luego se casó y se quedó viviendo y participando en Canelones.

Después las hijas menores comenzaron a participar con los jóvenes en las organizaciones de Salto, en las reuniones en Montevideo como consejeras y mujeres referentes de CNFR y de la Reunión Especializada de Agricultura Familiar (REAF), hoy también participan en otra organización de base y como colonas en la Sexta Sección de Tacuarembó.



“Quica” Casas Pionera del trabajo colectivo en el medio rural

Autor: Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca.

Marta Chiappe

Ing. Agr. Dpto. Ciencias Sociales, Facultad de Agronomía,
Universidad de la República.
mchiappe@fagro.edu.uy

“Quica” Casas

Productora rural del departamento de San José.

1- MIS RAÍCES: DESDE LAVALLEJA A MONTEVIDEO

Mis raíces son rurales, mis padres y mis abuelos tenían un campo en Lavalleja, hacían ganadería y nos criamos ahí. Es cierto que mis padres habían tenido posibilidades de estudiar, de desarrollarse, pero eran “gente de campo”. Mis padres vivían, hacían ganadería ahí en Lavalleja, eran como todos los hijos de papás que iban a la escuela, iban al liceo. Mi padre había estado incluso en la Escuela de Aviación, pero sus raíces eran las de Lavalleja, y cuando nosotros nacimos ellos hacían ganadería ahí, estábamos muy cerca de Treinta y Tres. Mi padre iba a Treinta y Tres y lo esperábamos con los brazos abiertos porque venía con unos canastos llenos de “ticholos”¹, debía traer de todo un poco, pero los ticholos eran la devoción, nos encantaba. Pero era gente que también tenía vínculos en Montevideo. Mis abuelos paternos tenían hotelería en Montevideo, entonces como que nos habíamos estado criando un poco en cada lado.

1) Golosina de origen brasileño..

*El machismo en el medio rural sigue,
no voy a decir que no,
pero hay mujeres que van despertando...*

Con mi hermana estuvimos en el campo hasta que empezamos el tiempo de la escuela. Entonces estábamos a 25 km del pueblo más cercano que era Zapicán. Resulta que había un arroyo, el arroyo Cedrés que lo tenías que cruzar. Cuando empezamos la escuela íbamos a Zapicán. Nos llevaba mi padre, y teníamos que pasar por un afluente del Olimar, en invierno no podíamos ir a la escuela porque no había cómo pasar el Olimar. Mi padre tenía aquellas “cachilas” así que eran unas cajas con dirección y me acuerdo que el primer invierno que pasamos tuvimos una experiencia de lo más particular. Había un muchacho que habían criado mis abuelos, el “Indio Sosa” le decían, y él iba a caballo, acompañando a mi papá que iba manejando, nos llevaba hasta el borde y el Indio nos cruzaba para el otro lado del arroyo. Ahí nos esperaba un taxi que venía de Zapicán y nos llevaba a la escuela. Era una travesía, a nosotros supongo que nos parecería divertido. Si llovía mucho, como no había carretera, no había camino, había que llegar ahí medio a los “tumbos”. Eso fue el primer invierno. En el siguiente mis padres decidieron que mi mamá se fuera para Batlle y Ordoñez, porque tenía una hermana que vivía allí, y según lo que decían era “más desarrollado” que Zapicán. Íbamos a la escuela y pasamos un año y medio ahí y después nos fuimos para Montevideo porque

mis abuelos decían que “¿Por qué no se vienen para acá, que las chiquilinas van al colegio?”. Ahí nos fuimos para Montevideo y en vacaciones veníamos para Zapicán. Nos fuimos mi mamá y nosotras dos, y mi papá iba y venía, iba y venía, además mi padre era muy familiar, nosotras lo sentíamos muy cerca. Al final terminó yéndose para Montevideo también y entró a trabajar en el Banco República. Arrendaron el campo a unas personas conocidas y nosotros íbamos en vacaciones, pero claro, cada vez vas yendo menos. Cuando las cosas son así tan complicadas y en esos años que no había carretera, ibas en tren hasta Zapicán porque otra cosa no había, y yo digo, “Uno vive las cosas según los tiempos ¿no?”. Lo concreto es que después ya cuando empezamos el liceo se acabaron los viajes, eran solamente en verano, algunas veces, y no todos los meses, porque también les gustaba la playa a mi madre y a mi padre. Lo concreto es que terminamos prácticamente viviendo en Montevideo, y ahí conocí a mi marido.

2- LOS PRIMEROS PASOS EN SAN JOSÉ

Estuvimos seis años de novios y un día resolvimos casarnos. A él le encantaba salir, iba siempre al campo, él sí era de Montevideo. Le gustaba muchísimo salir a cazar y a pescar. Cuando empezamos a pensar en casarnos yo había estado trabajando en una escribanía con una escribana, y él trabajaba en una barraca grande con la familia. Los dos siempre hablábamos del campo y me preguntaba a mí y yo le contaba, y lo concreto es que él se quería independizar y yo la verdad, trabajaba, pero no era lo que me gustaba a mí, el “tramiterío” ese me volvía loca, la verdad no era lo mío.

Nosotros no nos queríamos quedar en casa de ninguno, ni de mis padres ni de los padres de mi esposo, no porque no fueran amorosas personas de cada lado, pero no queríamos. Queríamos que la vida nuestra fuera “la vida nuestra”, entonces dijimos, “tá, vámonos para el campo” que a mi marido le gustaba mucho. Yo siempre tuve ese apego a lo rural, a la gente del medio rural. Como nos habían propuesto regalarnos un apartamento dijimos “¿Y si vendemos el apartamento y compramos algo para afuera, y nos vamos a hacer quinta, a hacer esto, a hacer lo otro?”. Bueno, vendimos el apartamento, empezamos a buscar, acá y allá, fuimos a Canelones a Florida... Entonces, vinimos a dar acá, nos dieron información de que estaba este campo para vender, vinimos a verlo. Lo fantástico es que acá no había luz eléctrica, no había agua... Vinimos para acá en el año 64, nos casamos y nos vinimos. Yo a veces digo, creo que, si yo hubiera sabido, hubiera dicho “Yo así no voy”. Estaba bravo, porque claro, en la casa de mis abuelos había luz de noche porque tenían un molino a viento que cargaba una batería de baterías, entonces teníamos luz para la noche y también había una bomba que extraía agua de un aljibe y entonces subía a un tan-

que y había agua corriente. Pero después que vine acá que no había agua, había que cargar el agua y traerla de ahí enfrente que era donde estaba el tambo. Nosotros no pensábamos hacer ganadería, pero cuando ya nosotros estábamos a días de casarnos vinimos a hablar con el dueño del campo a decirle cuando nos veníamos y nos dice: “Si, pero si ustedes no me compran las vacas yo no les puedo entregar el campo porque tengo que buscar un lugar donde dejarlas”.

En realidad, no teníamos por dónde empezar. Y al final dijimos “¿Qué hacemos? y bueno, vamos a comprar a las vacas”; y compramos las vacas también, mi marido me decía “¿Pero vos algo sabés de esto?”. Y yo le dije a mi esposo “Yo lo único que sé es que dan leche por ahí abajo, pero cómo se hace no tengo la menor idea”. Y nos vinimos para acá y le dijimos al señor que le comprábamos también las vacas, sin saber de lechería absolutamente nada. Yo venía acá y miraba a la gente ordeñar. Había dos ordeñadores. Ordeñaban 60 vacas a mano, sacaban agua de un pozo que había ahí y todo era a balde. Resolvimos preguntarles si ellos se quedaban con nosotros. El ordeño era lo que nos resultaba más difícil de pensar en hacerlo... Les dijimos si ellos se quedaban. Porque para nosotros lo más grave era el ordeño, se ordeñaba a mano, y habíamos hecho todas las inversiones que podríamos haber hecho, entonces había que funcionar sí o sí.

3- NOS VOLVIMOS VERDADEROS TAMBEROS

Aquí son 222 hectáreas. Acá, en este pedazo son 137



Quica Casas.

hectáreas y después hay 85 que están del otro lado, cruzan la carretera a unos 2 kilómetros de acá, este pedazo tiene dos kilómetros de largo, que ya es largo para las vacas del tambo... Es un campo muy particular porque es muy largo y fino, entonces nosotros el tambo en realidad lo hacemos casi todo en este sector de acá porque lo corta un camino que va hacia San José, es un kilómetro y medio más, después del camino ese.

Este rancho sigue siendo básicamente el original, acá no había ventana, había esa rejita de madera y un corredor finito, entonces ¡hacia un frío! porque vinimos en invierno, nosotros nos casamos en otoño. Venía un frío espantoso “¿Y qué hacemos?”, “a lo hecho pecho”, ya estaba todo, y bueno, así fue como nos “encauzamos”. No había mucha pastura ni nada, eran unas poquitas avenas y mucha chirca.

Yo tenía una dualidad porque por un lado me gustaba y por otro lado, las puertas eran de caballeriza... viste que las caballerizas abren la puerta de arriba, a mí me encantaban las puertas esas, yo las encontraba más cálidas, una cosa más original, de época, y las ventanas también, abría las ventanas, no había ventanas con vidrio, quedabas mirando el campo... Lo concreto es que lo que hicimos fue ponerle ventanas al rancho. Tampoco había baño. Las primeras veces que vine calentaba una olla y me bañaba con jarrita. Los primeros baños nuestros acá fueron con tarritos y ollas, pero yo valoro tanto esas cosas. Después hicimos la estufa. En realidad, yo siempre digo, este es un rancho maquillado porque era básico, acá había una habitación, ahí había otra habitación, había una cosa que parecía cocina porque sabía que había un “fogón” y el baño nada.

Compramos una máquina de ordeñar que tenía tres órganos, y ahí fue que hicimos el galpón allá arriba, porque acá se inunda cuando el Cagancha² se “enloquece”, ha entrado mucha agua acá. Ellos ordeñaban con el agua a la mitad de las piernas. El Cagancha es impredecible... no parece, y ahora vas y lo ves y es una lástima el Cagancha³, pero la verdad que cuando hay lluvias importantes, crece, crece y crece.

Entonces, íbamos a hacer casa nosotros allá arriba, pero nos habíamos vuelto verdaderos tamberos y en lugar de vivir mejor hicimos el tambo allá arriba... El principal cambio fue la máquina de ordeñar, nos daba como una tranquilidad la máquina de ordeñar, nos costó que se acostumbraran, porque los mismos muchachos que estaban y ordeñaban a mano acá decían “no, que se nos van a marcar todas las vacas, se nos van a enfermar las vacas... vamos a probar... vamos a ver”, y nosotros les decíamos “esto les va a facilitar el trabajo”, fue todo un trabajo de convencimiento...

Yo siempre me río porque cuando nos dicen, “Pero qué raro ustedes que no han hecho casa”, yo digo “Sí, la

íbamos a hacer, pero hicimos el tambo allá arriba”. Era elegir. Porque allá no llega el agua, está bien en subida, era ideal. Cuando decidimos que no hacíamos la casa, que hacíamos el galpón allá arriba, todavía vivía mi esposo. Estuvimos muchos años juntos, 56 años desde que nos casamos y él falleció hace algunos años ya.

Recién ahora empezamos a criar los terneros machos, porque antes se vendían. Que te pagaban “tres pesos”. Pero se crían con la leche de las vacas, aunque hay suplementos, pero para nosotros, por lo menos los dos primeros meses que las vacas están pariendo y tienen calostro, se crían mucho mejor. Después sí, después le podés dar suplementación y eso.

El destete lo hacemos más o menos a los cuatro o cinco meses, depende de cómo esté el animal, se les va dando sí, o alguna ración o sino pasto, se siembra para ellos que están ahí alrededor del tambo, se les siembra y van alimentándose... Se siembra por lo general alguna pradera, con alguna gramínea, el raigrás es lindo, pero se endurece en cierta época, y la festuca también se pone dura para los terneros chicos. Para las vacas son espectaculares, hace un “piso” sensacional. Nosotros tenemos una chacra que la usamos, hace años que está sembrada... Si viene un agrónomo nos echa del campo, para ellos la festuca no sirve para tambo, es dura... Hacemos avena, pero se hacen las siembras estacionales, avenas, raigrás, ese tipo de cosas, pero hacemos praderas y festucas.

Ahora en casa fallecieron los dos empleados que estuvieron al principio con nosotros. Trabajan cuatro personas: Laura⁴ y el hijo, ellos trabajan en el tambo, y después Julio⁵ y Carlos⁶ que son los que están para el tema de movimiento de tierra, movimiento de ganado y ese tipo de cosas.

4- APRENDIZAJES Y VALORES

Me dio el tiempo para aprender con mi marido mucho, el tema de la maquinaria no, de maquinaria no me gusta... Hay mujeres que sí, pero yo creo que son contadas con los dedos de la mano. Yo lo único que sé es cómo sonaba cuando un tractor vino nuevo y después, cuando tiene un ruido distinto, eso yo se los digo a ellos [empleados] “Miren que el tractor tiene un ruido diferente”, “Miren que ahí algo golpea que no golpeaba antes”... Yo andaba en tractor sí, ahora el tractor es más grande, ando muy poco, como tampoco ando a caballo que antes andaba mucho. Me encanta el caballo, tengo una buena relación con Caramelo, y cuando tiene sed relincha y entonces yo le llevo agua de acá, es una buena relación con Caramelo. Es viejito, no viejito como yo, pero es viejito sí... Ahora no hay más caballos, antes de tener a Caramelo yo tenía una

4) Seudónimo.

5) Seudónimo.

6) Seudónimo.

2) Arroyo Cagancha, ubicado en San José y afluente del río Santa Lucía.

3) Los cursos de agua se vieron afectados por la sequía del 2022.

yegüita. Preciosa era la yegua. Se murió acá. Me dijeron “Véndala porque está para morir”, le digo “No, que se muera acá porque estuvimos tantos años juntas”. A mí me parece que uno tiene que ser fiel hasta con los animales que ha vivido.... El caballo como mueve las orejas, es completamente predecible.

Las personas que estaban trabajando acá nos ayudaron muchísimo. Los empleados que había eran muchachos jóvenes, más jóvenes que nosotros. Nosotros teníamos 24 años y ellos tenían 18, 19, y se quedaron. Ellos vivían aquí. Hay dos galpones acá, y en el otro lado había dos habitaciones y un baño que no era baño, en realidad. Uno a veces se sorprende cómo se puede vivir de forma tan rústica, tan precaria. Porque tenían un baño que era como una taza y después se bañaban en lo que aquí era la “enfriadora”, estaba el tambo todo a lo largo ahí y después había como una piecita donde había una pileta, ahí cuando se ordeñaba se ponían los tarros en agua fría para que enfriara la leche... era una pileta de material, se llenaba de agua y ahí se ponía la leche hasta que venía el camión a levantarla. El agua la sacábamos de un pozo que estaba en frente, con una canilla.

Nosotros la verdad que aprendimos con ellos un montón de cosas sobre el manejo del ganado. Mi marido era de leer mucho, yo me iba con mis vecinos y les preguntaba. Porque para mí no sé si lo aprendí ahí con el tiempo ¡la experiencia es tan valiosa! Cuánta experiencia hay que

ayudaría un montón y no está registrada, si la persona se va esa experiencia se pierde. Yo digo “¡Ay qué impresionante!”, y qué lejos está el interior rural del resto del país, pero yo no hablo solo de Montevideo. A Montevideo hay que sacarlo para afuera, hay que llevarlo a los distintos lugares del campo porque la gente no tiene ni idea... Porque además no se entienden bien muchas cosas, al no conocer la realidad. También sucede al revés, hay realidades de Montevideo que mucha gente no conoce, piensa que Montevideo todo tiene asfaltado, todo tiene agua corriente, y no es así. Montevideo también tiene sus “nudos”... Pero yo creo que, sobre todo para mí, los que más tienen que salir son los técnicos, la gente que se prepara para asesorar a la gente que va a ejecutar cosas... y la gente que va a ejecutar cosas está lejos muchas veces de la facultad, es gente que a veces ha hecho la escuela y otros ni la han terminado. Otros apenas si leen y escriben, entonces ahí hay como una cosa “oscura” que no permite que nos comprendamos mutuamente.

Como te decía, nosotros aprendimos mucho con la gente acá, y el trabajo era otro... Eso se va perdiendo, yo me llevo muy bien con mis vecinos, siempre les digo lo mismo a ellos [los empleados], los vecinos son como la familia más cercana que uno tiene, así que “Ustedes todo lo que haya que resolver se resuelve buenamente, en las mejores, de la mejor manera, con la paciencia que se tenga que tener, pero los vecinos son sagrados”. Para



Rodeo lechero pastoreando pradera (Paysandú).

mí los vecinos son sagrados, y los empleados también, le damos mucho valor a los empleados... Acá en casa trabaja un muchacho que le tiene terror a las abejas, ¡terror! y yo tengo amistad con un apicultor que pone en las praderas de acá. Para polinizar las praderas son espectaculares. Él viene a veces en la camioneta y trae algunas colmenas para cambiar, para mover y qué sé yo, y algunas abejas quedan por acá, y Carlos se pone como loco, se saca la gorra y empieza “pa, pa, pa”⁷, le digo “Carlos, déjalas quietas, si vos las dejás quietas la abeja no te hace nada, además la abeja si vos le tenés miedo sabe, vos emanás y la abeja sabe que vos le tenés miedo y te va a picar”. Parece loco. Yo a las abejas acá que entran a veces las agarro y les pongo un vasito, les paso un papel por abajo y las sacó para afuera. Él las mata, las aplasta, le digo “Son valiosísimas, si no tuviéramos abejas no sé lo que sería, no habría frutas, flores, nada”... y no hay caso, es como una cosa “visceral”, oye una y ya empieza con la gorra. Le digo “Tranquilo porque la abeja si vos te quedás tranquilo no va a venir”, pues no señor, anda tan así, tan así, y con la gorra en la mano que vienen las abejas y lo pican a él, si a alguien pican, lo pican a él. Pero son cosas que uno aprende y si tiene gente al lado que lo va enseñando hace mucho más fácil el camino. Él hace años que está, si le preguntas te va a decir lo que ha vivido y lo que le ha pasado y vas a ver que te ayuda como “libro abierto”.

Él es mucho más joven que yo, tiene cuarenta y pocos años, pero además es un muchacho que ha andado por todos lados, ha estado en Estados Unidos. Ha trabajado en todo el Uruguay, y acá encuentra su lugar... Pero ya te digo, yo creo que la gente cuando viene acá a veces menosprecia la forma de expresarse de la gente, y se deja llevar mucho por eso “son unos canarios brutos”, hay gente que dice eso... Y claro, él tuvo otra experiencia de vida en otros lugares, y le digo “Mirá Carlos, vos escúchalos y vas a ver qué vas a aprender un montón de cosas que te van a ayudar en el trabajo, trabajos acá o trabajos en otro lado, siempre te vas a llevar cosas que te van a ayudar donde quiera que estés”. Le cuesta, la gente muy citadina cree eso, que el paisano es un “paisano bruto”...

5- CAMBIOS EN LAS CONDICIONES DE TRABAJO Y LA DIVISIÓN DEL TRABAJO ENTRE MUJERES Y VARONES

En los 56 años que hace que yo estoy acá, el trabajo cambió mucho. Era “años luz” de lo que es ahora. Cuando vinimos a los pocos años, ocho o diez años, se empezaba a hacer silo, porque se reservaba el maíz por ejemplo en parvas, las “pirvas” que decían acá, y se “deschalaban”⁸ y se molía el grano en un molino que había ahí. Así se alimen-

taba el ganado. Eso de comprar las raciones preparadas y con asesoramiento y “qué se yo”, no había; y había un sistema de trabajo que a mí me encantaba, porque iban a ensilar o a enfadar en algún lugar, allá salíamos los vecinos y ayudábamos y todos juntos se hacía ese trabajo. Después cuando a los otros les tocaba el momento de hacer ese mismo trabajo todos iban, había como una especie de red, de cooperación, que era sumamente interesante porque además había un relacionamiento muy especial, se creaba como un grupo... Me acuerdo que la gente a mí me decía “la señora de Sierra” y me llamaba tanto la atención que me dijeran así, y yo decía “Yo me llamo Quica”. Les costaba, a las mujeres y a los hombres también, y les llamaba la atención mucho que a mí me gustaba involucrarme en el trabajo con los empleados y con mi marido, porque las mujeres trabajan, pero por lo general, lo que yo veía era que ellas hacían lo que el marido dejaba de hacer para hacer otro trabajo. Por ejemplo, si iba a la chacra a arar o algo así, la señora iba y “deschalaba” en la “pirva”, “deschalaba” ella, juntaba los choclos para que después se molieran, se utilizaran como se fueran a utilizar, o llevaba a las vacas u ordeñaba...

Yo creo que en lo que veía más colaboración entre las parejas era en el ordeño, a veces el hombre terminaba antes, venía y ayudaba y eso, pero en casa mi marido no ordeñaba porque no sabía en realidad. Teníamos los ordeñadores, y yo iba al tambo, iba a ver, a veces conversaba con ellos y les preguntaba, a ellos les llamaba la atención “Pero usted es de Montevideo, mire si se va a trabajar aquí”. Porque querían que yo trajera agua de ahí de donde estaba el pozo que tenía una canilla, tenía que traer agua para casa. Cuando recién vinimos no había agua corriente acá, después nosotros instalamos un tanque, como forma de traer agua a la casa. Pero las primeras veces, mi marido me traía agua, pero a mí se me acababa el agua ¿y qué iba a hacer? ¿Iba a sentarme a esperar? Entonces yo observaba que ellos para mover los tarros de leche, que el tarro en sí pesaba 30 kilos y le echaban arriba 30 litros, entonces lo giraban, y así era cómo yo, primero hacía, giraba y traía de allá hasta acá... media hora, tres cuartos de hora para traer el tarro de allá para acá, y un día digo “pero esto no puede ser, yo no puedo estar trayendo agua... media hora para poder traer agua”, que además había que traer mucha, 30 litros se van rapidísimo. Y un día digo “no puede ser que yo pase como media hora para traer un tarro de 30 litros”. Claro que el tarro pesaba 30 kilos porque era “gruesísimo”. Y un día “agarro marcha atrás” con el tarro y yo digo “Yo voy a probar otro sistema”, lo llené y agarré marcha atrás, no sabes con la velocidad que venía, y le dije a mi esposo “¡No sabés qué descubrí!”, “¿Qué descubriste?” me dice él, y yo “Que tengo una marcha atrás impresionante”. Porque la verdad que nunca pensé que podía ser tanto más efectiva de esa manera y no de la otra que ellos la

7) Hace gestos de espantar a las abejas simulando sacudir la gorra a un lado y otro.

8) Término que refiere a la acción de quitar la chala de la mazorca del maíz.

usaban. Claro ellos la usaban para un pedacito porque cargaban la leche en el tarro que ordeñaban y lo dejaban bien cerquita de donde estaba el pozo de agua, entonces después llegaba un camión y los levantaba de ahí, pero yo venía de allá para acá.

Las tareas se fueron simplificando, sobre todo se agilizan más las cosas. Aquí hicimos lo tradicional, mover la tierra, sembrar, esperar que lloviera. Ahora también esperamos que llueva, en eso no hay mucha diferencia. Ahora la maquinaria es más sofisticada, si no la tenés, contratás, viene un sembrador que siembra. En casa por ejemplo, como sembradora no hay, se contrata. Tenemos una persona excelente, pero a veces vos tenés todo pronto y él te dice, “Tengo que terminarle primero a fulano que me dijo antes”. “Ta, macanudo”, son pocos días, la maquinaria sin dudas que ha agilizado muchas cosas. El ordeño por ejemplo, tenemos tanque de frío, saca pezonera, todo ese tipo de cosas que da la impresión, hasta que se te rompe, que te facilita las cosas, y el personal se va acostumbrando.

Nosotros nunca hicimos queso, porque cuando entramos, este señor remitía a Conaprole y nosotros seguimos la misma línea. Nos dieron otra matrícula y remitimos desde que empezamos. Yo ordeñar nunca ordeñé, me hubiera encantado... pero llegué a “pisar silo”, ahora no, en la época que el silo se hacía pisándolo con el tractor. Se hacía el silo y se tapaba después con una capa, ahora no, ahora es todo maquinaria, contratás maquinaria y vienen y te ensilan y te dejan la bolsa ahí. Después uno lo da, nosotros tenemos para dar el silo, porque si no nosotros todo lo dábamos con horquilla.

A mí me gustaba además, porque uno si no lo hace no sabe el trabajo que da. Eso yo lo tengo clarísimo, y ahora me llaman, cada cosa me consultan, y yo los acompaño mucho porque primero que me gusta, y después que es diferente cuando vos hacés las cosas cuando estás con ellos, no es que trabajes más ni menos, pero es distinto, y valoran que vos estés, que no tendrías por qué estar, según ellos. Si tendrás “por qué”, vos tenés más “por qué” que ellos, sí, porque vos lo que estás cuidando es tu patrimonio, es tu “tierrita” que tenés, entonces vamos a entendernos, yo detesto que les digan a la gente “No, la patrona está allá”, yo no soy patrona de nada, soy dueña de esto porque la suerte nos lo permitió, pero yo sin ellos no haría nada.

6- ANTE LOS ACCIDENTES Y LOS PROBLEMAS DE SALUD

Yo a veces me preocupo porque digo, yo asumo las cosas de una manera muy particular, tanto cuando faltó mi madre, mi padre... yo era una cosa que, bueno, es la vida, uno está vivo y en algún momento se va a morir. Cuando “faltó” mi esposo yo la verdad que dije, bueno, lo peor que me podría pasar era haberlo visto sufrir, yo eso lo tengo

claro, creo que uno no puede aferrarse a una persona que está sufriendo. Y él era diabético de muchos años, cuando nos casamos él se dio cuenta un día que fuimos a tomar algo, y tomábamos una soda en Montevideo y él se liquidó el sifón, porque nos traían sifón, y después pidió agua mineral y dice “Vos sabés que me llama la atención la cantidad de agua que estoy tomando”. Y él padre era médico, fue y le dijo “Ya mismo a hacerte un análisis de orina y sangre”, y ahí fue que supo que era diabético. Y vivió plenamente, los años que vivimos juntos, él se daba sus inyecciones, vivíamos, comía lo que quería y se regulaba la insulina. Yo nunca vi un diabético que hiciera eso, otros diabéticos que vos hablabas con ellos y te decían “No, como tal o cual cosa...”. Lo vi algunas veces con “bajón de azúcar” como me decía él y realmente eran feos de ver, porque le venía una sudoración, se ponía “flojito, flojito” venía del campo derecho a comer azúcar y así, después ya se regulaba bien, sabía más o menos conocerse, la verdad que como diabético vivió espectacularmente bien.

Una vez estábamos en el tambo y él inseminaba, entraba en el tubo a la vaca, le ponían un hierro para que la vaca no reculara y él ahí inseminaba, tenía la mano puesta sobre el hierro, la vaca levanta la pata y lo pateo. Le dejó tres dedos colgando, una cosa horrorosa. Lo sentamos, quedó pálido, pálido, lo sentamos casi que pierde el conocimiento y le digo a mi marido “Vamos al médico”, “Sí” me dijo. Lo subí al auto, fui con uno de los muchachos que hace 24 años que está acá y yo manejaba y él al lado mío me dice “Me los van a amputar”, le digo yo “¿Vos sos médico?”. Yo le veía los dedos, estaban destrozados, lo llevamos acá a la mutualista, ahí le hicieron una cura. Una cosa le pusieron para ver qué podía pasar. Y vino mi suegro a buscarlo y a Montevideo, le hicieron una operación en IMPASA, se la hizo una médica que trabajaba en el Hospital del Banco de Seguros, Le dejaron tan bien esos dedos, se los armaron, una cosa increíble, yo le digo “La verdad qué suerte”, porque él estaba convencido que le iban a cortar los dedos. Me quedé asombrada, yo digo “Pero qué suerte que haya gente con esta capacidad”, realmente, pero de hecho él tuvo una vida muy sana. En realidad cuando falleció fue que, estaba acá, no quería ir al médico, tenía como un estado gripal, le digo “Esto no da para más”. Un día se levanta, apenas caminaba, le digo “Esto, se acabó, a la camioneta y nos vamos para Montevideo”, lo llevé, cuando llegamos a IMPASA no se podía bajar, igual, ahí no tuvo recuperación, yo me vine para acá enseguida.

7- NUESTRAS HIJAS Y LAS MUJERES DE LA FAMILIA

Yo me vinculé en Montevideo porque iba muy seguido, porque las chiquilinas se fueron para Montevideo a la escuela. A mí me parecía que acá la escuela era como

“muy pobre”, yo tenía empleados acá y siempre me vinculé muy bien con los empleados, yo te diría que tenía amistad con ellos, entonces los hijos formaban parte de toda la familia que había en el tambo, y yo veía la capacitación de los chiquilines acá “era pobre”. Había tres niños, no eran ningunos “tontos”, pero me daba la impresión de que era muy limitado. No sé si era un problema dentro de la escuela y que eso después terminaba involucrando a todos los que iban, o que con mi esposo pensamos que a [Villa] Rodríguez todos los días había que ir y venir, ir y venir. Al final les dijimos si querían ir a Montevideo con la abuela. Ya las chiquilinas eran más grandecitas. Yo tuve suerte con las dos mujeres que me tocaron, una directa y la otra indirectamente, mi mamá era un tesoro de mujer, mi suegra también, un encanto. Mi suegro no tanto, con mi suegro teníamos algunos “encontronazos”, la culpa era mía porque yo no podía con mi inquietud por decir lo que pienso y no quedar como que estoy de acuerdo. Yo le decía “Si no estoy de acuerdo no estoy de acuerdo, vos perdóname, y tengo mis razones, a lo mejor usted me convence, pero primero vamos a conversar”. Pobre mi suegro, sí, porque yo estoy segura que ellos no pensaban que iban a tener una nuera así. Mi suegra sí, yo creo que me conoció desde el principio, pero mi suegro no. Él era “el doctor”. Pero mi suegra era muy buena, buenísima. Lo concreto es que mis hijas iban, nosotros las “poníamos” en el ómnibus, los lunes las mandábamos a Montevideo, y después los viernes las “ponían” en el ómnibus y nosotros las recogíamos acá, e íbamos bastante más seguido, íbamos y nos quedábamos allá una noche y qué sé yo. A la vez me daba pena, pero no me arrepiento, porque ellas, por suerte fueron buenas estudiantes...

Después yo iba sola, a veces mi marido no podía ir. Tratábamos por lo menos dos veces en la semana antes de encontrarnos los fines de semana, íbamos dos veces, si podíamos íbamos tres... Fue así escuela y liceo.

Primero cuando íbamos nosotros a Montevideo las inscribimos en la Asociación Cristiana, entonces los días que íbamos a Montevideo si nos quedábamos dos días ahí ellas iban ahí, y después o las llevaba mi mamá o mi suegra. Era un poco para que se fueran haciendo a un régimen muy diferente al de acá.

8- EL GRUPO DE MUJERES DEL ÁREA RURAL LECHERA DE SAN JOSÉ: LOS COMIENZOS Y EL PRESENTE

Mi esposo era gremialista, estaba en la Asociación Nacional de Productores de Leche. Como iba mucho a Montevideo, no sé cómo se vinculó con algunos y le dijeron “¿Por qué no venís a la Asociación?”. Él empezó a ir como un participante nomás, pero después lo invitaron para estar en la directiva, ser parte de los 29 que es como una especie

de Asamblea que hacen. Lo concreto es que discutíamos un montón porque teníamos enfoques bastante diferentes, él después por suerte cambió, porque yo siempre digo que los intereses económicos hacen su presión. Es difícil que a una persona no le prevalezcan, a veces me hago un juicio que no tengo derecho a hacérmelo, yo conozco productores grandes que a veces no están en ningún lado, están solo en su lugar y son buena gente con sus empleados.

Discutíamos mucho porque yo le decía que eso tenía que ser una cosa más de la gente del campo, muchos productores vivían en Montevideo o vivían en la ciudades, es muy común que el productor grande viva o en las ciudades del departamento o en Montevideo. Lo cierto es que mi esposo entró en la gremial y tenía bastantes encontronazos, porque él, a la vez era una persona acostumbrada también a opinar lo que opinaba, lo que él pensaba que debía ser.

El grupo nuestro nació porque se hacía la Fiesta de la Leche en San José y nosotros ya nos habíamos nucleado como grupo. En realidad trabajando y organizándonos éramos unas cinco o seis mujeres, pero después invitábamos a muy distintas actividades. Nosotras empezamos por el tema de la salud, no te falla, al tema de la salud las mujeres te responden, entonces hicimos acuerdos con distintas instituciones, venían y daban charlas acá en las distintas zonas... Yo tengo materiales impresionantes. Debería ser por los 60 y pico largos o los 70. Entonces propusimos armar un grupo de mujeres del área lechera. Ya había un grupo bastante sólido acá en San José. Las mujeres respondían a las invitaciones que se les hacían pero no se les ocurría en su zona nuclearse. Lo concreto es que nosotras ya estábamos bastante sólidas con la contribución de muchas organizaciones de Montevideo, con Mujer Ahora⁹, con GRECMU¹⁰, por ejemplo.

Como grupo nos desarrollamos mucho en el tiempo de la dictadura, no porque la dictadura nos viera con simpatía sino porque desconocían totalmente, por suerte. A mí me parece que la dictadura se sintió mucho más en las ciudades que en el interior. En el interior daban por hecho que no había organizaciones, una estupidez ¿no? Porque bien podría proliferar, pero no se vivió lo que se vivió en Montevideo.

Este año¹¹, los grupos de mujeres de San José hicimos un festejo, el día de la mujer rural, y nos pareció que era buena cosa pedirles a las escuelas rurales cercanas a los distintos grupos, invitar a los chiquilines a que dijeran qué era para ellos una mujer rural. Cinco escuelas trabajaron, pero mandaron unas cosas tan preciosas, hicieron artesanías, ¡lindísimo, lindísimo!. Nos quedamos tan “chochas” que ahora compramos unos arbolitos para llevarles a las

9) “Mujer Ahora” es una cooperativa de trabajo de mujeres feministas que se dedica a la defensa y promoción de los derechos humanos de las mujeres, fundada en 1989.

10) GRECMU: Grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer en Uruguay.

11) 2020.

escuelas de regalo y unos libritos de Mafalda. Y estamos preparándonos para hacer el recorrido por las escuelitas y agradecerles los trabajos, preciosos trabajos. Con algunos era más bien redacción, otros eran dibujitos, pero lindísimos, porque me parece que, lo que decíamos nosotros, esto nace “desde el pie”. El machismo en el medio rural sigue, no voy a decir que no, pero hay mujeres que van despertando, ya sea por la televisión, por lo que oyen, claro ven mucha telenovela que es lo que a uno le preocupa, pero se va notando cierto cambio. De hecho hay unos cuantos grupos. No es el caso nuestro ni de algunos otros grupos, pero primero se involucran por hacer algún proyecto propio productivo porque la mujer agarra muy poca plata de su casa. A mí lo que me despertó fue eso, ver lo dependientes que eran las mujeres... era raro una mujer que dijera “no, yo manejo...”. O era hija de y la tierra era de ella, pero la mayor parte de los casos eran mujeres muy dependientes.

9- “¡QUÉ LEJOS ESTÁ EL INTERIOR RURAL DEL RESTO DEL PAÍS!”

Yo digo “¡Ay qué impresionante!”, y qué lejos está el interior rural del resto del país, pero yo no hablo solo de Montevideo. Tenemos que tratar de comprendernos mutuamente.

Las amigas de Montevideo terminamos dejando de vernos porque ellas no venían, cuando yo iba a Montevideo alguna vez decía “Vamos a juntarnos”, y me decían “¿Todavía vivís allá?”. Claro, porque vinieron una vez, nunca más, nunca más... “¿Y qué es de tu vida?” “¿Estás siempre allá?”. Es mi casa, pero para ellas era otro país “¡Ay qué imponente!” me decían. En realidad yo decía “Lo que se están perdiendo estas mujeres”...

María Picardo

Un sube y baja en el agro

Autora: Fátima Escaron

Paula Florit

Soc. Dpto. Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República.

paula.florit@cienciassociales.edu.uy

María Picardo

Productora ganadera-lechera del departamento de Florida.

1- ME CRIÉ EN LA ESTANCIA

Yo me crié en una estancia a 10 km de Sarandí Grande. En la estancia viví desde que tenía 15 días, mis 2 hermanas eran más grandes, hay una diferencia grande de edades. Toda mi infancia la viví ahí como mi casa, los patrones no era que me hubieran adoptado pero era la nena de la estancia. Ellos tienen un negocio en Montevideo, iban a la estancia el fin de semana.

Fui los 6 años a la Escuela 81 que me quedaba a 7 kilómetros. Los primeros 3 años me llevaban en moto y luego en bicicleta, con un vecino que hacía 4 km y a los 4 km “enganchábamos” e íbamos en bici los dos. Era normal, si bien éramos chicos, era normal, íbamos conversando juntos. Me llevaba una hora de viaje, a la vuelta demoraba un poco menos porque estaba la novela y no me la perdía, así que venía volando. Dos por tres teníamos unos vecinos

Para mí volver al campo es la paz y ser feliz, volver para caminar en el campo y quedarme ahí.

que ellos hacían viaje de balastro, ellos tenían camión y cuando escuchaba que prendían el camión, salía volando, para que me vieran en la bici y me llevaran, jera como sacar el 5 de oro!. De ahí al liceo de Sarandí que siempre fui en moto.

Mi infancia siempre era atrás de los “bichos”, los caballos. La estancia eran potreros grandes y era todo alambrado de siete hebras. Siempre como hija, ayudas a tus padres, mi hermana grande se había ido y la otra prefería ayudar a mamá, a limpiar en la casa de los patrones y yo siempre prefería afuera, había patios grandes, enormes y yo siempre prefería cortar el pasto, regar las plantas no, no me gustaba, cortar el pasto, trabajo en las mangas, había un tractorcito chico y andaba en el tractor, si había que alambrear yo “pisoneaba”¹, alcanzaba los piques, hacía trabajos de ovejas también, vacunar las ovejas, todas

1) Término que refiere a utilizar el pisón para apretar la tierra.

esas tareas las iba haciendo. Pero tenía que demostrarlo, mostrar que podía con el campo, porque la crianza mía, fue medio que la mujer sirve para la casa y criar a los gurises y el hombre afuera.

Mis padres nunca fueron pudientes, nunca faltó comida, pero si se me antojaba un buzo o una campera, me gustaba ganarlo, no era pedirles “comprenme”. Entonces preguntaba “¿No hay ninguna changa para hacer?”. Y entonces sí, hay que rastrillar todos los patios enormes, entonces yo rastrillaba, hacía las tareas como un peón común y me pagaban, y con esa plata me compraba lo que quería. Siempre tuve esa ambición de tener lo mío.

Una de las cosas que me acuerdo de los 5 años, es que mi hermana tenía 15 y si querían ir al baile estaban una semana para que mis padres les confirmaran si podían ir y el dinero para la entrada. Entonces, cuando yo tenía 14 años limpiaba dos veces por semana la casa de la vecina más cerca, que eran 4 km, y yo ya tenía mi plata. Entonces para ir a un baile lo único que me tenían que decir era sí o no, porque la plata para la entrada ya la tenía. Cuando arranqué con 14 años a limpiar fue en realidad en una estancia, estaban haciendo arreglos y los dueños eran dos veteranos. Cuando tenía 17, limpiaba 2 veces por semana la casa de una muchacha, ahí agarré de niñera y me quedaba de noche, cuando me levantaba y a las 10 de la mañana, abría un bar donde trabajaba, y después yo me iba volando a la estancia, a bañarme, a comer e ir al liceo. Muchas veces me pasaba eso que estaba cansada, me acostaba a dormir y ya la primera hora llegaba tarde, entonces matemáticas la perdí por faltas. También fui encargada de una zapatería.

2- ME CRIÉ AHÍ, PERO FUI CAMBIANDO MIS IDEAS

Mis padres eran de familias muy humildes. Cuando se casaron fueron a una estancia que estuvo papá que le habían dado “bichos”, los crió y compró una casa. Ellos vivieron en un montón de lados, mis hermanas hacían un año en cada escuela. Se estabilizaron en esta estancia donde nací yo, fueron cambiando una casa por otra hasta que llegaron a tener una platita y compraron esas 16 hectáreas donde estamos yo y mi papá. Era tierra pelada y una tapera que no era habitable pero para un asalariado era ¡tener un campo!

Después se hizo una casa de MEVIR², y cuando ellos se separaron ese campo se dividió en dos, mamá quedó con plata y las 5 hectáreas que estoy yo, y papá se quedó con 11 hectáreas y la casa de MEVIR. Hoy son campos separados, pero fue comprado todo junto.

En mi cabeza, desde chica cuando estaba en la es-

tancia, mi cabeza era que yo en algún momento iba a quedarme en la estancia con un marido tipo capataz de la estancia, seguir lo mismo que mi padre. La estancia era mi casa, me crié ahí y yo adoro ese lugar. Pero claro, fui cambiando mis ideas...

Mamá cocinaba para nosotros, para el peón y cuando venían los patrones tenía que limpiar la casa, atenderlos a ellos y cocinarle. Mamá era cocinera pero ganaba muy poquito y papá era capataz y ganaba más, entonces los “bichos” los compraba él. Ella tenía un sueldito y con eso tenía que mantenernos a nosotras. Mamá se quería comprar una crema para la cara y no podía, entonces no me gusta que las mujeres dependan de sus maridos y no es que la plata sea todo, pero cuando tenés tu plata es distinto.

Yo tenía muy buen vínculo con papá y era más allegada a papá que a mamá. Con mamá siempre me llevé bien pero cuando se separaron mi vínculo cambió. Cuando íbamos a la escuela “Pórtense bien, porque son las hijas de”, muy estructuradas, había que estudiar, no tener muchos novios...

Cuando me enteré fue a los 3 días de cumplir 15 años, ¡me dolió mucho! Me hicieron el cumpleaños y todo, mamá ya sabía y me lo hicieron entre los dos... Mirar ese video, la familia, abrazos, abrazar a mamá lo veía como una farsa. Ellos quisieron seguir con eso para no arruinarme el cumpleaños.

Yo lo tomé como más para el lado rebelde, ya el estudio no tenía esa presión y la relación cambió un montón, empecé a ser más frontal, nos hemos peleado y estado meses sin hablar. Con los nietos la relación volvió a cambiar, le han pasado un montón de cosas y por ahí él se da cuenta un poco de los errores, cosas que las podría haber evitado, quedó solo y entonces, si bien la relación cambió, no es mala.

Con mamá tenemos una relación buena, siempre me ha apoyado en todo, además es muy católica, muy de tratar de poner “paños fríos” en una situación. Ella se casó de nuevo y tiene un compañero en Florida. Como que empezó a vivir la vida, era la típica que estaba siempre, limpiaba, cocinaba, era como muy retraída. Entonces cuando mis padres se separan yo me dediqué a apoyar más a mamá, que saliera a los bailes, “Tu vida no se termina acá” le decía. Si mirás las fotos de antes, de cuando nosotras éramos chicas, parecía más vieja, se cortaban el pelo cortito, la ropa muy formal y su sueldo era siempre para nosotras tres. ¡Tenía 40 años!

Se separaron y quedaron viviendo juntos, o sea papá dormía en otro dormitorio, pero siguieron trabajando juntos. Quedaron trabajando juntos, los almuerzos al mediodía eran un caos, porque no eran que discutían de violencia fuerte, pero ponele que se ponían a recalcar cosas y porque esto y por lo otro, y siempre me metían a mí en el medio. Yo trabajaba mucho y estudiaba, llegaba a tomar mate, a sestear... No a aguantarme a ellos. Entonces con 18 años

2) MEVIR es una política nacional de apoyo a la vivienda en el medio rural creada con el fin de erradicar la vivienda insalubre en ese medio.

me fui. Después mamá conoce a una persona re bien, se casa y se va. Yo creo que papá nunca pensó que mamá se iba a ir, pensó que siempre iba a estar ahí. Eso le hizo ver las cosas.

3- ME FUI DEL CAMPO

Cuando me mudé a los 18 años alquilaba una casa y a su vez, le alquilaba a otra gente los cuartos que no usaba. Cuando me mudé mi padre no estaba de acuerdo con eso, para él yo quería ir para el pueblo a “andar con hombres” y yo quería comer y sestear, no estaba para aguantarlos a ellos. Entonces teniendo la camioneta de la estancia a mí no me hizo la mudanza, yo la hice con un taxi. Tuve pila de tiempo la ropa en caja porque no tenía ropero y me prestaron heladera, cocina y todo porque yo estaba mal. Pero fue lo mejor que pude haber hecho porque fue una experiencia, aprendí mucho.

Me alquilé una casa en Sarandí Grande y me fui. Me hubiera gustado estudiar veterinaria... “Ta” dije... “Si no me pueden mandar...” y empecé a no prestarle tanta atención al estudio. Me dediqué a trabajar.

Con 19 años conocí a mi marido que tenía 22. Lo conocí por Facebook y nos pusimos a conversar, él quería estudiar veterinaria como yo pero no podía. Si hubiéramos tenido otras oportunidades para estudiar, tal vez nunca nos hubiéramos conocido. Me meto a “darle púa” “Yo estoy alquilando, venís para casa y trabajas y estudias”, “Por qué no haces la Agraria acá que es una carrera terciaria”. En mi cabeza no era que yo quería vivir con él como pareja, mi cabeza era le doy una mano para que estudie, no me interesaba estar en ese momento en pareja con nadie, estaba tan bien viviendo sola que me imaginaba seguir haciendo mi vida.

Ahí arrancamos, yo viajaba para Florida a estudiar administración y trabajaba, y él estudiaba y trabajaba. Después nos tuvimos que mudar, estuvimos un año y algo en la casa de mi padre en campaña. Las cosas se complicaron, las cuentas se habían empezado a amontonar, él dormía 2 horas y a fin de año quedé embarazada. Él siguió la Agraria y yo dejé de trabajar y estudiar porque pasé un embarazo malísimo.

En un principio, cuando quedé embarazada en una época muy complicada, no sabía qué iba a pasar, jóvenes, cómo decirle a papá que estaba embarazada, estábamos estudiando los dos. Lo primero que se me ocurría era que le voy a dar de comer, porque yo como fideos blancos para estudiar, cómo le voy a comprar ropa.

Me acuerdo de que una mujer en Montevideo tenía gemelas y vendía un lote de prendas que me quedaba 40 pesos cada una, ropa cara, quedó divina, era una muñeca ella, nada más que todos los conjuntos eran iguales. Le pagué la mitad del lote y la otra mitad para pagar al mes.

El lote violeta me lo quedaba, el rosado lo vendía. Me hice una página en Facebook y vendía el lote al doble, volando para pagar la otra mitad. Si hay dos pasiones que tengo son el campo y vender. Lo que sea, pero me encanta vender.

No teníamos cocina, pero yo fui a lo de un hombre que vendía masitas en bandejas y le digo “Voy a empezar a hacer espejitos”. Y eran bandejas y bandejas, una panza enorme y un alto así de tapas de espejito y bizcochito. Vendía eso y con eso iba comprando pañales y otras cosas. Llegó un momento que hacíamos viandas para vender cordero relleno, cazuela, siempre buscando la vuelta, vendía ropa, vendí medias puerta a puerta... En un momento vendimos el auto porque las cuentas había que pagarlas y no teníamos. Para sobrevivir hice un montón de cosas porque si preciso plata, algo hago. Nosotros tenemos eso de que siempre quisimos salir adelante. Todo es cuestión de la cabeza, las redes sociales “a full”, tenés que tener eso o te morís de hambre.

Al año y poco, nos mudamos de nuevo para el pueblo, alquilé una casa y abro una tiendita chica. Mi marido se recibió y cuando mi hija estaba arrancando para caminar y yo me había anotado en el nocturno, me entero que estaba embarazada de mi hijo.

Tuve un altibajo emocional en esos años. En un momento me empecé a cuestionar y digo “Pah, tengo 21 años, estoy embarazada, no terminé de estudiar, no tengo el Liceo terminado, ¿qué hago si me divorcio? ¿para dónde



María Picardo.

voy?”. En un momento pensé: “Quedé embarazada, acá me quedo”. Pero no, sé que el campo es lo mío... Cuando mi hijo tuvo un año y poquito nos planteamos que queríamos vivir en el campo y hacer algo para nosotros.

4- HACER MI VIDA EN EL CAMPO

A mí vivir en el pueblo no me gustaba, criar a los gurises tampoco y necesitaba hacer algo para mí. Siempre busqué hacer mi vida en el campo. Y ahí surge la posibilidad de arrendarle a mamá, que eran 5 hectáreas nada más y una tapera, al lado de donde está papá. Había agua en la casa, pero en el campo no había agua, no habían alambrados, no había nada. Nos mudamos para ahí, tuvimos que arreglar un montón de cosas, hacer el baño nuevo, hacer piso, todo...

La idea en un principio era vivir ahí nomás en el campo. Al campo no teníamos qué echarle, entonces a papá que vivía en el fondo y estaba jubilado le prestamos campo para que echara ovejas, entonces él nos ofrece dos vacas prestadas. Nosotros nunca habíamos criado terneros porque donde yo me crié era un establecimiento ganadero, no tenía eso de criar terneros Holando. Dijimos que sí, dos vacas lecheras para parir y teníamos una hectárea y media bastante pelada. Paren las vacas y había que comprarle el ternero, y no teníamos plata y todos los tambos de la vuelta estaban ya comprometidos con terneros³. Juntando monedas compramos terneros y empezamos a criar y diez mil sacrificios. ¡Era un dolor comprar una bolsa de ración! A veces no teníamos más que arroz para comer, era un momento crítico y además teníamos a los niños. Ese primer año sacamos 16 terneros y cuando los fui a vender los escritorios te los loteaban y te ofrecían poca plata y yo no, yo quería vender a tantos dólares, y soy muy de hacer valer lo mío. Me dijeron que no y les dije “Ta, no los vendo”, los aguanté y los tuve de octubre hasta marzo. En marzo un productor de la zona los fue a ver y como el lote era parejo, me pagó lo que yo pedía, los vendí a lo que quería, al kilo. Bueno, esa fue la primera plata grande que vimos, mil y algo de dólares.

Pero la vida del productor rural no es fácil. ¡Nos quedamos sin agua! No teníamos plata, los bancos no te prestaban porque si decís que tenés cinco hectáreas ni existís, nosotros estábamos tapados de crédito, tuvimos que “malvender bichos”. Nos quedamos sin agua hasta para consumo, estuvimos 3 meses, todo el verano teniendo que ir a buscar agua a la casa de los vecinos, para consumo y para los pocos “bichos” que había. Quedé “en la lona”, al punto que dije “Me voy, me voy del campo”. Ya no aguantaba vivir así con los chiquilines, no podía bañarlos bien, no podía lavar la ropa bien, yo parecía cualquier cosa, la

camioneta se había roto toda de andar con los tanques de agua, vergüenza de ir a pedir a los vecinos. A todo esto, un miembro de la iglesia, que hacía 3 meses que nos conocía, nos dice hagan el pozo que yo se los pago y ustedes me lo pagan como puedan. Estuvimos 15 días para contestarle, porque había que pedirle la plata y como se la devolvíamos a la plata. Ese fue el primer desafío enorme que tuvimos “¿Me quedo o me voy? ¿qué hago?” En un campo que no era nuestro, no teníamos un peso, recién arrancando, pidiéndole a un desconocido. Así se hizo el pozo, con la plata del muchacho, nosotros se lo vamos pagando.

Ahí empezamos, cada plata que se hacía, íbamos comprando algún ternero más, ibas comprando algo más de ración. Después pasó que teníamos un lote de terneros y lo dejábamos porque a este lo voy a criar y pasaba la semana y decías “Lo voy a vender, porque no lo puedo aguantar”. Entonces llegó un momento que para que el negocio levantara hicimos negocio con las redes sociales, con Facebook, me manejé con todo el Uruguay. En Sarandí no existía que gente de Melo te viniera a buscar un ternero, y a mí me ha pasado de vender a gente de Melo, de Tacuarembó, de Montevideo. En un punto el ternero llegó a ser la principal fuente de ingresos de casa, pero todo a través de las redes.

Empecé por necesidad, se me da por publicar “Tengo 3 terneros” al doble de lo que los había comprado una semana antes, y un productor de Canelones los compró y los vino a buscar. Habíamos ido en el auto a buscarlos y los trajimos maneados en el asiento de atrás, tres terneros, llegaron, subí la foto y los vendí. Ahí fui a un tambo más cerca y compramos tres terneros más. Así empiezo a arriesgarme un poco más y llegó a un punto que llegué a ser una de las compradoras más grande en Sarandí de terneros. De que no me vendieran un ternero en los tambos, a ser una de las “ternereras” más grandes.

Seguimos, compramos el camioncito, hicimos unas barandas de madera, porque no nos daba hacer unas barandas de fierro, y ahí empezamos a comprar, lotes de 20 terneros, los publicábamos y los vendíamos. Siempre teníamos que ver de a esos terneros traerlos hoy y venderlos a más tardar mañana de mañana, sino no tenía cómo darles leche. Uno de los años que se movió más llegamos a mover 1.300 terneros. Esos terneros no comían en casa, llegaban y se iban, ganabas por el ternero y con el camión por el flete. En 2021 y 2022, hasta octubre, hacíamos mucha plata. Éramos unos “bichos raros”, movíamos un montón de terneros, estar en mercados que nunca te imaginaste que podías estar, pasar de que no te vendieran un ternero a que te llamaran varios tambos.

5- ENCONTRÉ A OTRAS MUJERES

En 2020 surgió la propuesta de crear el grupo de las

3) Frase que refiere a los compradores de terneros.

Guacheras porque iba a salir una convocatoria como “Somos Mujeres Rurales”⁴. Cuando me invitan, yo las conocía, pero no era amistad lo que tenía. Obviamente somos un grupo de distintas edades, diversidad enorme de carácter... Empezamos con el grupo y las reuniones. Las primeras reuniones se me hacían muy cuesta arriba, porque organizar para los chiquilines y llevarlos, era como que me costaba. En ese grupo en realidad me metí porque mi marido me insistió, porque yo estaba muy centrada de lo que era mi producción, estaba ahí en el campo y no tenía vínculos sociales.

Ahí surgen un montón de cosas, me pasó como un quiebre, justamente por no conocer, porque yo antes no conocía nada, yo estaba en el campo. Me pasó de no querer ir a una reunión, a “engancharme” y que me gustara. Por ejemplo, antes no quería hacer un curso ni de casualidad y me enganché a hacer cursos. Cuando fui al curso de lideresas, me pasó que fui con un miedo bárbaro porque no conocía a nadie, “Ay, dónde me voy a meter”, pensando que el tipo de mujeres que iba a ir como que no iba a tener muy buena “química”. Y nada que ver, porque encontramos un montón de vivencias que están re buenas, amistades. Capaz que las amistades que no tuviste a lo largo de tu vida, por distintas cosas... Porque cuando empezás a

transitar otra etapa de tu vida muchas de esas amistades desaparecen, entonces es como te pasas a encontrar con vos sola y yo estuve mucho tiempo sola, que vos no tenías a alguien para decirle “Pah, la estoy pasando mal”. En el curso de jóvenes lideresas rurales que hice encontré a otras mujeres, un montón de gurisas, de compartir cosas como para decir “pah, qué valores tiene esta gurisa” como muy allegado a lo que yo soy y como me crié. Ahora vos tenés otro círculo de amistad más con lo que sos y lo que vivís, mujeres que están en el medio del campo. A veces hay que trabajar esa parte porque como no conocés, te parece que no vas a andar en eso o que no te gusta, y después que conocés ves que está muy bueno.

En las Guacheras, hemos crecido montones, también como personas. A mí me ha hecho mucho bien porque hay cosas que una no las ve y en un grupo de mujeres tenemos unas visiones distintas, o a veces a vos te parece que te está pasando algo terrible y sos la única que las está viviendo y hay gente que la está pasando peor que vos. A mí me pasó, que de ahí empecé a darme más tiempo para mí, y decir, bueno, me gusta vincularme con otras personas, ayudar en la medida que puedo. A veces me pregunto cómo puedo ayudar, qué hago, qué opino, qué digo.

Con el proyecto de las Guacheras, arrancamos a criar terneros en 3 meses, un grupito en conjunto. Y nos dimos cuenta que era muy caro criarlos y yo le hacía el doble en 2 días, era como un atraso. Vendemos esos terneros de tres meses y les digo, “Chiquilinas, ¿por qué no criamos 45 días?, es más corto el ciclo, miren que yo tengo clientela, para vender de 45 días” y arrancamos. Ahí se entusiasmaron, porque les ganábamos más y eran menos días de trabajo. Vendimos un par de veces y nos pusimos a pensar que nos urgía conseguir más campo. Yo tenía 5 hectáreas, otra compañera tenía 3, otra 40 y algo, pero con tambo y no pueden poner terneros en las pasturas. Así surge la idea de pedir en Colonización que iba a quedar una fracción libre. Antes no existía que le dieran campo a un grupo de mujeres, no había, yo creo que lo nombraban y era algo descabellado darle a un grupo de mujeres campo.

A todo esto, yo había empezado con las Mesas de Desarrollo Rural, empecé a conocer todo lo que eran las Mesas, hablar con la gente del Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca (MGAP) como “gente normal”, que era como un “cuco”, ir al MGAP y no te conocían, gente del Instituto de Colonización tampoco y empezar a hacer contactos y hablar. Ahí surge hacer una carta y pedir que nos tuvieran en cuenta como grupo para una fracción de 38 hectáreas que iba a quedar, que en realidad era muy pedida por todos los vecinos de la vuelta.

Pasó el tiempo y sale el llamado específico para un grupo de mujeres trabajando en el departamento. Grupo de mujeres del departamento, ya trabajando en la producción, solamente éramos nosotras y quedamos.

4) La convocatoria “Somos Mujeres Rurales” fue el primer llamado específico para mujeres rurales realizado por el MGAP, cuya primera edición fue en 2015.



María durante el ordeño.

Fue el primer logro grande como grupo, fue un empoderamiento enorme para muchas, que nunca habían logrado algo así por ellas solas, decir “tengo un campo”. Bueno, tuvimos una suerte enorme porque no hacía tanto que el grupo estaba formado y logramos esto. Ahí empezamos a trabajar, a arreglar la cosa de alambrados y todo. Estamos en eso, no hemos llevado “bichos” aún, hacemos jornadas, conversamos, comemos algo y ya trabajamos juntas en la fracción.

Nunca me imaginé terminar en un grupo de mujeres, tener logros importantes... Aprendés a hacerte un tiempo, a dejar tus cosas para hacer cosas con los demás y eso te enseña mucho a la larga. Ahora que aprendí esas cosas, me gusta ser esa persona que cuando yo estaba empezando me hubiera gustado que me apoyara.

En este tiempo conocí a muchas mujeres que querían arrancar y nunca habían criado terneros, y traté de “apalancarlas” porque a mí me gusta que la mujer se independice. Hay algo que me resuena y que no me gusta que es que las mujeres dependan de la plata de los maridos, es algo que lo veo como “una cárcel”... No digo que la plata sea todo, pero te da más libertades. Como no tienen un peso de ellas la mayoría tiene que aguantar un millón y medio de cosas, pero cuando vos tenés cómo defenderte es distinta la cosa.

6- COMO UN SUBE Y BAJA

Nos pasa que nuestra vida es como un sube y baja en distintas cosas, pasamos de hacer un montón de plata a que en octubre se planta la seca y nada. Crié una punta de terneros y en octubre yo tenía cinco clientes para esos terneros, uno se enfermó, el otro la seca lo dejó sin comida, a otro le empezaron a llover ofertas, el otro se “echó para atrás” y me quedé sin clientes... Eran 70 terneros para vender, un número importantísimo para cinco hectáreas y no había a quien vendérselos. Hablé con un Escritorio Rural e hice una guía de venta, el escritorio te adelanta la plata y vos los tenés que vender con ellos. Yo había comprado el camión a un plazo de un año, porque yo con la plata que venía haciendo yo sabía que lo pagaba. Chocha, tenía la plata para el camión, genial, pensando que iba a llover y todo se iba a normalizar, porque no habíamos pasado una seca así. Incluso lo hablamos con gente que hace muchísimos años que está y nunca había pasado una seca de esa duración.

Pero no, no llovía, no se acomodaba y pasamos de venir bien, “viento en popa”, mirando un montón de cosas, tener todas las cuentas al día a empezar a atrasar las cosas... Los terneros chicos no te los quería nadie. Era marzo y seguía la seca, no sabíamos qué hacer, no quedaba pastura, empezaron a morir algunos, no sólo no los podía vender sino que yo además, se los debía al

Escritorio Rural. Habíamos quedado parados sin trabajo, llegó marzo y nadie quería terneros chicos, claro ¿quién va a querer criar si el ternero grande no vale nada? Seguimos hasta el día de hoy. Yo este año no he vendido terneros. Empezó que había que pagar la cuota acá, que había que viajar desde acá a allá, un montón de gastos y los terneros no se mueven, no valen nada. No sólo yo, sino un montón de productores quedamos mal.

Me pasó de llegar a un punto en que hicimos una reunión en casa con las autoridades y yo estar pidiendo ayuda psicológica para los productores porque los veía mal, había mucha gente que no tenía a los hijos, no tenía hermanos y veían que se les venía el mundo abajo. Vos tenés que comer, tenés tu vida, te decís: “¿Qué compro? ¿Fardos, ración, pago la luz, pago el agua, compro un surtido? ¿Qué hago?”.

Yo le pedía a las autoridades ayuda psicológica para los productores porque muchos productores me llamaban por la ración y tenía una carga enorme de escuchar lo que estaban viviendo. Más todo lo que yo estaba viviendo, que no sabía adónde iba a meter los “bichos” y qué les iba a dar de comer. Yo pedía ayuda para los demás y no me daba cuenta que yo la estaba precisando, se me caían las lágrimas hablando y no me daba cuenta de lo que yo estaba viviendo. No me daba cuenta de mi situación. En realidad seguí, seguí, seguí, estaba “sobrepasada de rosca” y empezó un momento que empecé a marearme, a bajarme la presión, venía manejando y me faltaba el aire y no me daba cuenta, hasta que llegó un momento que claro, consumida con todos los problemas. Pasaba que llevaba los gurises a la escuela y cuando volvía, me acostaba a dormir, me levantaba, cocinaba, me acostaba de nuevo, iba a levantar a los gurises y me acostaba de nuevo, yo no soy así. Era una depresión, no por lo económico, sino porque el proyecto que tenías, se cayó, que todo el sacrificio que habías hecho se te cayó, que no sabés a dónde vas a agarrar...

Esto de la seca jamás lo imaginamos, si a mí me lo contaban, no creía que durante 6 meses no llovía, ¿quién te va a creer? Por eso le tengo mucho respeto a las personas de edad que dicen “Ay, las secas de antes”. Sí, claro, le tienen terror, o sea tenés que vivirlo para entenderlo y estar realmente “en los zapatos del productor”. Vos podés hablar precioso, pero realmente la interna del productor y hay un momento en que no ves salida y todo el mundo llama y quieren plata y vos decís: “¿Qué hago? ¿5endo todo?”.

7- MIRAR PARA ADELANTE

¿Por qué sigo aguantando? Porque en todo este caos de problemas y cosas que no se sabe para dónde vas a

5) Los cursos de agua se vieron afectados por la sequía del 2022.

agarrar, yo me había anotado para un llamado de Colonización para una fracción lechera y quedé. Fui a Colonización, hicimos un proyecto con un Ingeniero, excedía mis posibilidades pero me anoté.

Lloré, porque no lo podía creer, era algo como un milagro, de 5 hectáreas que no existís a 104. Ahí me cambió la vida, tendré más cuentas y los mismos problemas, pero decís, “esto va a pasar” y eso me ha ayudado a que siga, porque en realidad al día de hoy es un caos todo.

Cuando de Colonización vinieron acá a casa a hacer la entrevista, les expliqué cómo estábamos produciendo en esas 5 hectáreas, con 70 terneros grandes, más vacas y todos los terneros chicos. Yo les dije “vayan y vean” y fueron a ver. Arrancamos sin nada, armamos un tambo en 5 hectáreas. No ha sido una vida fácil, porque si vos decís has tenido todo de arriba.

En mi día cotidiano, normalmente llevo a los chiquilines a la escuela a las 8.30, después me voy para campaña, y dos y poco me vuelvo y espero a los chiquilines. Estamos dando de mamar, armando el tambo para empezar a ordeñar acá en los ranchos y cuando se pueda mudar todo para allá. Muchas veces se ha tenido que dar de mamar una sola vez por un tema de costos. No estamos vendiendo terneros y estamos cubriendo todo eso, la cuota de la casa, vivir, las vacas. Hoy por hoy es complicado porque no estamos generando plata, pero en unos meses vamos a estar ordeñando allá. El futuro ese que soñaba lo tengo ahí, en marzo nos iríamos para allá y te cambia una etapa.

Obviamente no vamos a hacer plata en 100 hectáreas,

no es lo que queremos, lo que queremos es criar los chiquilines en el campo, más allá que después hagan lo que quieran y estudien lo que quieren, pero el poder hacer “el quiebre”. Para mí volver al campo es la paz y ser feliz, volver para caminar en el campo y quedarme ahí. Hay más niños que van a instalarse, todos esos niños se van a criar en el mismo ambiente, para ellos es un cambio, pero están contentos, son muy maduros, entienden el sacrificio hecho para que puedan estudiar, para que a la hora que ellos estudien no estén preocupados por trabajar y no pasen por lo mismo que nosotros...

Mirando para adelante, siempre la idea es ser compañero, seguir y trabajar en familia. Yo no pretendo plata, todo lo que pretendo es paz. Es un lugar que me encanta y esos lugares son divinos, ahí sí digo que me gustaría vivir hasta que sea vieja.

Por ahí me hago un cuestionamiento de mi vida, mi crianza fue “Estudiá, recibite, después hacete una casa y después tené familia e hijos”. Y lo que noto es que en desorden, pero que lo vas logrando. Fui madre joven, quedé embarazada, después me casé, después surge la casa de MEVIR, después surge la idea de volver al campo para hacer lo mío, y hoy voy a firmar el contrato de adjudicación de Colonización. Ahora mi próximo paso es terminar de estudiar, para administrar mi empresa y siempre recalco que se puede hacer todo en desorden y podés hacerlo todo igual. Tengo 29 años, estoy por cumplir los 30, ¡sí que los voy a festejar!



María Luisa Villalba

Ser mujer y productora rural

Autora: María Luisa Villalba

Jessica Ramírez

Soc., Dpto. Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República.

jessica.ramirez@cienciassociales.edu.uy

María Luisa Villalba

Productora hortícola del departamento de Canelones.

1- MI NIÑEZ

Mi madre tenía 26 años cuando se casó con mi padre que le llevaba 12 años. En esa época la madre de mi padre ya había fallecido y se quedan a vivir en el lugar donde mi padre había nacido. Ahí, en ese campo entre San Bautista y Castellanos nació yo, dos años más tarde. Soy la primera de 5 hermanas mujeres.

En mi casa se trabajaba en el campo, carpían de sol a sol. Las tres más grandes sólo nos llevábamos 19 meses entre nosotras y desde chicas ya ayudábamos en el trabajo del campo. Arrancábamos espinacas, carpíamos, me acuerdo que se plantaba mucho morrón. Todo con bueyes en las 12 hectáreas que había.

Mi padre iba al mercado, llevaba morrón y espinaca. En aquel entonces el camión venía hasta cierto punto y los productores sacaban la carga y se iban al mercado con

*Soy feliz, vivo en el campo,
para mí es hermoso vivir acá,
lograr lo que he logrado...
hoy me siento plena.*

los camioneros. Mi madre era una mujer emprendedora, mientras que se plantaba morrones en el campo ella tuvo un criadero de gallinas y compraba pollitos y ración. Era una mujer con fuerza para hacer cosas. Desde que nosotras éramos chicas andaba degollando gallinas, estaba embarazada y andaba con esos baldes de raciones, yo tendría 8 o 9 años.

De la niñez, también me acuerdo de los juegos con mis hermanas, con las tres más grandes, porque a las otras dos les llevaba muchos años. Cuando nació la más chica yo tenía 14 años y cuando la anterior tenía 8.

¡Nosotras sí que andábamos descalzas! Me acuerdo que había detrás de los ranchos donde vivíamos, un monte de eucaliptus y nosotras en verano andábamos siempre ahí abajo. Andábamos descalzas y jugábamos mucho con los eucaliptus, le sacábamos las hojas y hacíamos de cuenta que era plata, y vendíamos ¡éramos todas comerciantes cuando éramos chicas! Eso es de lo que más me

acuerdo, de esos juegos con hojas. No había juguetes. Aunque una vez, los reyes llegaron con 3 sillitas de madera que tenían trenzado de paja. Yo tenía 6 años y era muy "pícaro", como que iba siempre muy delante de las cosas y no me pasaban con nada, era amarga... ¡qué risa! Era muy inquieta... Me acuerdo que venía en carro con una tía mía, nosotras estábamos en el medio de la campaña y vi a mis padres... por allá escondidos... vi que bajaron unas bolsas y las escondieron detrás de unos cardos. ¡Y ya supuse lo que sucedía!

Hice la escuela en un colegio de monjas en San Bautista, alcanzábamos el ómnibus en la ruta luego de hacer a pie un buen trecho por camino de tierra. Mientras estuve en la escuela era buena alumna. Al terminar di un examen de ingreso para entrar al liceo. Mis padrinos pagaron el "abono" del ómnibus y así pude ir al liceo a Santa Rosa. Fui sólo un año y creo que después me dejé estar un poquito, dejé el liceo y seguí trabajando en casa, carpiendo la tierra y arrancando espinacas. Capaz mis padres no supieron apoyarme, pienso que tiene que ver con que mi padre ni siquiera fue a la escuela y mi madre alcanzó solo hasta tercero de primaria.

En mi niñez, conocí a tres abuelos y siempre fui muy allegada a ellos, más que mis hermanas. El padre de mi padre falleció cuando yo tenía 7 años, él vivió en casa un tiempo. Yo me acuerdo mucho de él, yo me acuerdo porque le gustaba tomar mucho mate dulce cuando se levantaba



María Luisa Villalba.

de mañana y lo recuerdo. Eso me quedó, es como verlo sentado al lado de la cocina a leña con un azucarero que era de plástico y lo puso arriba de la plancha y se le pegó... y me decía "¡Ay hija! mira esto como se me hizo"... Entonces, es así ¡como verlo! Es más, creo que después le compraron un azucarero que era de lata y todavía lo tengo, yo no soy muy de los recuerdos, pero me gusta tener algo.

Los padres de mi mamá vivían entre Santa Rosa y San Bautista, cuando yo venía al liceo a Santa Rosa pasaba por enfrente a la casa de mis abuelos y alguna vez me quedaba ahí para volver al liceo al otro día. Cuando falleció mi abuelo materno yo tendría 13 años. Me acuerdo que era un hombre que usaba un bigote blanco y en aquellos años vos los mirabas y te daba como cierto respeto. Él tenía muchos libros, era un hombre que leía mucho y yo no llegué a conocerlo tanto porque en realidad no se dio ese vínculo tan cercano, porque antes era otra cosa, aunque conmigo él conversaba mucho, inclusive me prestó algún libro para leer en un momento, le tenía cierto respeto, pero conmigo hablaba. Mi abuela vivió más, cuando ella falleció yo ya estaba embarazada de mi primer hijo, y con ella era más... en realidad era la que más conversaba. Pero viste que los abuelos de aquella época no son como los abuelos de ahora, era distinto el vínculo, más allá de que hubiera cariño y todo, pero era un vínculo diferente.

2- ANTES DABA VERGÜENZA ESTAR EN EL CAMPO, SER POBRE

No me gustaba carpir, lo hacía porque no tenía más remedio. Por lo rural... porque en mi adolescencia era una vergüenza decir que trabajabas en el campo, que eras del campo... eso lo sentías.... Yo creo que fue una de las cosas que me marcó. No soy de que me marquen las cosas en la vida, yo soy siempre de ir para adelante, pero eso sí me quedó un poco, me quedó... Me acuerdo de venir de los bailes de carnaval en febrero a carpir, llegábamos a las 7 de la mañana o 6 y pico y teníamos que ir a carpir morrones, capaz que éramos varias y no éramos tan sacrificadas como otras, pero bueno... yo qué sé...

Ahora pienso y me doy cuenta que sí ese era el sentimiento de adolescente por vivir en el campo, por trabajar en la tierra, por ser pobre. Hoy me doy cuenta que me faltaba educación para asimilarlo, para pensarlo. También, creo que en aquel momento no se valorizaba el trabajo en la tierra, el producir alimentos y la sociedad menospreciaba a la gente pobre del campo. Me parece que hoy cambió un poco esa percepción, que hay otra valorización que tiene que ver con la lucha de las organizaciones y con el trabajo en políticas públicas. Siento que hoy estamos en otro lugar, que hay otra perspectiva desde la sociedad que reconoce el valor de la producción de alimentos, por lo menos yo hoy no siento lo mismo que hace cincuenta años atrás.

Pero bueno... de jovencita y a pesar de aquellos sentimientos, siento que siempre tuve un impulso que me llevaba a buscar hacer algo y en aquel momento, cuando tenía 16 o 17 años, me compré en cuotas una máquina de tejer. Fue una tía que vivía en Montevideo la que me salió de garantía y una vecina la que me enseñó a tejer y a ofrecer mi trabajo. Recuerdo mucho a esta vecina, éramos muy compañeras, ella era unos años más grande que yo.

Desde entonces, además de ayudar en el campo a mis padres, también tejía; ayudé todo lo que pude tejiendo para afuera, vendiendo y tratando siempre de “traer el peso a la casa”.

3- MUJERES... Y MUJERES

Mi madre era una mujer de mucho decidir, ella decidía en la casa... creo que yo salí bastante a mi madre; no sé si sería carácter fuerte pero sí emprendedora y mi padre más quieto vamos a decir, pero una persona muy bien, que nunca levantaba la voz. Yo no viví eso de que el marido viene a la casa y manda, como que no lo viví mucho, en mi casa no existió, mi padre era una persona muy respetuosa. ¡Pero mamá! Había que hacerla callar, no fue una persona de carácter fácil, a ella nadie la mandó, ni siquiera en sus últimos años antes de fallecer a sus 92 años.

Yo creo que, en realidad, ese carácter me sirvió porque yo ya soy así, ya era así, de que no me crié en un hogar donde hubiera esto que manda el varón, pero... sí, veo que hay cuestiones que yo no comparto. Hoy analizando, después de haber pasado varias cosas y de haber trabajado con muchas mujeres, creo que mi madre era bastante machista porque claro, más allá del carácter que ella tenía cuanto tuvo que apoyar a dos de sus hijas, la que me sigue a mí y la más chica, no lo hizo... lo que importaba era que tenías que tener marido, ella no vio que los tipos eran violentos. Hay cosas que yo no comparto, que no es así, creo que ella debió haber apoyado a esa muchacha cuando empezó con esos problemas, la otra también, la que me sigue a mí, sufrió violencia al poco tiempo de casarse, ya con una niña...

A veces pienso que las mujeres con hijos y con todo, siguen en esa lucha, muchas veces porque se acostumbran, muchas veces porque tienen miedo o porque no tienen donde ir, que eso cuando me toca ir a algún taller o alguna reunión, siempre pienso como se puede apoyar a estas mujeres... porque la mujer vuelve a la casa...

Yo en ese sentido siempre fui muy autónoma y conozco bastante de leyes y de derechos, un poco por los talleres que voy y un poco porque siempre me ocupé, ya sea en el tema del campo, de animales... soy de buscar para saber lo que se puede hacer y lo que no. Eso te lo da un poco el conocimiento, estar en los talleres, estar con otras mujeres, preguntar, conversar. Muchas mujeres no saben

lo que les corresponde y si se separan piensan que no tienen derecho a nada.

4- ES UNA CONSTRUCCIÓN DE MUCHOS AÑOS

Conocí a mi marido en un baile en el Nuevo Horizonte, en la ruta 6, cerca de San Bautista. Eran los bailes que acostumbrábamos a ir, desde los 17 años que empecé a salir a baile, íbamos al Nuevo Horizonte o a Santa Rosa con mis hermanas. Ahí empezamos a tratar, empezamos a vernos en los bailes hasta que “noviamos”. En aquella época al novio lo veías cada 8 días, no es lo mismo que ahora capaz están juntos una semana... no es lo mismo, totalmente distinto...

A los 21 años me casé, ahí estás todo el día con la persona y comenzás a conocer a esa persona... yo siempre digo: el noviazgo fue una cosa y el casamiento otra. Cuando te casas, empezás a convivir y a tener ideales o perspectivas de lo que querés.

Vinimos a vivir a este lugar, que tampoco está tan lejos de donde nací, unos 30 kilómetros al norte. En este campo entramos como arrendatarios, porque en realidad era de mi suegra. Mi hijo es quinta generación en este campo ya. Mi suegra lo heredó de su madre y su madre lo ha de haber heredado de su padre o de su madre, porque eran de esa familia, todos los campos de acá de la vuelta. Con los años, cuando la madre lo repartió le tocó una parte a mi marido y lo otro lo fuimos comprando a los hermanos, ahora tenemos 6 hectáreas nuestras y además arrendamos más hectáreas.

Al principio, mi marido trabajaba con el padre que vivía cerca de acá y yo seguí tejiendo y vendiendo para Montevideo, hice esos trabajos por varios años. Pero al casarte, por supuesto, es otra responsabilidad... yo tenía ganas de prosperar y al poco tiempo nosotros ya empezamos a trabajar en esta tierra. De a poquito empezó a traer el tractor del padre y empezamos a “romper” acá porque era todo chilca y a plantar para nosotros. En aquel momento iniciamos plantando porotos manteca y comenzamos por una hectárea, “rompimos” y plantamos y después cada vez más, cada vez más, hasta que llegamos a tener casi todo el campo trabajado. Los primeros años iba a carpir, iba a plantar, ¡cuánto! Todo el día plantando porotos atrás de un tractor, pero sí, siempre ha sido una lucha...

Los primeros años estuve yo con todo, porque mi marido estuvo muchos años trabajando con el padre y venía de tardecita, de noche. De todas formas, traía el tractor y araba en esas horas. El padre le pagaba un sueldo, creo que eran 500 pesos en aquella época, yo vendía buzos y me ocupaba del predio en el día. Cuando él volvía seguíamos trabajando esta tierra y bueno... esto es una construcción de muchos años. Fue todo un proceso... hoy por hoy, yo he

estado más tiempo con él que lo que he estado en mi casa, porque me fui a los 21 años y hace 44 que estoy casada.

5- YO NO QUEDÉ EMBARAZADA SIN HABERLO DECIDIDO... PERO FUE CON MUCHO MIEDO

Mi madre nunca habló con nosotras de nada... igual yo era muy "pizpireta" en este aspecto de indagar, de observar, íbamos a corte y confección con mi vecina y allí había espacio para ir dándote cuenta de algunas cosas. Pero mi madre no... mi madre nunca habló con nosotras... acá con mis cuñadas el otro día lo decíamos: las madres antes no hablaban, y en los embarazos tampoco.

Yo quería tener hijos y decidimos tenerlos. Era bastante joven y en realidad, tenía miedo, mucho miedo. En aquellas épocas y en los pueblos, tampoco había esos procesos previos con las mujeres embarazadas que indican ahora los doctores, para hacer gimnasia y prepararse para el parto y todas esas cosas. En mi tiempo no había eso, era muy diferente. Y, sí, lo único que recuerdo de mis embarazos es eso, un poco de miedo. No se vivían los partos como se viven ahora, sino con miedo, vos no sabías nada... y pensabas... ¡así como le sale a otra, me va a salir a mí!

Después, en realidad me fue muy bien con mi primer parto, no tuve ni dolores, tuve una fuerza sola y el muchacho salió, estaba pasada de fecha sí, la partera me dijo... Hice un pico de presión, que me enteré como a los dos días... Mi hijo nació un viernes y el sábado de tarde yo me sentía tan bien que le pregunté al doctor si me podía ir. Me contestó "No, usted tuvo presión alta". No sé cuánto de presión, no me dijo.

Pero... ¡Las pasé todas con el segundo!... Si eso hubiera sido con el primero capaz que no tengo más. Como yo tenía presión, cuando fui a tener al segundo, el doctor ya había advertido y me provocaron el parto algo antes, casi enseguida. Con el primero me pasé 10 días de la fecha que me daban y con el segundo se ve que no se podía esperar más, porque me daban para el 20 y el 16 me lo provocaron ¡y eso fue espantoso! Es como hacer fuerza sin que eso sea normal, casi no lo tengo.

Luego, pasó mucho tiempo para que me enterara, como a los dos años me dijeron que me había desgarrado el cuello del útero en el parto. Pero en el momento no me dijeron nada... sí que había tenido una hemorragia... y recuerdo clarito la escena de los doctores corriendo con el niño, poniéndolo cabeza abajo, revisándolo y diciendo "No, no tiene nada". Y yo con 22 – 11 de presión, si no es



Avicultura (Canelones).

por esa tremenda hemorragia que me viene, yo creo que no me salvo... ¡Una hemorragia horrible!

Después ya estando en casa, seguía con unos dolores de cabeza impresionantes, no paraba de dolerme por dos o tres días. Me acuerdo que el chico lloraba y lo paseaba y lo paseaba. Yo volvía a ver al médico... y no la pase bien. Me salvé porque se ve que no estaba para mí, pero la pasé mal, yo no sé porque no hicieron una cesárea y listo, ¡hacen sufrir a las mujeres de gusto! La pasé mal, muy mal.

Pero bueno... ahora creo que son épocas distintas, totalmente distintas. Nosotros éramos dos gurises, yo tenía 23 años cuando nació el primero. Y supongo que mi marido... no los expresaría, porque nunca me dijo nada, pero pienso que tenía los mismos miedos que tenía yo. En aquel momento era más reservado, tal vez por su crianza, y no expresaba tanto sus sentimientos. De todas formas, siempre fuimos muy compañeros y la llegada de los hijos nos marcó otra etapa. Para una mujer es lo más importante, lo más lindo, lo más hermoso que una tiene, yo creo que es por lo que más he luchado en la vida.

6- PORQUE EN EL CAMPO ES ASÍ...

Yo me hice cargo en muchas ocasiones de las cosas. ¡Hay veces que ya ni recuerdo cuanto! Pero incluso con mis hijos chicos estuve al frente porque mi esposo trabaja todo el día fuera del predio. Como nosotros ya habíamos

empezado a plantar acá, había veces que pagábamos alguna persona que viniera a carpir y hacer alguna otra changa. En aquellos años teníamos que darle la comida y yo estaba sola con mis hijos chicos, había que enfrentar esos momentos. Son muchas las situaciones... recuerdo de tener que llevar al hijo mayor con dos meses y medio en el camión con zorra de mi suegro cuando íbamos a cargar porotos... yo qué sé... siempre fue así... esa lucha...

Hubo otros tiempos más duros aún, cuando por temas de salud mi marido debió quedar sin trabajar, eso pasó varias veces... Cuando éramos más jóvenes, tuvo varios problemas de salud, cosas que no eran gravísimas, pero lo dejaban sin trabajar y bueno la que tenía que salir al frente era yo. Se cayó de la moto y estuvo como 20 días o más, otra vez se agarró congestión y estuvo también como un mes sin poder trabajar... eso con mi hijo de dos meses... Nuestros años de jóvenes siempre fueron de lucha...

Y cuando la enfermedad de mi suegro, fue bastante bravo, fue duro en todos los aspectos. Los hijos tenían que ir a cuidarlo y el sostén de la familia era él, entonces mi marido le tenía que hacer los trabajos, le cargaba alfalfa para el padre. Y bueno yo seguí acá, él [esposo] se iba 24 horas y estaba allá y la que veía a los animales y se ocupaba de todo era yo.

Ya bastante más adelante, lo que más me costó fue la enfermedad de mi esposo, hace 15 años, una operación en la columna que lo dejó sin trabajar casi un año. Eso fue



Fruticultura (Canelones).

duro también.

Muchas cosas... no de vida o muerte... pero ha sido sí.... Porque en el campo es así... me parece a mí que en el campo es así... Y en lo demás, si pienso en lo económico... todo nos costó, fue "a paso de hormiga", todo nos costó mucho...

Cuando los chiquilines eran chicos, lo que más me preocupaba como madre, era poder criar a mis hijos. Me preocupaba que no faltara el dinero: de dónde saco para comer mañana. Cuando mi hijo más chico estudiaba en Montevideo, que no le faltara para el boleto, aunque yo tuviera que ir a pedir "fiado" al almacén, que lo hice. Siempre fui al frente... muchas veces... en todo.

Y claro, mis preocupaciones siempre fueron esas, porque en realidad, había meses que yo veía que no teníamos ni de dónde sacar un peso... Siempre igual nos resolvíamos... porque mi esposo salía a trabajar afuera, llegabas al límite y al día siguiente aparecía alguien a pagarte algo, cobrabas algo, o salía un trabajo... pero sí... fueron años muy difíciles... de mucha lucha.

7- ESTE ES MI LUGAR EN EL MUNDO... Y LO SEGUIRÁ SIENDO

Siempre viví en el campo. Para mi padre el campo era muy importante también, era todo en realidad. Venirse al pueblo fue la muerte para él, porque papá vino para el pueblo y al año y medio murió. Donde vivimos de chicos fue donde él nació, ahí cerca, toda esa zona era muy importante, como que él tenía mucho arraigo y yo también soy de arraigarme mucho al lugar donde estoy. Yo creo que algo de esto conservo, toda mi vida está en el campo y no me siento de pueblo.

En este lugar está el trabajo de toda mi vida. Ahora hace 44 años que vivo en esta tierra que refleja la lucha constante por mejorar mi condición de vida. Ha sido por mis hijos más que nada.

Mi constante búsqueda siempre estuvo y está relacionada con vivir en el campo y del campo. Desde las primeras plantaciones de porotos manteca con tractor prestado hasta la cebolla, boniato y zapallo... y los invernaderos con tomates... y la crianza de animales vacunos y el criadero de gallinas... Parece mucho, pero siento que todo ha sido "a paso de hormiga", superando muchas dificultades y con años muy difíciles. Desde siempre, siendo muy jovencita, me paré de igual a igual con mi marido y compartimos la lucha desde que nos casamos.

Ahora me reparto el tiempo, dedico algunas horas al trabajo en el predio, pero también llevo toda la gestión de la empresa familiar. Yo me encargo de todo el papeleo, de llevar la economía de la casa y de la producción, de estar atrás de las habilitaciones y todos los trámites. Por ejemplo, ahora que estamos haciendo otro invernáculo, la

que analiza precios, dónde comprar los materiales y todo soy yo. Eso de las gestorías, fui yo siempre. Soy la que apunta cuando se llevó una semilla, qué se plantó... yo hice siempre esa parte de gestión y papeles.

Todo pasa por mí, aunque ya no estoy encargada del campo, porque ahora mi hijo mayor participa de la empresa y entonces agarró él un poco "la posta" y ya las decisiones que tienen que ver con la producción las conversamos entre los tres.

En el predio, cuando estamos en plena plantación de cebolla, voy todo el tiempo a arrancar cebollín de los almácigos y desde que tenemos el invernadero, hace dos años, voy a desbrotar tres horas de mañana y tres horas de tarde. También está el cuidado de los animales, me encanta hacerlo. Con mi marido tenemos algunos vacunos. Mis plantas, mis frutales, siempre planto algo para comer, espinacas, zapallitos... esto aparte de la producción que sacamos para el mercado. A mí me gusta mucho estar afuera, así que siempre estoy inventando cosas que me mantengan en actividad.

8- SIGUE MI CAMINO...

Yo lo veo en las reuniones, escuchar a los gurises decir que los padres no quieren largar, eso se ve un montón... Yo no lo veo como un problema que los padres puedan seguir, ¿por qué no se reparten? Nosotros lo hicimos y ningún tipo de problemas. Capaz que juntos hacen más que si lo hacen solos. Ningún problema, porque esto es nuestro pero el día de mañana va a ser de mis hijos.

Me acuerdo que al principio trabajábamos todos, plantábamos juntos, pero el hijo mayor tenía un pedazo, lo que plantaba en ese pedazo era para él. Desde los 18 años ya le habíamos dado un pedazo y lo habíamos puesto como arrendatario en el BPS (Banco de Previsión Social). Hasta que llegó un momento que comenzamos a ir "50 y 50" en todo, gastos, insumos, electricidad, todo, hay un acuerdo con todo. La producción se vende y... mitad para acá y mitad para allá. No tenemos ningún tipo de problemas. Igual hubo mucha vuelta que hacer en Montevideo. Mi hijo y yo... con el criadero, luego con los animales, los registros... DICOSE (Dirección de Contralor de Semovientes), y bueno lo último fue descargarnos del campo y solicitar la jubilación, pero como dos meses antes yo ya le había pasado el criadero a él.

Hoy por hoy, el hijo mayor está muy bien encaminado y hemos logrado una planificación y el año se lleva bastante bien. Veo cumplido el objetivo porque se logró una "cadena", con muchísimo trabajo, pero se logró. Yo siempre digo, que, si hay menos cosecha, se venderá menos, pero teniendo algo, vender vas a vender y tener para comer, vas a tener, si tenes plantado y vas complementando. Es como tener "los huevos en diferentes canastas". Como siempre

digo... porque si de acá hoy no hay, tengo del otro lado. Siempre he tratado de buscar, por supuesto que algunos lados resultan más fáciles y otros más difíciles. Buscando armar esa rotación de donde siempre puedas sacar... en realidad ahora hace un mes y pico que no mandamos nada al mercado... pero bueno... igual se logró... Y logré que mi hijo, hoy por hoy, esté interesado y que vaya al frente como tiene que ir. Antes era mamá todo.

9- OTRA FORMA DE SER MUJER

Creo que el espíritu emprendedor que siempre me ha caracterizado ha hecho que hayamos logrado mantener la producción y vivir de ella. Yo siempre busqué mejorar y me doy cuenta que la participación en organizaciones me permitió ir conociendo oportunidades para avanzar. El primer criadero de gallinas que tuve resultó de un fondo al que nos presentamos un grupo de mujeres rurales; era un criadero pequeño, pero también la ampliación la obtuve con otro proyecto. Varias mejoras en el predio que ayudan a sostener la producción fueron fruto de este tipo de apoyos del MGAP (Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca), el pozo de agua y el embarcadero para los animales, parte del alambrado del predio. Incluso, siento que aprendimos a ser más eficientes en la producción, cambiamos la forma de trabajar a partir del asesoramiento técnico que logramos participando en un proyecto de la Facultad de Agronomía, junto con otros 17 productores.

Aunque hay veces que pienso que debería haber seguido estudiando. Cuando adolescente yo quería ser maestra, por otro lado, siento que esa temprana vocación es la que está detrás del trabajo social que hago desde hace muchísimos años. Puede, también, que mi hijo menor haya sostenido algo de mi inspiración, él es profesor, siguió el otro camino que yo hubiese querido hacer también.

Hace más de 30 años que vengo trabajando con la gente. Siempre me gustó esto de ayudar. Comencé participando muchísimo, muy activamente, en comisiones de fomento escolar, noches y noches hasta tarde, trabajando, haciendo una y otra cosa. Estuve en la directiva de la comisión de la escuela, estuve 12 años. Desde allí fundamos un Club Agrario¹ y entró uno de mis hijos también. Armábamos campeonatos de voleibol. Allí comenzó nuestra mayor socialización, nos involucramos muchísimo. Teníamos un camión que usábamos para llevar a 20 gurises o más, los llevábamos a los eventos de los clubes agrarios los domingos, fue una experiencia muy enriquecedora para esos muchachos también.

Y por ahí empecé, iba a las reuniones del Movimiento de la Juventud Agraria una vez por mes, iba en representación

del Club Agrario pero en esa directiva no estuve, fui de a poco, empezando a conocer. Y ahora es un camino muy largo, de años en Comisiones de Fomento, Clubes Agrarios, Sociedades de Fomento Rural, Grupos de Mujeres Rurales y luego la Red de Grupos de Mujeres Rurales, Mesas de Desarrollo Rural.

Recuerdo el primer grupo de mujeres que organizamos, nosotros le pusimos MUCATRA² que quería decir Mujeres del Campo Trabajando. Hace días que quiero acordarme como nos decían en el barrio y no recuerdo, porque no pasó desapercibido todo ese movimiento diferente al acostumbrado en el campo. Mujeres que empezábamos a salir, a reunirnos de noche, a hacer cosas que no eran comunes, armó un poco de “revuelo”. Después invitaron a este grupo a participar de la Red de Grupos de Mujeres Rurales del Uruguay³ y nos presentamos por medio de una carta, nos aceptaron y yo iba a las reuniones en representación. Paralelamente se reorganizaba la Sociedad de Fomento de Sauce⁴ y estuve apoyando allí también, estuve como un año yendo hasta que se armó la directiva y comenzó el funcionamiento.

Pero este tipo de organizaciones, ser parte, de a poco ir participando, formar parte de directivas, te ayuda, te empodera, yo cambié muchísimo. Todo este recorrido ha hecho que yo cambiara y hoy me siento totalmente distinta, realizada. El conocimiento me dio otras posibilidades, hizo que yo me sintiera segura de hablar, participar en organizaciones me dio otras posibilidades de incidencia, y otra forma de ser mujer.

Yo creo que la Red de Grupos de Mujeres Rurales, de la que hoy soy secretaria, es la que me ha llegado más, la más fuerte, donde he aprendido un montón. He tenido la oportunidad de conocer a otras mujeres rurales con otras realidades, de trabajar en conjunto, de armar grupos, de luchar juntas, de representarlas y también de ayudarlas a mejorar su calidad de vida, a darse cuenta de lo que les corresponde. Cuando yo entré a la Red el trabajo estaba muy enfocado a lo social, se realizaban talleres de violencia doméstica, de salud reproductiva y también muchísimos sobre los derechos económicos y legales de las mujeres. Con el tiempo, fuimos enfocando en trabajar en el apoyo a mujeres productivas, para apoyarlas desde proyectos en lo económico. Fuimos viendo que las mujeres también necesitaban mejorar su situación económica. Eso es empoderamiento.

Yo pienso que acá, tiene que haber una apertura de

2) En el año 2002 se forma MUCATRA, un grupo de mujeres que se nuclean para compartir y defender sus derechos y aprender de forma conjunta. Realizan cultivos protegidos y producción hortícola y ganadera colectiva.

3) La Red de Grupos de Mujeres Rurales del Uruguay fue fundada en 1991. Es una asociación civil sin fines de lucro que cuenta en la actualidad con más de 200 integrantes organizadas en torno a 23 grupos de mujeres rurales del país.

4) Las Sociedades de Fomento Rural son la principal forma de organización representativa de la agricultura familiar en Uruguay. Son organizaciones de base asociadas a un determinado territorio, en este caso nucleando a los productores familiares de la zona de influencia de la localidad de Sauce.

1) Los Clubes Agrarios en Uruguay quedan comprendidos dentro de la organización del Movimiento de la Juventud Agraria; tienen como propósito promover el desarrollo de la comunidad rural en general y, en particular, apoyar a los jóvenes en mejorar su bienestar a través de la asistencia técnica y económica.

“cabeza” donde hombre y mujer se reconozcan como iguales. Son iguales y tienen que caminar juntos, no uno adelante y otro atrás. El tema es que las mujeres no han llegado a darse el valor que les corresponde.

Hay mucho por hacer, con las mujeres queda mucho. Pero también tengo otra lucha personal que tiene que ver con ayudar a que los jóvenes accedan a la tierra, que puedan trabajar en el campo si es lo que quieren, que puedan juntarse y organizarse para presentar proyectos colectivos que los ayuden a acceder a herramientas, asesoramiento técnico y mejoras. Creo que tiene que haber un fondo de garantía para que los jóvenes logren comprarse un campo.

Hay un grupo de jóvenes con el que yo trabajo, son del Club Agrario, y a través de mi participación en las Mesas de Desarrollo Rural⁵ pude reunirlos, hacerles conocer unos proyectos de producción inclusiva, conseguir asesoramiento y entusiasmarlos. Primero no tenían ni idea de cómo organizarse y presentar un proyecto en conjunto, pero de a poco fueron viendo que precisaban cada uno y pudieron ver las ventajas de una propuesta colectiva para hacer invernáculos, realizar compras, acceder a herramientas que comparten entre varios porque no son cosas que se precisen todo el tiempo.

Estos muchachos, entre los que está mi hijo, que no tenían ni idea de nada porque no habían participado en nada, están felices ahora porque lograron mejorar y eso fue posible a través de ese proyecto. Para los pequeños

productores, particularmente para los jóvenes que están iniciándose o que están todavía en una primera etapa, este tipo de políticas son muy importantes. Lograr este primer apoyo y ver que fue una oportunidad que realmente permitió una ayuda para el trabajo diario los entusiasmó y ahora ya están haciendo planes juntos nuevamente para volver a presentarse a otros llamados.

Yo me sentí orgullosa de ellos el día que tuvieron que defender el proyecto para conseguir el aval, pasaron todos al frente de la Mesa de Desarrollo, frente a los técnicos y autoridades y me encantó ver cómo se defendieron y contestaron el montón de preguntas que les hicieron. Yo siento que hice algo bueno, que los ayudé a que se prepararan para esa instancia y que lograr que el proyecto se aprobara les permite salir adelante. Eso me hace sentir feliz, ese logro de los muchachos.

Son mis logros también... con estos jóvenes, con las mujeres rurales, con mis hijos, con mi marido. Ha sido un crecimiento a título personal y a título familiar, porque en realidad mi familia también ha crecido conmigo. He logrado vivir de nuestra producción en la tierra. Soy feliz, vivo en el campo, para mí es hermoso vivir acá, lograr lo que he logrado... Hoy me siento plena. También siento la necesidad de seguir ayudando a muchos más. Me gustaría poder llegar a los que no saben... a los que no conocen las oportunidades que la participación y el trabajo colectivo nos abre.

5) Las Mesas de Desarrollo Rural son un espacio donde se encuentran los representantes de las organizaciones de productores (principalmente familiares), asalariados, mujeres y jóvenes con técnicos del Ministerio de Ganadería Agricultura y Pesca.



Mujeres rurales en el agro de Uruguay

Autora: Paola Mascheroni

Paula Florit

Soc. Dpto. Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República.

paula.florit@cienciassociales.edu.uy

1- TA' DURA

Comprender la situación de las mujeres que viven en el medio rural, y de entre ellas, de las que trabajan directamente en la producción agropecuaria requiere conocer y entender la distinción, el “matiz”, entre vivir en lo rural¹ y trabajar en la producción agropecuaria. Un matiz que está forjado al fuego de desigualdades territoriales, de sesgos en los procesos de sucesión, de estereotipos de género en el empleo, de cargas diferentes de cuidado, de acceso diferenciados a recursos y herramientas para el trabajo productivo. Comprender la diversidad de situaciones y perfiles de las mujeres que habitan el mundo agrario y rural del país, nos permite entender la particularidad de sus colectivos, los desafíos específicos de sus procesos de autonomía económica, las conexiones, distancias y separaciones que hacen característica a cada una de las trayectorias de vida.

En Uruguay las mujeres constituyen el 52% de la población general (INE, 2023), sin embargo, cuando atendemos a las que viven en zonas rurales y no amanzanadas ese porcentaje se reduce, sólo 43,8% de la población rural son mujeres. Al hacer foco en quienes viven en predios agropecuarios, el porcentaje es aún menor, apenas el 33,1% de las personas residentes en predios agropecuarios son mujeres según el último Censo General Agropecuario de

2011. Esto da cuenta de un proceso de emigración con marcas de género, es decir, que el “éxodo rural²” se da más entre mujeres que entre varones. La evidencia nacional ha mostrado que, a pesar de estar también masculinizados, las mujeres tienen mayor presencia en las unidades de producción familiar, poniendo en evidencia que los sistemas de producción basados en la unidad explotación – familia son más equitativos que el resto de las estrategias de organización de la producción agropecuaria.

En estos procesos de permanencia y migración, ocupa un lugar central la posibilidad económica de construir una trayectoria propia, autónoma en el medio. En esta materia, el medio rural y específicamente el agro, aparece como especialmente desafiante para las mujeres. “¿Qué es una mujer sola en el campo? Nada, algo que asusta” se interrogaba hace años una mujer rural en una instancia de investigación, y su pregunta iba en el mismo sentido de lo identificado por la academia nacional, la “heterosexualidad y la maternidad obligatoria” (Florit, 2023) como mandatos de género en la ruralidad, como requerimientos tácitos para permanecer en los predios, produciendo. Mandatos que se construyen a través de los patrones culturales pero que se reeditan a través de marcas en la posibilidad de estar o no en el sector, con vidas autónomas.

Si atendemos a la tierra, el CGA 2011, señala que apenas el 19,7% de las explotaciones agropecuarias cuentan con mujeres a cargo. Desigualdad que se genera a través de procesos sucesorios con sesgos de género, diferencias de acceso a capital y marcas sexistas en el diseño e implementación de políticas públicas (Florit y

1) El Instituto Nacional de Estadística considera población rural a aquella residente en predios agropecuarios y zonas no amanzanadas.

2) A 2023, Uruguay cuenta con 4% de la población viviendo en el medio rural (INE, 2023).

Sganga, 2018; Florit, 2021). Pero para ser productoras no sólo es necesario la tierra, los estudios realizados en torno a unidades de producción familiar y su acceso a recursos diferenciados para este sector, muestran que el resto del mundo productivo también aparece atravesado por mecanismos patriarcales que implican sobrecarga de cuidados, menor acceso al espacio público y comercial, menor contacto con la asistencia técnica y la capacitación agropecuaria, limitaciones de acceso a crédito, invisibilidad del trabajo productivo de las mujeres y menor incidencia en las decisiones prediales (Florit et al, 2013).

En consecuencia, a la hora de desarrollarse como productoras agropecuarias, las mujeres afrontan trabas estatales, del medio y de las propias familias, que lejos de hacer de ese rol un espacio “natural” en la sociedad, supone una decisión activa, una “lucha” por asumir, invertir y sostenerse como tales.

Otro tanto sucede a la hora de insertarse como asalariadas en el sector agropecuario. Conforme INE (2023), el 8,4% de las personas ocupadas trabajan en el sector agropecuario, forestal y pesquero. Eso implica que el 12,4% de los varones ocupados trabajan en el agro pero sólo el 3,5% de las mujeres ocupadas (INE, 2023) trabajan en el sector.

La vida en el medio rural implica la intersección de

patrones de desigualdad basados en el género con los vinculados a la residencia y la dispersión geográfica. Por ejemplo, para las productoras familiares, migrar de predios agropecuarios a localidades rurales para permitir la educación de niños/as, implica abandonar su relación directa, diaria con la tierra, perder en experiencia laboral productiva e incidencia sobre el predio. El aislamiento geográfico limita el acceso a diferentes servicios de salud, información sobre derechos, prevención y protección frente a la violencia basada en género. La presencia de la institucionalidad pública es desigual en el medio rural, como lo es también el acceso a servicios básicos (Florit, 2021). La intersección de patrones surgidos de las desigualdades territoriales y de género inciden también sobre los espacios de representación gremial, político e institucional.

2- ENTONCES ¿CERRÁ Y VAMOS?

“¡Ni nunca!” Lo anterior señala sin tapujos que construir autonomía económica en el sector agropecuario es una tarea ardua para las mujeres. Jaqueadas como dependientes y como productoras (Florit, 2021), las mujeres que viven en localidades rurales agro-dependientes y en explotaciones agropecuarias, afrontan el reto de desarrollar una vida que



Productora rural alimentando cerdos (Canelones).

no dependa económicamente de otras personas y que, en consecuencia, les permita elegir, desplegar su potencial y decidir. En una sociedad masculinizada, con fuerte concentración de los recursos económicos por parte de los varones y con estereotipos de género más rígidos, se juega una disputa de sentidos y cuestionamientos a las mujeres que optan por alternativas a ese modelo.

Por eso el medio rural está atravesado por luchas de mujeres, colectivas y personales, para desplegar el potencial que tienen las mujeres en el sector. Construyendo casos más excepcionales que por regla, sorteando dificultades, armando redes, innovando, las mujeres se vuelven agentes de sus comunidades, del medio rural y de las cadenas agropecuarias “contra viento y marea”.

Si las desigualdades precedentes existen y forjan la realidad cotidiana de las mujeres del sector, también habitan ese medio protagonistas que transforman el agro con su quehacer diario.

Los estudios en el país muestran una creciente importancia de las mujeres en la vida comunitaria y gremial de la sociedad uruguaya, y el medio rural, sus organizaciones y las instituciones públicas no son ajenas a ello (Florit y Sganga, 2018). Los colectivos de mujeres rurales, en creciente reconocimiento público, trabajan en incidir en la realidad con una clara orientación al desarrollo de políticas públicas que garanticen derechos en la especificidad agro-género.

3- EL ESTADO COMO “BIEN” COMÚN

Una concepción a veces olvidada es aquella que entiende que el Estado, más bien la institucionalidad que lo gestiona, sus aparatos burocráticos, sus políticas, constituyen un “bien”-recurso, propiedad- común, para hacer el “bien” -bienestar, mejoría- común -de cada persona, de la sociedad-.

Existe una fracción del movimiento feminista que considera(mos) que el Estado es reformable, que no es sólo la forma de reproducir el poder y la hegemonía en general



Productoras en recorrida de campo en predio hortícola (Canelones).

y la masculina en particular, sino que es poroso, que es revisable, que puede ser una herramienta para la igualdad. Una parte de esas feministas (“femócratas”) hacen de esa concepción del Estado su forma; una forma de incidir en la realidad y se integran a los aparatos burocráticos (institutos, ministerios, etc.).

Claramente, los colectivos rurales en el país, especialmente los de la pequeña producción y los de mujeres rurales, se han orientado desde esta concepción a generar un Estado capaz de ser garante de sus derechos, protector de las necesidades de personas y agrupamientos del medio rural. A la luz de esa mirada se crearon a lo largo de la historia nacional institutos y ámbitos de participación público-privados orientados a la mejora de las condiciones de vida rurales y de la producción agropecuaria. También bajo esa perspectiva se inició un trabajo en la agenda agropecuaria vinculado a las condiciones de vida de las mujeres rurales.

En ese marco, la última década ha significado un salto cualitativo en materia de desarrollo de políticas afirmativas para las mujeres rurales y de transversalización de género en las políticas públicas. La foto hoy nos habla de una institucionalidad agropecuaria pública integralmente partícipe de un Plan de Género sectorial (FAO y MGAP, 2021) y de la existencia de políticas focalizadas en materia de acceso a la tierra, apoyo a la producción, participación y capacitación agropecuaria. La foto hoy da cuenta de 10 años ininterrumpidos de trabajo del Espacio de Diálogo de Mujeres Rurales, un ámbito donde las organizaciones de mujeres y de la producción familiar se congregan con entidades del Estado para impulsar una agenda de trabajo. La foto hoy señala que el funcionariado del agro y quienes se encuentran dispersos en el sector cada vez más reciben capacitación o sensibilización en género, a la vez que dialogan con una institucionalidad pública nacional e internacional que demanda otra forma de actuar en el sector.

La foto actual se forjó “a hombros de gigantes” en un proceso lento de visibilización de las mujeres rurales por la academia (Peaguda y Mandl, 1996; Vitelli, 2003; Chiappe, 2005) y las organizaciones rurales (AMRU, REDGMRU), y tuvo un impulso importante a partir de algunos hitos como: las acciones de diagnóstico de la Reunión Especializada de la Agricultura Familiar que objetivaron los problemas de acceso a la tierra, el crédito y la asistencia técnica de las mujeres rurales (Deus et al, 2013; Florit et al, 2013) en los años 2012 y 2013; la resolución de cotitularidad de tierras del INC; la incorporación de especialistas en la institucionalidad agropecuaria en 2014 y 2019; el 1° Encuentro Nacional de Mujeres Rurales que creó el Espacio de Diálogo en 2015; la creación de la primera política afirmativa “Somos Mujeres Rurales” específica para esta población entre MGAP e Inmujeres en 2015; la llegada de las mujeres rurales masivamente al parlamento en el mar-

co del Año Internacional de las Mujeres Rurales en 2018; la aprobación en 2019 de la Ley 19.846 de Igualdad que incorpora a las mujeres rurales al máximo consejo de las políticas de género y mandata a los organismos, también a los de agro a crear unidades de género y trabajar en la transversalidad de género.

A “*hombros de gigantes*”, la foto de hoy habla de la capacidad de organizaciones, femócratas, académicas y de la sociedad toda de mantener acuerdos y líneas de trabajo con perspectiva de políticas de Estado. Las políticas de este tipo tienen un supuesto: el Estado no puede utilizar sus recursos para beneficiar a unos/as en detrimento de otros/as. Si las políticas -por sesgos políticos, de diseño o

implementación- dejan sistemáticamente afuera a las mujeres, entonces el Estado produce desigualdad, en lugar de mejorar la situación la agudiza. El “bien común” detrás de un proceso de transversalización de género de las políticas agropecuarias, implica pensar que un agro expulsor de las mujeres no es deseable, que no podemos seguir perdiendo el capital humano, la inteligencia, la capacidad de trabajo, la creatividad de las mujeres rurales en un futuro Uruguay.



Actividad de capacitación de asalariadas rurales (Centro Agustín Ferreiro, Canelones).

BIBLIOGRAFÍA

Chiappe, M. 2005. La Situación de las mujeres rurales en la Agricultura Familiar en cinco países de América Latina. Montevideo: ALOP.

Deus, A.; González, D.; Malán, I.; Peluso, I.. 2013. Acceso, tenencia, uso y control de tierras con perspectiva de género. El caso uruguayo. Montevideo: REAF – AECID.

FAO – MGAP. 2021. Plan Nacional de Género en las Políticas Agropecuarias. Montevideo: FAO – MGAP.

Florit, P. (Coord.); Piedracueva, M.; Gallo, A.; Bassaizteguay, J.C. 2013. Estudios de financiamiento rural y asistencia técnica con perspectiva de género. Montevideo: REAF – AECID.

Florit, P.; Sganga, F.. 2018. Diez años de trabajo en género para el desarrollo rural. Anuario OPYPA-MGAP. pp. 409 – 424.

Florit, P. 2021. Diagnóstico. En: FAO – MGAP, Plan Nacional de Género en las Políticas Agropecuarias. Montevideo: FAO – MGAP, pp. 39 – 192.

Florit, P. 2023. Capitalismo y patriarcado en la explotación de las mujeres de las unidades domésticas de producción agropecuaria ganadera en Uruguay. Tesis de Doctorado. Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, Argentina.

INE, 2023. Sitio web del Instituto Nacional de Estadísticas.
<https://www.gub.uy/instituto-nacional-estadistica/>

Peaguda, M.C.; Mandl, B. 1996. Las mujeres productoras de alimentos en Uruguay. Síntesis nacional. San José de Costa Rica: IICA, BID.

Vitelli, R.. 2003. La situación de las mujeres rurales en Uruguay. Informe de consultoría. Montevideo: FAO.

Encuentro-taller “Mujeres rurales en la hortifruticultura”



Autor: José Luis García

Paola Mascheroni

Soc., Dpto. Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República.

paola.mascheroni@cienciassociales.edu.uy

Paula Florit

Soc., Dpto. Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República.

paula.florit@cienciassociales.edu.uy

Virginia Courdin

Ing. Agr., Dpto. Ciencias Sociales, Cenur Litoral Norte,
Universidad de la República.

vcourdin@fagro.edu.uy

En el mes de setiembre de 2023, la Estación Experimental “Dr. Mario A. Cassinoni” (EEMAC), de la Facultad de Agronomía en Paysandú, fue sede del encuentro taller “Mujeres rurales en la hortifruticultura”¹. Durante estas dos jornadas de trabajo, se focalizó en el análisis de la división sexual del trabajo en el sector hortifrutícola con mujeres de la agricultura familiar directamente vinculadas a esta producción.

Esta actividad es la continuidad del trabajo conjunto desarrollado entre el equipo docente y la Red de Grupos de Mujeres Rurales. En el 2022 se realizó un primer encuentro centrado en el rol de las mujeres en la hortifruticultura y la articulación entre trabajo remunerado y no remunerado, en tanto el encuentro del año 2023 puso foco en el papel de las mujeres en la comercialización en el sector hortifrutícola de la agricultura familiar.

Este encuentro-taller permitió intercambiar y reconocer el aporte de las mujeres de la hortifruticultura en la producción; reflexionar sobre la división sexual del trabajo en el sector; socializar experiencias de comercialización entre mujeres de la hortifruticultura de diferentes departamentos.

¹) La actividad se desarrolló en el marco del programa Actividades en el Medio 2023-2024 de la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio (CSEAM), lo que permitió contar con financiamiento para el traslado y alimentación de las asistentes..

Se utilizó una metodología participativa con aspectos típicos de las metodologías “campesino – campesino”, de los diagnósticos rurales rápidos y del “entre mujeres” para trabajar procesos de empoderamiento de mujeres del sector rural, especialmente aspectos vinculados a producción y comercialización. Esta estrategia metodológica, utilizada en varias ocasiones previas, implica el desarrollo de jornadas de varios días de convivencia compartida en las cuales se trabaja a partir de conocimientos generados desde la academia y conocimientos empíricos de las mujeres rurales, para la generación de un proceso de construcción de conocimiento y sensibilización de quienes participan del proceso, tanto universitarios/as como mujeres rurales.

En particular, en la actividad desarrollada, la dinámica supuso el encadenamiento de una serie de técnicas de base participativa como la reconstrucción de las vías de comercialización y su análisis de género, el análisis colectivo e interpretación de datos estadísticos del sector, en los que se fueron colocando nociones y conocimientos académicos, revisados e interpretados a la luz de las experiencias vitales de las mujeres participantes. Las dinámicas implicaron que los espacios de diálogo entre las participantes constituyan además ámbitos donde cada participante pueda constituirse como una referente de su par, alejando la noción de un conocimiento vertical o experto.

También se realizó una recorrida de campo, visitando



dos establecimientos productivos hortícolas que están al frente de mujeres, La Postergada (producción orgánica) y Mi Ranchito (producción convencional), ambas en zona de Paychacras. A partir de ello se trabajó sobre el rol de las mujeres en la comercialización, de manera que la práctica cotidiana de trabajo se vuelva una experiencia vívida sobre la cual reflexionar durante el encuentro.

Participaron de las actividades 14 mujeres de Canelones, Florida, Paysandú y Rivera, lo que permitió un rico intercambio a partir de las diferentes realidades locales y los canales de comercialización usados por las mujeres. La instancia permitió reforzar los vínculos de la EEMAC



con la Red de Grupos de Mujeres Rurales con perspectivas de profundizar alianzas para desarrollar actividades de investigación y capacitación en conjunto. Entre las líneas de investigación que surgen con interés se menciona la inclusión de la perspectiva de género en el análisis de los procesos productivos agrarios, a través de una mirada interdisciplinaria y con colectivos de mujeres rurales de todo el país, articulando procesos de extensión e investigación en curso.

